

MAITE NICUESA

LA TRISTEZA Y SU SUJETO
SEGÚN TOMÁS DE AQUINO

Cuadernos de Anuario Filosófico

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO • SERIE UNIVERSITARIA

Ángel Luis González
DIRECTOR

Agustín Echavarría
SECRETARIO

ISSN 1137-2176
Depósito Legal: NA 200/2010
Pamplona

Nº 220: Maite Nicuesa, *La tristeza y su sujeto según Tomás de Aquino*

© 2010. Maite Nicuesa

Redacción, administración y petición de ejemplares

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona (Spain)

<http://www.unav.es/filosofia/publicaciones/cuadernos/serieuniversitaria/>

E-mail: cuadernos@unav.es
Teléfono: 948 42 56 00 (ext. 2316)
Fax: 948 42 56 36

SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA. S.A.

ZIUR NAVARRA Polígono industrial. Calle O, nº 34. Mutilva Baja. Navarra

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO I: ¿QUÉ ES LA TRISTEZA?.....	7
1. Presentación	7
2. Una primera aproximación tomista	8
3. Las fuentes del tema en el <i>corpus</i> tomista	10
4. ¿En qué parte del hombre reside la tristeza?.....	13
CAPÍTULO II: LA TRISTEZA ESPIRITUAL	19
1. Presentación	19
2. Causas de la tristeza espiritual	22
3. Efectos de la tristeza espiritual	37
4. Remedios contra la tristeza espiritual.....	41
5. Tipos de amistad	46
6. El consuelo	51
7. Gozo y tristeza	53
CAPÍTULO III: LA TRISTEZA CORPORAL	59
1. Presentación	59
2. Descripción	61
3. Relación del placer con la tristeza corporal	64
4. Placer y tristeza en la ética	68

CAPÍTULO IV: LA TRISTEZA QUE ENGENDRA MISERICORDIA	75
1. Presentación	75
2. Debate entre los estoicos y los peripatéticos	79
3. Misericordia como virtud o como pasión	80
4. La misericordia y la tristeza de la penitencia.....	81
5. La misericordia y las buenas obras.....	82
6. La misericordia y la envidia.....	83

INTRODUCCIÓN

La filosofía ha establecido desde sus orígenes un diálogo permanente con la realidad del hombre. Nada es tan enriquecedor para el propio pensamiento como alcanzar la verdad. El ser humano es semejante al resto de seres del universo creado en tanto que es un ser finito y, por tanto, corruptible. Sin embargo, su grandeza espiritual excede las fronteras de su propio límite corporal como muestra la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Por otra parte, toda persona tiene una cualidad que le diferencia claramente: su mundo emocional. El hombre tiene la capacidad de gozar, entristecerse, enfadarse, amar, odiar, confiar... Los filósofos daban el nombre de *pasiones* al término moderno de *emociones*. En la mayoría de las ocasiones, más allá de cualquier diferencia terminológica, encontramos una definición semejante que fundamenta la importancia del trabajo interdisciplinar entre las diferentes áreas científicas y humanísticas. El hombre está dotado de una gran riqueza emocional que afecta de lleno a la relación que como ser social tiene con el resto de personas y que afecta también de lleno a la relación que todo hombre tiene consigo mismo, ya que existen determinados sentimientos que potencian lo mejor de las personas –como por ejemplo, el amor– mientras que existen otras emociones que exteriorizan el lado más negativo del sujeto: la rabia, la desesperación, el odio, el rencor...

El hombre, igual que el animal, puede experimentar sensaciones como el dolor o el placer a nivel corporal. Dichas sensaciones son propias del sentido del tacto. Es decir, el hombre puede experimentar gran variedad de emociones, pero el número de sensaciones a nivel corporal es mucho menor. Sin embargo, la semejanza entre emociones y sensaciones está en que pueden manifestarse en función de diversos grados: desde el más bajo hasta el más elevado. Por otra parte, a diferencia del animal, el ser humano puede experimentar gozo a partir de un placer concreto, o sufrimiento a partir de un dolor, y eso debido a que puede reflexionar y hacerse preguntas sobre aquello que siente a nivel corporal.

En este trabajo pretendemos realizar una descripción antropológica del ser humano que incluya un estudio riguroso del campo emocional y también del campo de las sensaciones. El hombre debe conocerse a sí mismo para ser feliz. Ya en la antigua Grecia el Oráculo de Delfos aconsejaba: “Conócete a ti mismo”. En la actualidad, las investigaciones psicológicas han respaldado la importancia de que el hombre dedique un tiempo para pensar en sí mismo.

No sólo se dan tristeza y alegría a nivel somático sino también a nivel espiritual. Además, existe un determinado tipo de tristeza sobre la que el ser humano tiene parte de responsabilidad, como lo muestra por ejemplo considerar cualquier tipo de adicción. De la mano de Tomás de Aquino descubriremos que la búsqueda excesiva de placer sensible acarrea necesariamente una enorme tristeza, pues ese placer –que es pasajero– al desaparecer deja como poso la tristeza. En cuanto a lo segundo, a la tristeza espiritual, la *acedia* –según Tomás de Aquino– el problema es más grave y, como veremos, de más difícil solución. Por su parte, el hombre también es susceptible de alegría espiritual a la que el de Aquino denomina *gozo*. Confiamos en que el contenido de estas páginas pueda aportar información necesaria para el lector en relación con la orientación que acompaña al camino de la vida humana que conduce a la felicidad. Ante el auge de la psicología no conviene olvidar la importancia del saber filosófico para hacer reflexionar al hombre como sujeto de su propia historia.

En un tiempo donde las humanidades sufren una crisis aguda, queremos demostrar la actualidad y universalidad de un conocimiento referido al hombre. La verdad es el objetivo y la meta de esta investigación. Tomando como referencia a un pensador del siglo XIII, es decir, un hombre que vivió en un contexto espacial y temporal completamente diferente al nuestro, veremos que tales distinciones son sólo accidentales, ya que, algo tan esencial como los sentimientos humanos sirven para justificar que el hombre ha sido tal y como es en lo referente a su humanidad y al modo de expresarla a lo largo de la historia.

Atender a la historia de la filosofía, es tener una cita con el pensamiento. Es la oportunidad para todo aquél que quiera ser un poco más entendido bebiendo de las fuentes del conocimiento de algún genio pasado o actual. La figura reconocida de Tomás de Aquino es un nombre más en medio de esta ilustre lista de personajes que dejaron su firma en el libro del saber.

CAPÍTULO I

¿QUÉ ES LA TRISTEZA?

1. PRESENTACIÓN

La palabra *sujeto* está tomada en su acepción medieval. Se entiende por sujeto de la tristeza la parte del compuesto humano donde la tristeza puede radicar, a saber, o bien en la *parte corpórea*, o bien en la *parte espiritual*; en suma, en el *cuerpo* o en el *alma*. En la primera tiene el sentido de *dolor*, aunque no sólo. En la segunda es más propiamente *tristeza*, y, según Tomás de Aquino, ésta admite, al menos, tantas facetas como vicios capitales a los que acompaña.

Todo hombre lleva un filósofo en su interior en la medida en que se plantea interrogantes de importancia: “¿Por qué existo? ¿Por qué mi vida? ¿Quién soy? ¿No son éstas las preguntas más importantes que puede hacerse un ser humano? Estas grandes cuestiones metafísicas resuenan en la pregunta por el sufrimiento. Más todavía, sólo desde el sufrimiento podemos responder a la pregunta decisiva por el hombre”¹. El ser humano es un ser consciente, por un lado, de sus propias limitaciones y, por otro, de sus propias capacidades. El hombre, casi desde que tiene uso de razón, es consciente de su propia muerte. A partir de ahí nace en cierto modo la grandeza y la tragedia de nuestra historia; resulta paradójico que el hombre emprenda su búsqueda personal por la felicidad asumiendo el dolor de su propio final. Tomás de Aquino advierte que “nosotros padecemos mucha necesidad en contra de la voluntad, como la muerte, la vejez y defectos de esta naturaleza”². Responderemos a estas grandes cuestiones del ser humano desde una nueva perspectiva que tiene como base el *sufrimiento*: ¿qué es la *tristeza*?

¹ FUSTER I CAMP, I. X., *Sufrimiento humano: verdad y sentido*, Balmes, Barcelona, 2005, pp. 22-23.

² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 41, a. 2, ad1 (se cita por la edición Leonina, Roma, vol. IV, 1988; vol. V, VI y VII, 1948; vol. VIII, 1895, IX, 1897, X, 1899; vol. XI, 1903, XII, 1905).

2. UNA PRIMERA APROXIMACIÓN TOMISTA

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que Tomás de Aquino, haciendo referencia a Aristóteles, escribe que “la tristeza es una pasión que es poseída moderadamente”³. Por otro lado, Alberto Magno, maestro de Tomás de Aquino, escribió que ningún hombre virtuoso desea la tristeza porque ésta “tiene oposición al hábito de la virtud, que hace gozar, o al menos, no entristecerse en las tristezas que suceden a otros”⁴. Por su parte, y en la misma línea, un comentador tardío de Tomás de Aquino, Francisco Suárez, concluye que la tristeza es alguna amargura vital⁵. Estas descripciones indican que la tristeza adviene al hombre en contra de su propia voluntad en la medida que es una realidad que le gustaría evitar; sin embargo, como veremos, las personas tienen mucha responsabilidad, a través de sus acciones, sobre su propio estado de ánimo triste.

Lo cierto es que cada persona, en su camino hacia la felicidad, se tropieza con piedras como la tristeza que le hacen perder el equilibrio, caerse, e incluso, perder la esperanza de vivir creyendo que la tristeza de hoy puede desaparecer mañana⁶. Ahora bien, ¿cómo lograr “sentirse mejor” si la tristeza nos afecta de lleno y no podemos combatirla? Para solucionar este interrogante, debemos responder previamente qué sea la tristeza. Tomás de Aquino da cuatro respuestas:

a) “La tristeza parece siempre que es pasión porque está en el género de las pasiones”⁷. Como veremos, el término *pasión* aparecerá en multitud de ocasiones a lo largo de nuestra investigación.

³ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 17, q. 2, a. 4, qc. b, ad2 (se cita Petri Fiaccadori, Parma, vol. VI, 1856, y vol. VII, 1858).

⁴ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, VII, lect. XV, vol. 14-2, p. 583.

⁵ Cfr. SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. VIII, vol. IV, p. 466.

⁶ En sintonía con esta idea está la reciente observación: “Quizá la razón principal por la que vale la pena ser optimista sea sentirse mejor. Independientemente de cuánto vivamos o de lo que hagamos con nuestra vida mientras estamos aquí, la disfrutamos más si mantenemos una ilusión con firmeza, como la de la isla desierta; un lugar hacia el que nadar. Pasaremos más tiempo sintiéndonos motivados y felices, y disminuirán los momentos de depresión, ansiedad o disgusto. Dado que podemos decantarnos por ver la vida a través del cristal rosa de la esperanza más que a través de las oscuras gafas de la tristeza, la rabia y la preocupación, ¿no sería mucho mejor suponer que vamos a encontrar un punto de apoyo en medio del caos? En última instancia, incluso si al final nos ahogamos, ¿no habremos disfrutado más de la travesía si mantenemos la esperanza hasta el final, en lugar de hundirnos en el desespero? Aunque el optimismo sea fruto de una ilusión, es una atractiva distorsión de la realidad”. VAUGHAN, S. C., *La psicología del optimismo*, Paidós, Barcelona, 2004, p. 23.

⁷ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 3 c.

b) Dada la constitución dual de alma y cuerpo en el ser humano, Tomás especifica más la definición del término al afirmar que “la tristeza es una pasión animal, pero el dolor es más pasión corporal”⁸. O sea, mientras el alma siente *tristeza*, el cuerpo siente *dolor*. Con todo, a veces, toma el dolor como sinónimo de tristeza, y en ese sentido el dolor también afecta al alma. En efecto, en un pasaje concreta que existen dos tipos de dolor; “uno interior que se llama tristeza que proviene de la aprehensión de algún mal inherente, otro es el dolor exterior, que es dolor según los sentidos”⁹.

La tradición filosófica está llena de nombres ilustres que comentaron el *corpus* tomista. Efectivamente, son muchos los nombres y los datos escritos en la historia de la filosofía tomando como punto de partida a Tomás de Aquino. Por ejemplo, el ya mencionado Suárez se hace eco de la distinción entre *tristeza* y *dolor*, y comenta al respecto que “el dolor existe por la lesión corporal que se percibe por el sentido exterior; la tristeza existe por la aprehensión de un mal interior, que el hombre juzga como propio, ya que sólo el hombre puede aprehender lo conveniente e inconveniente sin orden al sentido externo, y entonces, Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 2), compara la tristeza al dolor tal como el gozo al placer”¹⁰.

Sin embargo, el dolor no sólo puede ser considerado y percibido como físico, al menos para un pensador contemporáneo de Tomás, San Buenaventura, pues, según él, los posibles grados de dolor están íntimamente relacionados con la tristeza: “un alto grado de dolor es entristecerse, en el corazón, por la gravedad corporal de algún familiar; es más alto entristecerse de toda gravedad espiritual del prójimo; lo más alto es entristecerse de toda injuria a Dios”¹¹. Es decir, tanto el dolor y la tristeza admiten un más y un menos en su intensidad, siendo evidentemente más insoportable un dolor o tristeza muy fuerte que un malestar leve.

c) En otro lugar Tomás indica que la tristeza es el movimiento de la virtud apetitiva que tiene órgano corporal con alguna transmutación corporal¹²; este tipo de tristeza queda referido directamente al plano de la sensibilidad. En este sentido, hay que entender que “para Santo Tomás, las pasiones son

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 3 b.

⁹ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 16 (se cita por Leonina, Roma, vol. XXVI, 1965). Cfr. a este respecto: POLO, L., “El sentido cristiano del dolor”, *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa, Pamplona, 1996.

¹⁰ SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. VII, vol. IV, p. 466.

¹¹ SAN BUENAVENTURA, *Opusculum III, Summa de gradibus virtutum*, vol. VIII, p. 653.

¹² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 41, a. 1, co.

los actos (o movimientos) del apetito sensitivo, que van siempre acompañados de alguna transmutación corporal”¹³. El de Aquino explica cuáles son los dos elementos esenciales de la pasión: 1) el elemento *cuasi-formal* es el movimiento del apetito sensitivo (la experiencia psíquica del agrado o desagrado, diríamos hoy día); 2) el elemento *cuasi-material* es la inmutación corporal correspondiente (la actividad fisiológica que acompaña a dicha experiencia psíquica).

d) Tomás de Aquino escribe asimismo que se llama pasión a aquellas afecciones del alma a las que sigue la tristeza, o también lo que es con intensidad de placer o de tristeza. En definitiva, el mismo término lo manifiesta: cuando el hombre tiene una pasión padece algo en sí mismo. Algo que puede ser bueno, como la felicidad; o malo, como el dolor. Concretamente, Tomás de Aquino considera que el alma se mueve más intensamente según el sentimiento que según el intelecto. De tal manera que, según el afecto, puede haber conveniencia o contrariedad con las cosas, mientras que todo aquello que conoce el intelecto siempre lo conoce como conveniente. En definitiva, las apetencias humanas están más sometidas a las leyes del tiempo. Los deseos, gustos y anhelos varían en el ser humano a lo largo de los meses, de tal modo que aquello que nos hubiese producido satisfacción o placer en un determinado momento deja de proporcionarlo en el futuro cuando el objeto alcanzado en el pasado ya no es deseado en el presente. Consecuentemente, en la operación de la aprehensión siempre hay placer, mientras que en la operación afectiva puede haber placer o tristeza.

3. LAS FUENTES DEL TEMA EN EL *CORPUS* TOMISTA

Con las precedentes respuestas hemos alcanzado el primer término clave en referencia a la tristeza: se trata de una *pasión*. A continuación citaremos distintas descripciones de la pasión propuestas por otros pensadores tal como las recoge Tomás de Aquino.

a) Remigio de Auxerre indicó que “la pasión es un movimiento del alma por aceptación del bien o del mal”¹⁴. Es decir, el apetito nos mueve hacia aquello que amamos y nos aparta de aquello que odiamos. Buscamos incesantemente aquello que nos proporciona tranquilidad y descanso. Persegui-

¹³ MANZANEDO, M.F., *Las pasiones o emociones según Santo Tomás*, Instituto Pontificio de Filosofía “Santo Tomás”, Madrid, 1984, p. 21.

¹⁴ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 1b, co.

mos el bien aunque a veces lo busquemos en lugares equivocados o en momentos poco propicios.

b) El “Damasceno dice que la pasión es movimiento de un extremo a otro, y no cualquier movimiento es pasión sino sólo aquel que es alteración”¹⁵. Toda pasión lleva añadida alguna victoria del agente sobre el paciente, algo que actúa sobre algo que padece y se presenta como objeto pasivo de la acción. De hecho, Tomás de Aquino explica que el término de *pasión* procede del griego “patin”, que significa recibir. Señala también que “tal como la pasión del cuerpo natural proviene de la presencia corporal del agente, así la pasión del alma proviene de la presencia del intelecto agente sin presencia efectiva o real, en tanto que el mal que es futuro, realmente, es presente según la aprehensión del alma”¹⁶.

Por tanto, si la tristeza es una pasión, consecuentemente, su esencia misma está en la pasividad, en el padecer el sufrimiento propio de la tristeza. Nadie decide estar triste; sin embargo, es un hecho que la tristeza hace acto de presencia en la vida de todo hombre. Aparece por sorpresa en el momento más inesperado, sin previo aviso y sin noticia de cuánto tiempo va a durar su visita. Hay que luchar y armarse de valor para hacerle frente y despacharla de nuestras entrañas lo antes posible como a un extraño que invade nuestro hogar.

c) Tomando como fuente de referencia uno de los textos tomistas¹⁷ analizaremos el pensamiento que tanto los *estoicos* como los *peripatéticos* tuvieron sobre este tema:

1) Los *estoicos* opinaban que el sabio es aquel virtuoso que alcanza la perfección en la vida. El virtuoso goza del equilibrio interno y guía su vida en la línea de la estabilidad y la serenidad. Evidentemente, para esta corriente de pensamiento, la tristeza no era una perfección añadida al hombre, sino un síntoma de debilidad anímica que es contraria a la fortaleza que siempre proclamaron que debía tener un estoico. Tomás de Aquino, “al hilo de la tradición agustiniana, recuerda que los estoicos hablaban de tres pasiones buenas: voluntad en vez de concupiscencia, alegría en lugar de gozo; y cautela en lugar de miedo. Pero negaron que pudiera haber algo en el alma del sabio

¹⁵ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 1a.

¹⁶ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 41, a. 1, ad2.

¹⁷ “Stoici enim dixerunt tristitiam in sapientem non cadere”. TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 3.

(virtuoso) en lugar de la tristeza, porque ni los bienes corporales ni su falta tendrían valor para él: su único mal sería el vicio”¹⁸.

2) Por otro lado, los *peripatéticos* consideraron que la tristeza puede ser buena teniendo en cuenta que hay tristezas naturales, como sucede por ejemplo cuando una viuda sufre por la muerte de su esposo¹⁹. En ese tipo de casos, la tristeza es un proceso natural y necesario para el restablecimiento del equilibrio interno y emocional de la persona que ha perdido a un ser querido. A este respecto, Tomás de Aquino muestra que “hasta el sabio sufre tristeza, pero su razón no es usurpada por el dolor”²⁰. En la actualidad, la psiquiatría no considera que alguien que ha perdido un familiar entre en depresión hasta que no han pasado ya los primeros meses de duelo. Esto se debe a que “la cualidad de la tristeza es específica y notoriamente diferente de otros estados de ánimo tristes como el que se experimenta tras la muerte de un ser querido”²¹. Sin embargo, también es cierto que muchas veces la muerte de un ser querido es el motivo principal de una depresión²².

En definitiva, para Tomás de Aquino, “según los estoicos, la tristeza no cabe en el sabio; los peripatéticos, en cambio, enseñan que también el sabio se entristece pero, gracias a su razón, su tristeza es moderada. Esta posición es correcta puesto que la razón no quita la condición de nuestra naturaleza; ahora bien, es natural para la parte sensitiva de nuestro ser que se alegre y

¹⁸ SARANYANA, J. I., “Sobre la tristeza”, *Tommaso d’Aquino, nel suo settimo centenario*, vol. 4, Edizioni domenicane italiane, Napoli, 1974, pp. 125-126.

¹⁹ En efecto, “lo que normalmente entendemos como estados de ánimo negativos –ansiedad, tristeza y similares– no siempre nos hacen sentir pesimistas, si sabemos que llevamos sus riendas. De hecho, comprobar que podemos manejar el miedo o la tristeza, o incluso llegar a dominarlos, forma parte de la atracción inherente a las actividades recreativas que generan emociones fuertes. La auténtica clave está en el control y en la posibilidad de elegir”. VAUGHAN, S. C., *op. cit.*, p. 39.

²⁰ ELDERS, L. J., *Hombre, naturaleza y cultura en Santo Tomás de Aquino*, Educa, Buenos Aires, 2003, p. 92.

²¹ VV.AA., *La depresión*, Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, Palabra, Madrid, 2006, p. 75.

²² Tesis, por lo demás, clásica, como se puede apreciar en la siguiente descripción: “No tienes que excusarte de tu condición de mujer, a la que se le ha concedido un derecho a llorar casi inmoderado, aunque no sin medida; por esto los antepasados permitieron a las viudas diez meses de llanto, cortando por medio de un decreto público la obstinación del dolor femenino. No prohibieron el dolor del duelo, pero lo limitaron; pues dolerse con un dolor sin término de la pérdida de una persona querida es una necia blandura y no dolerse nada es una dureza inhumana. El mejor equilibrio entre la razón y el cariño es sentir el dolor y dominarlo”. SÉNECA, L. A., *Consolaciones*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, p. 111.

regocije de lo que le convenga y se entristezca y sufra de lo que le hace daño”²³. En último término, ésta constituye una de las leyes de la supervivencia humana, dado que somos seres mortales.

4. ¿EN QUÉ PARTE DEL HOMBRE RESIDE LA TRISTEZA?

En el apartado anterior dimos el primer paso para conocer mejor nuestro objeto de estudio: la tristeza. Igual que el nombre de una persona es una información básica en la presentación de dos desconocidos, en cierta forma, también nosotros hemos presentado a la tristeza ante los ojos del lector con las descripciones expuestas. Por esta razón, una vez descrita la tristeza intentaremos abordar una nueva pregunta: ¿en qué parte del hombre está la tristeza? Tomás de Aquino explica que “comúnmente hablando, se dice que el dolor y la tristeza están en la parte intelectual del alma en cuanto el intelecto conoce algo nocivo para el hombre”²⁴. Sin embargo, apoyando nuestras palabras con el contenido de los textos tomistas, responderemos que la tristeza también es aquella pasión que está en la parte sensitiva del ser humano²⁵.

En efecto, para Tomás de Aquino la tristeza puede ser tanto *corporal* como *espiritual*. De cualquier modo, en ambos casos el objeto de la tristeza es algo nocivo. El proceso que sigue la tristeza es el siguiente: “su razón se inicia en la *aprehensión* y se termina en la *afección*, donde el dolor está en el sentido tal como en el sujeto y la tristeza en el apetito”²⁶.

Para Tomás de Aquino la tristeza es lo que más lesiona nuestra corporeidad: “la tristeza, entre todas las pasiones del alma, es la que más daña al cuerpo, porque la tristeza repugna a la vida humana como a la especie de su movimiento”²⁷. Pero ¿afecta sólo al cuerpo? Es claro que no exclusivamente. Efectivamente, aquellos momentos de plenitud y felicidad que experimenta el hombre a lo largo de su vida no van acompañados de tristeza, sino que se dan bajo la presencia de la esperanza, la satisfacción y la paz interior. Sin embargo, la tristeza destruye todos esos elementos fundamentales con los que el hombre construye una vida agradable y deseable para sí mismo. Es decir, la tristeza destruye al hombre de arriba a abajo si éste no cuenta con

²³ ELDERS, L. J., *op. cit.*, p. 90.

²⁴ TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 3, ad6 (se cita por la edición Leonina, Roma, vol. XXII, 1970-1972).

²⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 2, qc. a.

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 3, qc. b, co.

²⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 37, a. 4, co.

un armamento fuerte para luchar contra ella. Consecuentemente, una vida vivida en una tristeza constante resulta una tortura. Así, las depresiones que conocemos actualmente quitan al paciente las ganas de vivir, de relacionarse con los demás; en ellas, incluso un pequeño inconveniente resulta un gran problema para una persona que no tiene el talante adecuado para enfrentarse a los problemas con serenidad.

Actualmente, los expertos saben que nuestra sociedad tiene el perfil de un grupo estresado²⁸, que sufre ansiedad, depresión, irritabilidad, incluso rabia o disminución de la estima de sí mismo... Además, cada vez son más las personas que necesitan antidepresivos. Quizá, la diferencia gradual que ha alcanzado la tristeza en nuestro tiempo es que ahora también puede ser tratada bajo la categoría de enfermedad. La tristeza se convierte en una enfermedad si ese estado de ánimo triste permanece invariable durante algo más de una semana. Sin embargo, muchas veces la gente no conoce las causas de su deplorable situación. En último término, de lo que habría que concienciar a la población es de que igual que no se logra la felicidad a base de tomar pastillas “milagrosas” tampoco se puede curar la tristeza a base de tilas, valerianas o antidepresivos²⁹, sencillamente porque la tristeza no puede ser sólo somática, sino que también puede ser espiritual. Además, parece que la preocupación de los expertos actuales no es tanto ayudar a aliviar la tristeza como hacer que ésta no exista; lo cual, evidentemente, es una utopía y un propósito poco recomendable para la felicidad humana, porque no se fundamenta en la naturaleza de la persona.

En todo caso, respecto de la tristeza sensible, los remedios médicos puede que alivien, y de hecho es así, síntomas como el nerviosismo, la inseguridad o la ansiedad, pero a veces, como observaba Platón, todo fármaco cura una enfermedad pero proporciona otra³⁰. Quizá el problema más grave que

²⁸ Cfr. VV.AA., *La depresión*, p. 152.

²⁹ A este respecto indica Delpierre que “La excesiva confianza en los tranquilizantes oculta a los enfermos la simple necesidad de un modo de existencia más sano. Hay que aprender a llevar una vida normal y no usar de forma habitual medicamentos que corren el riesgo de empobrecer la personalidad. En 1957, la venta de píldoras tranquilizantes en Estados Unidos alcanzó la cifra de unos 125 millones de pesetas. Esa tendencia hacia los medicamentos más o menos productores de euforia manifiesta la angustia del mundo actual, en el que las condiciones de vida dan lugar, en revancha, al aumento de insomnios y a multiplicar el número de narcómanos”; DELPIERRE, G., *Cómo afrontar la inquietud*, Mensajero, Bilbao, 1969, p. 98.

³⁰ Cfr. VV.AA., *La depresión*, p. 63: Por ejemplo, hoy se sabe que existen fármacos que pueden llegar a provocar una depresión en la persona que los toma: los más frecuentes con los fármacos cardiovasculares (betabloqueantes, reserpina) y hormonales (anticonceptivos orales y corticoides).

crea el uso de medicamentos de forma continuada es la dependencia. La realidad es que el remedio para muchos de los males que padecemos a nivel psíquico está dentro de nosotros mismos; por eso es fundamental potenciar la introspección interior y la confianza en uno mismo.

Este trabajo no puede dejar de adoptar una actitud de alerta ante un tema tan serio como el de la medicación contra enfermedades que tienen entre sus diferentes componentes la tristeza. No se trata de censurar los distintos tratamientos, sino de aconsejar que se estudien con calma las diversas alternativas existentes. Pero no por ello dejaremos de aportar posibles remedios a la tristeza humana que están recogidos en el legado tomista. Eso no obsta para reconocer el gran avance científico mediante la labor de psicólogos y psiquiatras en el tratamiento de todo tipo de trastornos psíquicos. Pero no se olvide que si bien los fármacos pueden resultar esenciales para retornar nuestro estado de ánimo o nuestros niveles de ansiedad a una condición aceptable, tras ello nos corresponde a nosotros perfeccionar las técnicas necesarias para modular de forma eficaz nuestras emociones y situarlas dentro de sus límites normales.

La medicación no puede, por lo general, realizar esta tarea por nosotros. Incluso aunque no estemos deprimidos o angustiados de una forma patológica, hay flujos cambiantes en nuestro estado de ánimo que se basan, en parte, en la representación propia y de los demás vigente en aquel momento. Todos necesitamos saber cómo manejar estos sentimientos de tristeza, angustia, vergüenza o euforia³¹. Por esta razón, hoy día se encuentra tan en auge el tema de la llamada “inteligencia emocional”; el objetivo de esta disciplina reside en empoderar al hombre respecto a sus emociones, de tal forma que las domine y no sea un esclavo de ellas.

Después de esta breve introducción al tema, una vez definida a grandes rasgos qué es la tristeza en general, investigaremos más profundamente tanto la tristeza *corporal* como *espiritual*. En cualquier caso, conviene precisar con Tomás que la tristeza siempre aparece *ante un mal presente*³². Un mal futuro nos produce temor, nos asusta e intentamos huir de él despejando esos pensamientos negros de nuestra mente; sin embargo, la tristeza sólo se da ante un hecho actual o a causa de un hecho pasado que se actualiza en nuestra mente mediante el recuerdo.

³¹ Cfr. SELLÉS, J. F., “Ese cortejo humano llamado los sentimientos”, *Pensamiento y cultura*, 6 (2003), pp. 79-84.

³² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 41, a. 1, co.

Antes de estudiar la tristeza según los criterios marcados por Tomás de Aquino, nuestro hilo conductor, fuente y referencia de este trabajo, traigamos a colación las palabras de un contemporáneo suyo, San Buenaventura, para ampliar la perspectiva sobre el conocimiento de la tristeza. La historia de la filosofía es como un puzzle de distintas piezas que cada pensador reconstruye a su manera para establecer un diálogo entre distintos nombres. San Buenaventura explica que en la tristeza hay que tener en cuenta dos factores³³:

a) La tristeza por parte de su *origen* tiene algo de *placer*:

1) Por ejemplo, el goloso se entristece de la tristeza del alimento después de haber tenido un voluptuoso placer carnal. Este aspecto sirve de punto de apoyo para estudiar la tristeza corporal propia de la gula o de la lujuria. San Buenaventura afirma que la tristeza que nace del placer tiene carácter de culpa.

2) Otras tristezas son *naturales*, como la que siente una madre cuando muere su hijo. Resulta natural al modo de ser del hombre sufrir ante la pérdida de alguien querido; de hecho, nos resultaría inhumano pensar que cualquier madre puede seguir viviendo del mismo modo sin que la muerte de su hijo marque un antes y un después en su vida³⁴. Este punto también está en estrecha relación con una de las causas de la tristeza que comentaremos más adelante: el *amor*. Todo hombre se entristece si pierde aquello que ama. San Buenaventura afirma que este tipo de tristeza es soportable. El tiempo ayuda a que el hombre se sobreponga a las pérdidas que se dan en su vida y, aunque hay hechos que nunca se olvidan, al menos, el ser humano puede aprender a vivir con ellos y afrontarlos con mayor entereza con el paso de los años. La vida, conforme la vamos viviendo, nos va quitando dones, pero a su vez nos sigue ofreciendo nuevos regalos día a día. Tomás de Aquino también considera que existen tristezas naturales; sin embargo, como bien dice, a veces, las pasiones surgen por una causa indebida, como sucede cuando alguien goza de un mal y se entristece de un bien³⁵.

³³ SAN BUENAVENTURA, *Opera Omnia, Commentaria In Ioannem*, c. XVI, q. 35, vol. VI, p. 463.

³⁴ La clave del sentido de las situaciones dolorosas es que las hagamos compatibles con la felicidad a la que todo hombre está naturalmente llamado: "Somos mortales y amantes de mortales. Por eso la vida es trágica y ésa es también la razón por la que debemos filosofar. Filosofar es aprender a vivir, evidentemente, no aprender a morir. ¿Pero cómo vivir felices sin aprender antes a aceptar la muerte?". COMTE-SPONVILLE, A., *El amor la soledad*, Entrevistas con Patrick Vighetti, Judith Brouste, Charles Juliet, Paidós, Barcelona, 2001, p. 125.

³⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Super Johannis*, c. 11, lect. 5 (citado por Marietti, Turín, 1952).

3) También existen *tristezas sociales*, propias por ejemplo de dos amigos que se alejan después de haber mantenido una agradable conversación. En este capítulo analizaremos más extensamente el papel tan importante que tiene la amistad verdadera para luchar contra la tristeza mediante la compañía y el consuelo. Tomás de Aquino considera que buscar la amistad perfecta consiste en alguna superabundancia de amor que por su propia perfección sólo puede darse a pocos hombres³⁶.

4) La *tristeza espiritual* es propia de aquellas personas que se compadecen del que sufre. Tomás de Aquino da el nombre de *miser cordia* a este tipo de tristeza, que explicaremos más adelante. La tristeza espiritual es deseable para que el hombre pueda ayudar al prójimo y pueda comportarse con el otro como lo haría consigo mismo.

b) La tristeza en las personas también puede variar según *el modo* de entristecerse, de tal forma que –explica San Buenaventura– la tristeza, si existe esperanza, debe ser moderada por el gozo. Es decir, no sólo existen tipos de tristeza, sino también grados de tristeza. Por su parte, Tomás de Aquino aunque no ofrece una gradación de tipos de tristeza, sí que expresa que la tristeza puede ser moderada por la razón, o por el contrario, la tristeza superabundante desemboca en la desesperación. Afirma, además, que “el gozo expulsa toda tristeza contraria”³⁷. El bien es más fuerte que todo mal; por esta razón el gozo tiene tal poder sobre el mal que produce la tristeza.

Estableciendo una relación entre los tipos de tristeza comentados por San Buenaventura y el propio pensamiento de Tomás de Aquino, diremos que para Tomás los tipos de tristeza más importantes son la *acedia*, es decir, la tristeza del bien divino, la *envidia*, la tristeza del bien del prójimo, la *miser cordia*, que es la tristeza del mal del prójimo tomado como propio, y la *angustia (achos)*, que es un tipo de tristeza que priva al hombre hasta de su voz. Evidentemente, el tipo de tristeza espiritual comentada por Buenaventura toma nombres concretos en el de Aquino: soberbia, avaricia, acedia y envidia. También existe una relación muy importante entre el tipo de tristezas sociales enumeradas por San Buenaventura y la relación tan necesaria

³⁶ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, IX, lect. 12, n. 11 (se cita por Leonina, Roma, vol. XLVII, 1969).

³⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 10, ad2.

que existe en el pensamiento tomista entre los dos elementos: la tristeza y la amistad, ya que el placer propio de la compañía de los amigos alivia al amigo que sufre.

Atendamos ahora, según la doctrina de Tomás de Aquino, a los dos tipos de tristeza que hemos aludido: la *corporal* y la *espiritual*.

CAPÍTULO II

LA TRISTEZA ESPIRITUAL

1. PRESENTACIÓN

En las páginas siguientes se estudiará la *tristeza espiritual* en el hombre según Tomás de Aquino. Debe analizarse como un apartado particular dentro de la amplia sección de la tristeza en general comentada en múltiples textos tomistas. Para llevar a cabo este cometido, la metodología que vamos a seguir es la localización de textos concretos en los que el de Aquino escribe sobre este tema en cuestión. Esperemos que, guiados por el entusiasmo que este filósofo tenía en buscar la verdad, sepamos respetar con objetividad su pensamiento.

Como se pondrá de manifiesto más adelante al describir la tristeza corporal, una de las claves para entender este tema en este pensador es comprender bien la base de su antropología, que –además de cristiana– es de corte clásico. Por tanto, constantemente tendremos que apelar a la distinción, en el ser humano, de una dimensión humana *espiritual* y de otra *corporal*. Hablando en lenguaje tomista diremos que “existe una naturaleza interior llamada razón y una naturaleza exterior de los sentidos. Según él, el hombre debe tender más a los bienes interiores que a aquellos que le dicta su sensibilidad”¹, porque como se verá, todo placer del cuerpo es tan fugaz que lleva unido a él la tristeza². Sin embargo, aunque no es conveniente para el desarrollo integral del hombre que alguien se vuelque en el placer corporal y descuide los bienes espirituales, tampoco es recomendable que una persona se centre únicamente en su realidad espiritual y deje de lado su dimensión

¹ “Quod cum in homine sit duplex natura, scilicet interior, videlicet rationis quae dicitur homo interior”. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 29, q. 1, a. 5co.

² En efecto, el recuerdo de ese placer sensible es tan pasajero y efímero que nos esclaviza si no sabemos frenar su poder sobre nosotros. Siempre lo buscaremos, lo perseguiremos, lo tendremos y, en último término, nunca estaremos satisfechos. Porque el gozo que produce es tan efímero como el propio placer sensible que se desliza como el agua entre los dedos. Se evapora y desaparece dejando su esencia en nosotros para que sigamos buscándolo eternamente.

corporal, porque en última instancia, cuerpo y mente deben caminar de la mano.

Suárez matizó al respecto que “el placer o el deleite es algún acto del apetito sensitivo distinto del amor o el deseo”³. Además, concreta que, por un lado, existen placeres espirituales que están en la *voluntad*, y nacen de la aprehensión, mientras que también existen placeres sensibles que están en el *apetito sensitivo* que se producen en la unión real de un sentido con el objeto exterior. Explica que, según Tomás de Aquino, los placeres espirituales según sí mismos son mayores y que, sin embargo, para los hombres son más intensos todos los placeres relacionados con el sentido del tacto.

Existen varias razones por las que el ser humano tiende más a buscar los placeres corporales: a) parecen más apetecibles; b) son más apetecibles según la relación establecida entre un sentido y la verdad de la cosa que se adecua como conveniente a dicho sentido, por ejemplo, un paisaje hermoso es conveniente al propio acto de ver; c) actúan como medicina contra las tristezas. Por ejemplo, el placer del alimento es medicina contra la tristeza que el hambre provoca.

Pese al atractivo de los placeres sensibles, en los propios textos tomistas encontramos la alusión a un tipo de deleite superior al percibido por los sentidos: “los placeres intelectuales son mejores porque los placeres de esta naturaleza no tienen que expulsar alguna tristeza contraria”⁴. Saber siempre es digno y deseable, es más, así como un excesivo placer corporal puede ser peligroso, no existe límite de medida en el placer intelectual⁵. Sin embargo, sí cabría especificar que el límite al placer espiritual lo impone la propia corporeidad personal; el sueño, el agotamiento o cualquier tipo de dolor físico son una realidad que limitan las horas de estudio y la concentración de cualquier hombre, incluso del más sabio.

La diferencia fundamental y la base para que exista tal distinción entre los placeres corporales y los espirituales (y sus consecuentes tristezas contrarias dadas en cada ámbito) es que “tal como sucede en las operaciones del intelecto, aquel placer que es sin movimiento es mayor que aquel que es con movimiento porque aquel que es según el movimiento es en el hacerse”⁶. Es

³ SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. VI, vol. IV, p. 463.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 14, n. 18.

⁵ La persona que disfruta leyendo puede leerse bibliotecas enteras de libros que disfrutará, aprenderá y se perfeccionará como persona a través de un hábito tan aconsejable como la lectura.

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 14, n. 20.

evidente que la inmaterialidad del conocimiento garantiza la inmovilidad de sus actos, de tal forma que, en el mismo momento en que el hombre conoce algo ya tiene lo conocido, y para siempre. Y, por tanto, los placeres espirituales son apetecibles en sí mismos, casi connaturales al hombre y no como medicinas. La razón no pone ninguna medida a estos placeres porque son más elegibles conforme son mayores. Santo Tomás enumera seis razones por las que el placer espiritual prevalece al placer corporal:

a) La perfección del espíritu que causa el placer espiritual, excede incomparablemente a la perfección corporal, que causa el placer corporal.

b) Aquello que nos conviene según la naturaleza espiritual es más conveniente a nosotros.

c) La perfección del espíritu es naturalmente más deseada que la perfección del cuerpo. Es el gran misterio antropológico: el hombre sigue siendo idéntico desde que nace hasta que muere, pero su cuerpo es completamente distinto y varía de un modo drástico a lo largo de los años. En medio de ese cambio abismal que sufre el rostro y el cuerpo de un bebé hasta convertirse en anciano, hay una base sólida de fondo que permanece inquebrantable: la identidad de cada quién que sigue vigente a pesar de toda alteración, todo cambio y el paso de los años. El espíritu crece en sabiduría y experiencia a lo largo del tiempo; por el contrario, el cuerpo se deteriora progresivamente con el avance de la vida.

d) Como la unión es causa de placer, cuanto más intensa sea la unión, mayor será el placer. Los placeres intelectuales se unen más íntimamente a nosotros que aquellos placeres corporales que se captan a través de los sentidos. El hecho de que los placeres sensibles estén sometidos al tiempo y a las leyes de nuestro organismo supone aceptar que es muy posible que ese placer sensible es imperfecto. Por ejemplo, en la apreciación de una obra musical influyen factores como la propia perfección o imperfección auditiva del oyente. Sin embargo, cuando el espíritu humano disfruta de algo goza plenamente porque la unión ha sido perfecta.

e) Los placeres espirituales son más puros que los corporales porque se dan sin movimiento. Aquellos placeres que se dan con movimiento producen cansancio y fatiga; sin embargo, el gozo propio de los placeres espirituales produce satisfacción interior y descanso.

f) Los placeres espirituales son más duraderos y firmes que los placeres corporales⁷. La inmensidad del espíritu garantiza que el hombre puede llevar dentro de sí muchas historias a lo largo de su vida, en definitiva, el pasado viene con nosotros allí donde vamos como una maleta incrustada dentro del corazón. De ahí sacamos nuestros recuerdos cuando algo presente evoca un momento del ayer o cuando la nostalgia se apodera de nosotros o, incluso, cuando no podemos olvidarnos de una historia pasada porque pensamos que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Según Tomás de Aquino, Aristóteles consideraba que cuando el intelecto aprehende algo como bueno o malo entonces se produce el deseo o el rechazo del objeto. Sin embargo, en los sentidos se da el placer y la tristeza, y a partir de esta emoción sensible, se produce el deseo o el rechazo. Alberto Magno, por su parte, consideraba que el sentido del tacto se refiere más al placer que a la tristeza⁸. Tomás de Aquino aporta la explicación de esta diferencia indicando que el sentido no aprehende el bien o el mal en universal, sino que conoce un determinado bien particular⁹. El conocimiento tiene unos patrones ideales para indagar en los hechos; tanto es así que la abstracción es base para la ciencia. Sin embargo, como bien enseña el propio Tomás de Aquino, todo el conocimiento comienza por los sentidos que conocen de un modo particular un aspecto de la realidad.

2. CAUSAS DE LA TRISTEZA ESPIRITUAL

A continuación, se intentará analizar las causas de la tristeza espiritual, ya que para poder ofrecer soluciones a un mal tenemos que conocer primero los motivos que lo producen para poder combatirlo desde la raíz. Así procede un especialista médico cuando un enfermo acude a su consulta para ser curado. El doctor conoce que esa persona está enferma por los síntomas, por ejemplo, la fiebre; sin embargo, para poder realizar la curación tiene que conocer las causas. Del mismo modo, un psicólogo o psiquiatra no puede mejorar a

⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 49, q. 3, a. 5, qc. a. co. Por ejemplo, un anciano puede seguir recordando eternamente aquel gran amor de juventud que perdió y deleitarse en el recuerdo de su historia igual que el primer día, mientras que el placer de comer un buen manjar se agota en el mismo momento en que nos hemos llevado la última cucharada a la boca.

⁸ Cfr. ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, II, lect. VII, vol. 14-1, p. 128.

⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In de anima*, III, lect. 11 (se cita por Marietti, Turín, 1959).

su enfermo si éste no confía y no cuenta su historia personal¹⁰ para que el médico pueda saber qué es lo que le produce su malestar. Frankl se percata de que “la persona trasciende la enfermedad, y por esto se manifiesta en la enfermedad, se comunica en el sufrimiento. Si no fuese así, todo intento terapéutico, por mucha base clínica que tuviese sería imposible”¹¹. Es decir, detrás de todo sufrimiento y toda tristeza sigue permaneciendo algo inquebrantable: la *persona*, fundamento y motor de toda recuperación.

Tomás de Aquino considera que las causas de la tristeza espiritual son las siguientes:

1) “Alguien se entristece a causa del dolor o del daño”¹², ya que todo elemento nocivo que se produzca sobre el cuerpo tiene su repercusión en el ánimo. Pero el movimiento del dolor siempre está en el cuerpo; entonces, el cuerpo no puede sufrir sin el alma sufriente como dice Agustín”¹³. Es decir, a diferencia del resto de seres vivos que también padecen enfermedades, el hombre es consciente de su propio dolor, en definitiva, reflexiona sobre él, lo vive. Tanto es así que el propio Tomás de Aquino escribe que “el dolor interior no sólo es mayor que el dolor exterior sino que también es más universal”¹⁴. La universalidad del dolor interior se debe a que mientras existen unas personas que han padecido más dolor físico que otras como consecuencia de enfermedades, partos, operaciones... todo el mundo por joven que sea tiene la experiencia de sufrir internamente por algún aspecto de su vida¹⁵.

¹⁰ Para un experimentado en el tratamiento psiquiátrico “muchas observaciones pueden hacerse respecto al paciente: ante todo, éste no debe ser tacaño ni tratar de salvar la bolsa a costa de la pérdida de su salud. No debe sentir vergüenza en revelar todos los aspectos de su enfermedad, pues la ocultación en este caso, además de ser una tontería (*stultorum pudor*), puede traer graves inconvenientes; ha de tener voluntad de curarse, pues como dice Séneca, constituye un factor de la curación el querer alcanzarla (*velle sanari*); no ha de esperar a que el mal se haga insufrible para ponerse en manos del médico y lamentar su propia negligencia en cuanto al cumplimiento de los preceptos que atañen a la salud. Pero si es conveniente no desatender los síntomas de una posible dolencia, en cambio es perjudicial mostrarse demasiado receloso en lo que toca a la salud y acostumbrarse a tomar remedios en todo momento, con lo cual sólo se conseguirá agravar todo malestar”. BURTON, R., *Anatomía de la melancolía*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Argentina, 1947, p. 145.

¹¹ FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 87.

¹² TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, III, lect. 16, n. 7.

¹³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 1, ad1.

¹⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 7, co.

¹⁵ En este sentido, el ilustre renacentista valenciano escribió: “A veces nace la tristeza de la sola ausencia del bien, por ejemplo, en la madre a quien le murió el hijo único. También son muchos los que entristecen después de los deleites y banquetes, y días festivos, y alegres: no es más que la añoranza del goce perdido y la inquietud del ánimo, que requiere algo más,

Recogemos, a continuación, las palabras de un texto amplio donde el de Aquino pone nuevamente de manifiesto que el dolor es causa de tristeza: “Las cosas sensibles al tacto son dolorosas no sólo en cuanto desproporcionadas a la potencia aprehensiva, sino también porque son contrarias a la naturaleza; mientras que las de los otros sensibles pueden ser desproporcionadas a la virtud aprehensiva, aunque no contrarias a la naturaleza, a no ser con respecto a las cosas sensibles al tacto. De ahí que sólo el hombre que es animal perfecto en el conocimiento, se deleite en las cosas sensibles de los otros sentidos por ellas mismas; mientras que los demás animales no se deleitan en ellas sino en cuanto se refieren a los sensibles al tacto, como dice el Filósofo. Por eso, respecto de las cosas sensibles de los otros sentidos no se dice que exista dolor como contrario a la delectación natural, sino más bien tristeza que contraría al gozo animal. Así, pues, si por dolor se entiende el dolor corporal, conforme al uso más común, el dolor corporal se divide por oposición a la tristeza según la distinción de la aprehensión interna y externa; aunque la delectación se extienda a mayor número de objetos que el dolor corporal. En cambio, si el dolor se toma en su acepción amplia, indica el género de la tristeza según queda ya dicho”¹⁶.

A pesar de la relación necesaria que existe entre el dolor y la tristeza, también podemos notar una diferencia basándonos nuevamente en los textos tomistas: “la tristeza puede ser de presente, de pasado y futuro pero el dolor corporal, que sigue a la aprehensión del sentido exterior sólo puede ser de presente”¹⁷. Mientras que alguien que padece un dolor físico sólo puede sufrir en el mismo instante en que le duele alguna parte del cuerpo, por contraposición, la tristeza prácticamente es intemporal ya que alguien puede entristecerse en cualquier momento, y no sólo por algo presente, sino también por algo pasado o futuro.

Alberto Magno al deliberar sobre este tema consideraba que la tristeza se produce por algo nocivo que corrompe la naturaleza, por ejemplo, el peligro¹⁸. La relación tan estrecha que existe entre el alma y el cuerpo explica no

como la yegua a quien quitaron su cría. La tristeza ocasiona la bilis negra, y la bilis negra, a su vez, exagera la tristeza y también por la creencia de un nuevo mal. Verás muchas veces tristes a personas melancólicas a quienes ningún mal ocurrió ni ellas podrían dar la razón de su tristeza”. VIVES, J.L., *Obras filosóficas, Tratado del alma*, III, c. XIX, en *Obras Completas*, tomo II, p. 1303.

¹⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 2, ad3.

¹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 2, ad2.

¹⁸ Cfr. ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, IV, lect. II, vol. 14-1, p. 226.

sólo que el dolor físico tenga su efecto nocivo en el alma¹⁹, sino que también, en el caso contrario, sucede que cuando el mal se origina en lo psíquico o espiritual, todo sufrimiento tiene una manifestación exterior en el cuerpo que resulta más o menos patente²⁰. Por otro lado, y teniendo en cuenta la vinculación que estamos estableciendo entre el interior y el exterior del ser humano, es decir, entre el alma y el cuerpo, mostraremos una cita de Tomás de Aquino muy interesante a este respecto, pues percibe que “la tristeza interior no se siente con dolor en el cuerpo”²¹ (suponemos que el de Aquino hace referencia a un dolor muy intenso ya que esta cita está recogida en un texto donde se habla de la muerte de Cristo).

En la actualidad, los psiquiatras afirman que son muchas las depresiones que se desencadenan a partir del descubrimiento de una enfermedad. Por ejemplo, muchas enfermas de cáncer necesitan de la ayuda de un psicólogo que les ayude a aceptar su situación y a convivir con ella porque, al parecer, “el dolor sume al hombre en una profunda crisis de identidad, de verdad y de sentido”²². Sería extraño que alguien que tiene que hacer frente a una enfermedad muy grave no se plantee con angustia en algún momento por qué le tuvo que suceder a él²³. Y quizá, en la dificultad que genera la respuesta de esta pregunta reside la propia incompreensión que los hombres tienen del dolor.

¹⁹ La ciencia médica ha alcanzado un alto grado en las posibilidades de aliviar el dolor, hasta el punto de que, como recuerda F. Monge presentando el testimonio de médicos y científicos, “no existe hoy ya una forma de dolor insoportable y desesperante que no se pueda mitigar. Y sin embargo, jamás como en esta época se manifiesta mayor incapacidad para soportar el dolor. Es más, la petición de legalizar la eutanasia no es otra cosa que la demanda de anticipar la muerte, no por amor a la muerte sino por miedo al dolor”, MONGE, F., *¿Eutanasia? Sentido de la vida, del dolor y de la muerte*, Palabra, Madrid, 1989, p. 6.

²⁰ Cfr. FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 358.

²¹ TOMÁS DE AQUINO, *Compendium Theologiae*, I, c. 232.

²² FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 61.

²³ En este sentido se declara que “La recente traduzione in lingua italiana del *Commento a Giobbe*, scritto da S. Tommaso d’Aquino mette a disposizione di un’ampia gamma di lettori un’opera che sta ritornando all’attenzione dei teologi non soltanto per l’eleganza dello stile e l’innovativo criterio esegetico con cui ai suoi tempi è stata redatta, ma essenzialmente per la tematica di fondo che da sempre attraversa la storia dell’umanità: come si può ammettere l’esistenza di un Dio che si prende cura delle sue creature, quando l’esperienza quotidiana ci documenta che anche gli innocenti, i giusti che non hanno commesso nulla di male e quindi non hanno peccati da espiare, pregistrando un’esistenza cosparsa di sofferenze, di angosce e di travagli?”. PEROTTO, L., “La mistica del dolore nel *Commento* di S. Tommaso al Libro di Giobbe”, *Divinitas*, 46, 2003, p. 53.

En cualquier caso, lo que se pone de manifiesto en todo lo dicho hasta ahora es que existen dos ámbitos distintos de dolor²⁴. Por ejemplo, no es semejante el dolor físico que siente una persona enferma de cáncer tras los tratamientos de radioterapia o quimioterapia²⁵ que el dolor anímico producido por su enfermedad. Tomás de Aquino manifiesta que “la enfermedad es privación de la salud, no porque se quite toda la salud, sino porque es un camino para la posible desaparición total de la salud”²⁶. Evidentemente, si alguien se asusta tanto con una enfermedad grave es porque existe la posibilidad de la muerte. De hecho, el hombre padece enfermedades más leves que afronta con mucha serenidad porque no constituyen una amenaza contra la propia vida.

2) Tomás de Aquino también afirma “que toda tristeza se produce a causa de algo inconveniente, pues tener algo inconveniente no puede ser por sí apetecible: pero también algunas tristezas son buenas y apetecibles en tanto que son útiles para algo”²⁷. Un ejemplo de estas excepciones que pone Tomás de Aquino es la tristeza de la penitencia, que es útil para la salud. Toda tristeza que tenga un motivo justificado será buena, ya que su manifestación natural es el primer paso para que se dé su posterior desaparición; por tanto, aunque la tristeza sea un sentimiento desagradable es muy saludable experimentarla en las circunstancias dolorosas.

Por otro lado, también sucede que “la tristeza es buena según el conocimiento y rechazo del mal”²⁸. Este es el caso de aquellas personas que han superado un problema muy grave en su vida. Aunque sea cierto que el hombre es un ser imperfecto que tropieza dos veces en la misma piedra, también lo

²⁴ En suma, y como afirma un estudioso de este tema, “hay que distinguir, por consiguiente, un dolor físico, somático, orgánico, y un dolor moral, anímico o espiritual”. FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 38.

²⁵ Ese dolor afecta en cierto modo a las personas más cercanas: “No cabe duda de que existe una cierta reciprocidad entre el que sufre y el que le acompaña. Ambos comparten un aspecto distinto pero complementario en el proceso del dolor”, ORELLANA, I., *Pedagogía del dolor*, Palabra, Madrid, 1999, p. 76. En la misma página la autora afirma que “la enfermedad siempre puede servir también como elemento catalizador para potenciar la unidad de la familia, o para reconciliar a sus miembros caso de que la convivencia estuviese resquebrajada”.

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 18, a. 8, ad1. En este sentido hay que tener en cuenta que “La enfermedad, al igual que la salud no es acto, sino disposición o hábito”. *De malo*, q. 7, a. 3, ad11 (Marietti, Turín, 1953).

²⁷ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 49, q. 3, a. 4, qc. b, co.

²⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 39, a. 2, co.

es que intenta no hacerlo²⁹. Así, si hay algo en el presente que le provoque el temor propio que genera el recuerdo de un mal pasado y la posibilidad de que se vuelva a repetir, esa persona pronto se apartará del peligro con el único deseo de no volver a sufrir. Tomás de Aquino explica que “el conocimiento del mal es por el recto juicio de la razón y el rechazo del mal es por la voluntad bien dispuesta que detesta el mal”³⁰. Es decir, para poder alejarnos voluntariamente de un mal, primero tenemos que conocer en qué consiste ese mal y reconocerlo como tal.

En nuestra sociedad la gente ve la risa como algo natural, pero no sucede lo mismo con la tristeza. Sin embargo, se puede sentir tristeza tras la despedida de un amigo, la ausencia de un ser querido, la separación definitiva de una persona... Llorar no es un signo de debilidad; llorar en estos casos supone haber vivido y haber querido intensamente a esas personas con las que se ha compartido un periodo de tiempo. Lamentablemente, son muy pocas las personas que nos acompañan de veras a lo largo de toda la vida. Quizás por eso, el alma humana tiende a sentir dentro de sí cierto grado de soledad ya que algunas despedidas son muy difíciles de curar. La vida es como un vagón de tren donde constantemente se reciben nuevos amigos mientras otros muchos se van marchando; cumpliendo su destino, cumpliendo con el camino de su vida.

3) También “puede producirse tristeza por alguna falsa imaginación”³¹, y es que, a veces, la imaginación humana no está suficientemente gobernada por la razón, de modo que favorece fantasías que nos hacen temer algo que no es real. En la actualidad se conocen enfermedades en las que el paciente padece visiones que vive y experimenta como reales. Por ejemplo, la depresión psicótica o delirante “desde el punto de vista clínico se caracteriza por la presencia de ideas delirantes congruentes con el humor depresivo –de culpa, ruina, hipocondríacas, nihilistas–. Y por alucinaciones en general, aunque con menos frecuencia”³². Por otro lado, y siguiendo la terminología

²⁹ Cfr. HEINZMANN, R., *Die Einheit der person*, zum. 65, Geburtstag, Kohlhammer, 1998, p. 153 citando el texto de Tomás de Aquino: “Utrum tristitia possit esse bonum utile” (*Summa Theologiae*, I-II, q. 39, a. 3).

³⁰ *Ibid.*

³¹ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 44, q. 3, a. 3, qc. c, co.

³² VV.AA., *La depresión*, p. 65.

médica, también la esquizofrenia es un tipo de enfermedad que tiene como rasgo significativo las alucinaciones que el enfermo toma como reales³³.

4) Asimismo, “las palabras injuriosas producen tristeza”³⁴, porque tienen una fuerza inusitada para herir. Por ejemplo, el poder que tenemos sobre el lenguaje se escapa a nuestro dominio en un ataque de ira. Cualquiera habrá tenido que pedir perdón a alguien por haberle dicho en un momento determinado algo que ni siquiera pensaba en serio. En muchas ocasiones esos conflictos son fruto de un malentendido que no se aclaró a tiempo porque el hombre es demasiado orgulloso para rectificar³⁵.

5) De manera semejante “la vejez produce tristeza conforme se acerca la muerte”³⁶. La muerte es uno de los interrogantes más importantes que se puede plantear un ser humano a lo largo de su vida y, generalmente, también es un hecho que produce temor ante lo desconocido³⁷. La vida es un tesoro muypreciado para la mayoría de las personas, pero generalmente sólo las personas que por ley de vida se hacen mayores ven de cerca su muerte³⁸. Quizá por esta razón, los ancianos son personas que gozan de un periodo de su vida que puede ser tan pleno como el resto de etapas previas.

Con todo, para Tomás de Aquino los mayores se entristecen, ya que “los ancianos desearían vivir más tiempo”³⁹. Sin embargo, parece que los ancia-

³³ Es el caso de la esquizofrenia: “La depresión de los esquizofrénicos como causa creciente de su conducta suicida, que raramente ocurre en el curso de un proceso delirante, ha sido atribuida a los tratamientos con neurolépticos; pero según Hegarty y Munentz, citados por Singer, las depresiones postpsicóticas atribuidas a los neurolépticos se presentan igual con placebos”. LARRIÓN, L. J., *¿Se han disparado los suicidios?*, Gráficas Lizarra, S.L. 1996, p. 91.

³⁴ TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, d. 41, n. 6 (citado según Parma, vol. XIV, 1863).

³⁵ “Hacia los confines de las necesidades animales y de las intelectuales se hallan el orgullo y la vanidad, perversión de dos necesidades sociales eminentemente útiles, el aprecio de sí mismo y el amor de aprobación. En efecto, el orgullo consiste en el sentimiento exagerado de nuestro valor personal, acompañado de una grande tendencia a preferirnos a los demás y a dominarlos. Es una enfermedad moral, cuyas especies principales son la presunción, la suficiencia, la soberbia, el desdén y la arrogancia”. DESCURET, F., *La medicina de las pasiones*, trad. de F. Monlau, ed. P. Riera, Barcelona, 1842, p. 300.

³⁶ TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 42, n. 1.

³⁷ “Los entes definidos por su materialidad son sujetos del mal natural: cuya definitiva expresión será la muerte”. CERCOS, J., “Naturaleza, muerte y mal: notas sobre Tomás de Aquino”, *Revista Española de filosofía medieval*, nº 0 (1993), p. 52.

³⁸ Goethe afirmaba que “la ancianidad es la verdadera culminación de la vida, el tiempo del descanso y la reflexión, el de la sabiduría y la verdad; sin ilusiones previas y con un toque aceptable de religiosidad previa, el anciano está cerca de Dios”. DÍAZ-PLAJA, F., *El arte de envejecer*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1995, p. 13.

³⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Ad Titum*, c. 2 (citado por Marietti, Turín, 1953).

nos hacen frente como norma casi general al dolor, y están más preparados mentalmente para asumirlo, aceptarlo y vivir con las propias incomodidades del sufrimiento o la enfermedad⁴⁰. Aunque por otra parte, los ancianos se vuelven generalmente un poco niños y reclaman continuamente muestras de atención por parte de aquellos que tienen cerca.

Uno de los rasgos más sabios de la mente humana es su capacidad natural de olvidar las tragedias (olvidar los sentimientos dados como consecuencia de esos hechos trágicos) y retener los momentos importantes de gloria y de paz personal. Así, la existencia humana se torna soportable y llevadera a pesar de todas las desgracias acumuladas a nuestras espaldas a lo largo de la vida. Pero ante la cercanía de la muerte se entristecen especialmente aquellas personas que a pesar de los años gozan de buena salud para continuar disfrutando de los pequeños placeres de la vida. Aunque el avance de la ciencia está siendo magnífico en los últimos decenios, hasta el punto que la media de vida se ha prolongado hasta los ochenta años, lo cierto es que “todos los hombres en el tiempo de la vejez se afligen a causa de su invalidez”⁴¹. Todos ellos, por bien que estén, se ven siempre tan deteriorados en comparación a como estuvieron en su juventud que no pueden evitar fijarse más en algunos achaques que en el hecho de que todavía sigan con vida y sean capaces de mantener una conversación coherentemente.

La sociedad actual es una colectividad donde sólo parecen venderse los valores jóvenes. Como contraposición a la tristeza del hombre anciano está la alegría de aquellos chicos que están en el periodo juvenil puesto que parecen menos propensos a las tristezas⁴². Sin embargo, las personas ancianas tienen una riqueza interior y una sabiduría de vida tan grande que sería un éxito humano para nuestra sociedad que muchos jóvenes se deleitasen escuchando a los mayores para aprender algo de ellos. Para Tomás de Aquino “la edad de la vejez conlleva reverencia no a causa de la condición del cuerpo, que está en defecto, sino a causa de la sabiduría del alma que se presume por la antigüedad del tiempo”⁴³. La experiencia sólo se adquiere viviendo y, en ocasiones, la conversación con alguien experimentado abre horizontes en la

⁴⁰ Las personas mayores hacen frente a los problemas de salud que aparecen en esa etapa de la vida con mucha más frecuencia que en el tiempo anterior. La mayor parte de las personas mayores de 65 años viven en centros especializados o con su propia familia pero realmente en muchas ocasiones siguen valiéndose por sí mismos incluso en el terreno de su propia movilidad corporal. Cfr. KALISH, R. A., *La vejez*, Pirámide, Madrid, 1996, p. 80.

⁴¹ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 30.

⁴² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 40, a. 6, co.

⁴³ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 44, q. 1, a. 3, qc. a, ad1.

mente de aquel que todavía tiene que abrirse al mundo y hacerse a la vida. Hay personas que todavía no han descubierto que no sólo se comparten las cosas materiales o el dinero, sino también las experiencias personales y la vida interior que una persona confía a otra como un regalo.

Alberto Magno, maestro predilecto de Tomás de Aquino, escribió respecto de este tema que en la amistad verdadera existen dos elementos importantes: uno es el fundamento de la amistad, que es la virtud, otro es el alimento del que se nutre esa amistad, que es el placer sensible dado en convivir y cooperar con aquellos que queremos. El filósofo de Colonia, en función de esta distinción, enseña que la virtud de la amistad puede considerarse desde dos puntos de vista⁴⁴:

a) Según el hábito, la amistad se fortalece en los ancianos por la costumbre. Desde este punto de vista, los ancianos cumplen con las necesidades de la amistad perfectamente, dado que compensan con su experiencia la inexperiencia propia de los jóvenes. En efecto, se puede decir que “como la gente de cualquier grupo de edad, los que están en sus últimos años comparten ciertas cualidades, sentimientos, experiencias, roles y cambios con sus compañeros de edad; pero, como la gente de cualquier grupo de edad, los ancianos son también inmensamente variables en sus cualidades, sentimientos, experiencias, roles y cambios, e intensamente diferentes de los demás miembros de su grupo de edad”⁴⁵. Si alguien tiene la experiencia de dar un paseo por alguna residencia de ancianos se da cuenta de que en algunas de ellas cada anciano lleva su vida de modo independiente al resto, sin embargo, en otras comparten muchas actividades de ocio.

b) Sin embargo, teniendo en cuenta que esa virtud termina en una acción, Alberto Magno comenta que los mayores, debido al paso del tiempo, tienen sus fuerzas muy debilitadas (incluso el propio ejercicio de la virtud o de la prudencia). A causa de estos condicionantes son propensos a la tristeza, motivo por el cual, los mayores impiden el fomento exterior de la amistad basado en ese placer sensible que produce en el hombre convivir y relacionarse con sus seres queridos. Posteriormente a las palabras de su maestro, Tomás de Aquino escribió que los ancianos suelen ser tristes y “nadie quiere convivir con las personas tristes”⁴⁶. En la actualidad podemos experimentar de modo palmario esta soledad propia de los mayores. En efecto, hoy día, los

⁴⁴ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, VIII, lect. V, vol. 14, 2, p. 610.

⁴⁵ KALISH, R. A., *op. cit.*, p. 19.

⁴⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Ad Titum*, c. 2.

ancianos no sólo tienen que hacer frente a su tristeza, sino también a las circunstancias de tristeza que les acompañan. Sin embargo, Alberto Magno, enseñaba que debido a que los ancianos no pueden valerse por sí mismos, es comprensible que persigan la máxima ayuda en el exterior, es decir, que establezcan relaciones de utilidad con el resto de las personas⁴⁷.

Mientras que ellos viven en la memoria de muchos, por contraposición, los jóvenes viven en la esperanza de los mayores. Por esta razón, los ancianos se vuelven impacientes (la paciencia es fundamental para luchar contra la tristeza) a causa de los bienes que tuvieron y de los que ahora carecen. Viven muchos años, pero al final muchos de ellos también se asustan ante el gran misterio que supone la muerte y su propio deterioro físico.

6) Tomás de Aquino expone asimismo que “toda afección se produce por causa del amor”⁴⁸. El amor mueve a los hombres y entretiene las relaciones entre las personas. Crea lazos que hacen sentir al hombre arraigado en alguna parte, querido y feliz⁴⁹. Mediante esos lazos nos arropamos y protegemos del frío de la soledad. Hay tantos tipos de amor como relaciones existentes: padre-hijo, novios, abuelo-nieto, amigos, compañeros⁵⁰...

Un comentarador *sui generis* de Tomás de Aquino, Suárez explicó que existen dos tipos de amor⁵¹:

a) El amor como *impulso del deseo*. Se refiere al objeto en la medida que ese objeto es conveniente y acorde a la misma persona que apetece, y se considera como amor de *concupiscencia*⁵². Suárez enseñaba que quien ama

⁴⁷ Cfr. ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, VIII, lect. III, vol. 14-2, p. 602.

⁴⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 7, lect. 3 (citado según Marietti, Turín, 1953).

⁴⁹ “L’amour se présente ensuite expérimentalement comme une activité par laquelle celui qui aime se précipite vers la bien qui l’a séduit”. SIMON, B. M., *Essai Thomiste sur la réciprocité amicale dans l’amour de charité*, Pontificia Studiorum Universitas A S. Thoma Aq. In Urbe, Bononiae, 1988, p. 34.

⁵⁰ Entre todos esos tipos, “el amor es más perfecto en la medida en que es incondicional. Cuando condicionamos el amor a rasgos alterables en la personalidad del amado, no estamos hablando de verdadero amor, sino de un sucedáneo, o de simple interés circunstancial por el otro. Todo amor que se basa en razones se evaporará tan pronto como desaparezcan las causas que lo produjeron”. TIERNO, B., *Aprendiendo a vivir*, Temas de hoy, Madrid, 1996, p. 114.

⁵¹ Cfr. SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. V, vol. IV, p. 461.

⁵² Este amor no es ni primario ni principal: “Fundamento del amor de concupiscencia y amistad, por lo mismo anterior a ambos, es el amor de sí mismo o amor propio, con que nos complacemos en nosotros mismos y no queremos bien”. CALVERAS, J., *La afectividad y el corazón según Santo Tomás en relación con los conocimientos actuales*, Librería religiosa, Barcelona, 1951, p. 53.

algo bello y se complace en su visión, entonces ama ese objeto en la medida que es conveniente para él. Este amor por el objeto es concupiscencia y deseo que no se sigue de la misma belleza del objeto, sino de la propia operación. Por ejemplo, a la vista no le agradaría la belleza de un objeto si no fuera porque le agrada el propio acto de ver⁵³. En definitiva, el amor de amistad siempre tiene un efecto positivo, sin embargo, en ocasiones, como explica Juan Luis Vives el amor de benevolencia produce consecuencias negativas como puede ser la rivalidad y la envidia⁵⁴.

b) Amor de *amistad* o *benevolencia* es el movimiento propio del deseo que se pone en marcha cuando un bien se juzga amable en sí mismo⁵⁵. Así, cuando una madre educa a su hijo persigue, ante todo, el bien de su hijo y no el propio. Por este motivo, en este tipo de amor, el deseo se detiene en ese objeto pero sin llegar a convertirse con él. Suárez consideraba que el amor de amistad o benevolencia es aquel tipo de amor que no busca otra complacencia que la del propio amor y desea el bien de la persona querida. Por esta razón, a pesar de que exista un lazo de amor importante entre dos personas, pueden darse conflictos y diferencias propios de todo vínculo personal que respeta la libertad⁵⁶.

⁵³ Recuérdese al respecto el inicio de la *Metafísica* aristotélica: “Todos los hombres tienen, por naturaleza, el deseo de saber; lo prueba el placer causado por las sensaciones, pues, aparte que su utilidad, nos proporcionan goce por sí mismas y, sobre todo, las sensaciones visuales. Efectivamente, no sólo para obrar, sino incluso cuando no nos proponemos acción alguna, preferimos, por decirlo así, la vista a todo lo demás. La causa estriba en que la vista es, de todos nuestros sentidos, el que nos hace adquirir la mayor cantidad de conocimientos y nos descubre las mayores diferencias”. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 980 a.

⁵⁴ “Del amor de concupiscencia nacen la rivalidad y la envidia, pues son muchos a desear lo que anhela poseer uno solo, como sucede con una amiga, con un amigo rico, con una ganancia. En contraposición, del amor de las almas origínase la sinceridad y la comunicación”. VIVES, J. L., *Obras filosóficas, Tratado del alma*, III, c. IV, *Obras Completas*, tomo II, 1263.

⁵⁵ En este tipo de amor se recalca sobre todo la reciprocidad: “L’amour d’amitié est un amour réciproque qui, par le fait même, est un amour double, en ce sens qu’il implique deux amours qui se compénétrent, s’intensifient l’un l’autre”. SIMON, B. M., *op. cit.*, p. 102.

⁵⁶ En este punto J. Locke ofrece una visión de la libertad muy diferente a la de Tomás de Aquino: “A la base de la idea de libertad, cualquiera que pueda haber sido su significado original, encontramos, pues, un elemento negativo caracterizado por la ausencia de coacción. En otras palabras, no soy libre si mi conducta está condicionada por la amenaza de un daño que una voluntad ajena a la mía –la de quien detenta la coacción– ha enunciado para el caso que yo realice actos que no están expresamente permitidos. No puede significar lo anterior negar la posibilidad de la libertad en el seno de un régimen jurídico, antes por el contrario, lo que queremos es subrayar el carácter necesariamente limitado de la libertad”. LOCKE, J., *Carta sobre la tolerancia*, Tecnos, Madrid, 1991, p. 13.

Por su parte, Cayetano comentó que el amor de concupiscencia y el amor de amistad no significan actos diversos, sino que son relativos a distintos objetos. Para algunos tomistas actuales, “en su manifestación plena, punto de referencia para juzgar de sus otras formas, el amor es, pues, amor de amistad, un amor en el cual se quiere el bien del otro (*velle alicui bonum*) y, aún más, se quiere bien al otro. Esto es, se lo toma como un bien al cual adherimos, ante todo, por el homenaje de nuestra complacencia en su realidad misma que, luego, queremos ver afirmada, afianzada y preservada”⁵⁷. Cuando encontramos un amigo de verdad y establecemos con él una buena relación de amistad, deseamos por encima de todo que esa relación perdure, mejore y se enriquezca con el paso de los años. De hecho, una de las mayores tristezas que puede vivir el hombre es tener que vivir la ruptura de una amistad.

En definitiva, el amor es causa de tristeza por la pérdida de la amistad que puede suponer, pues “todo hombre se entristece si carece de aquello que ama”⁵⁸, porque la ausencia produce inquietud e intranquilidad en la voluntad. El amor llega a producir un sentido de propiedad o de pertenencia muy grande en aquel que ama, quizá porque el embrujo del amor reside en que a la vez que sentimos que poseemos, también nos sentimos poseídos por aquellos a quienes queremos⁵⁹. Suelen decir que los enamorados se contemplan sin descanso como si el mundo se terminase en ellos, como si cada uno

⁵⁷ CALDERA, R. T., *Sobre la naturaleza del amor*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, n° 80, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2000, p. 115.

⁵⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Super Matthaei*, c. 26, lect. 5 (citado por Marietti, Turín, 1951).

⁵⁹ En el contexto amoroso se entiende el sentido de una de las manifestaciones del amor, el beso, que según sea el amor, será la manifestación: “Si se quisiera dividir los besos en diversas categorías se puede recurrir a variadísimos principios de clasificación. Por ejemplo, se pueden dividir según el sonido. Sin embargo, nuestra lengua es insuficiente para expresar las observaciones que he hecho a este respecto y dudo que en la tierra haya otra lengua hablada que posea un vocabulario de palabras onomatopéyicas, en las condiciones de reproducir fielmente las diferentes tonalidades de la escala musical del beso. Hay besos estridentes, vibrantes, sonoros, crepitantes, chirriantes, sordos, ahogados, que crujen como seda, etcétera, etcétera. Se puede también recorrer otra gradación, la naturaleza del contacto, por ejemplo, y tenemos entonces besos a flor de labio, los besos de presión y los besos que se dan en *passant*. En otra categoría tenemos la clasificación según el criterio del tiempo: besos cortos y largos. Y a propósito de tiempo, aún podemos dividirlos de otro modo, y esta división, al fin y al cabo, es la única que me agrada; esto es, la diferencia entre el primer beso y todos los que le siguen, además, hasta cualitativamente el primer beso es diferente de todos los demás”. KIERKEGAARD S., *Diario de un seductor*, Colección Austral, n° 1132, Buenos Aires, 1953, pp. 116-117.

encontrase en el otro todo lo que necesita para vivir. La felicidad de esos enamorados se basa en su amor correspondido y gozan de su bien⁶⁰. Sin embargo, aquellas personas que aman y no son correspondidas se entristecen⁶¹, porque al no poder entregar su amor al otro, sienten que les falta ese complemento vital que aporta el amor cuando se vive y se comparte en compañía⁶².

En este trabajo vamos a movernos constantemente en dos ámbitos distintos, por un lado, el ámbito espiritual y por otro, el plano corporal del ser humano. Esta distinción queda claramente reflejada en un texto de Alberto Magno donde explica que “amar según el alma tiene como opuesto el odio, sin embargo, amar según el acto corporal que es besarse no tiene contrario”⁶³. Es una observación interesante respecto del enamoramiento, pues pone nuevamente de manifiesto cómo el cuerpo humano está enmarcado en unas leyes más determinadas y fijas, mientras que el alma contiene un mundo de sentimientos inmenso⁶⁴.

7) Para Tomás de Aquino también se puede decir que “alguien se entristece por ninguna causa, porque no tiene causa de su tristeza”⁶⁵. Los estudios recientes en psicología demuestran que existe un tipo de depresiones que no tienen causa de su existencia. Son las llamadas depresiones endógenas⁶⁶.

⁶⁰ El amor es nuclear, lo más alto del espíritu humano: “Cualquiera que se entienda su naturaleza u origen, con el término «amor» parece designarse una realidad de preferencia y adhesión; un encontrar su centro en la persona amada; un vivir para ella, tan dedicado, que incluso puede adoptar la forma de un desvivirse, el carácter de un sacrificio. No sería difícil citar múltiples testimonios en este sentido, tomados de la poesía popular y las canciones amorosas”. CALDERA, R. T., *op. cit.*, p. 19.

⁶¹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In De divinis nominibus*, c. 4, lect. 9 (se cita por Marietti, Turín, 1950).

⁶² Por lo demás, el amor personal admite muchas manifestaciones y diversa gradualidad en ellas: “Cuando sucumbimos al amor nos zambullimos obnubilados en un torrente incontrolable de euforia, expansividad y embelesamiento. Experimentamos la dicha de poseer y de ser poseídos en exclusiva, de idealizar y de ser idealizados. Pero, al mismo tiempo, nos sentimos atormentados por sombras siniestras que producen la obsesión, la duda y los celos. En ningún otro momento somos tan vulnerables ante el sufrimiento como cuando estamos enamorados. Y es que, enamorarse implica abrirse, exponerse y arriesgarse a ser rechazados”. ROJAS MARCOS, L., *Antídotos de la nostalgia*, Claves, Espasa-Calpe, Madrid, 2003, pp. 64-65.

⁶³ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, V, lect. 1, vol. 14-1, p. 309.

⁶⁴ Cfr. SELLÉS, J. F., “Los afectos del espíritu. Propuesta de ampliación del planteamiento clásico”, *Aquinas*, XLIX, 1, (2006), pp. 215-229.

⁶⁵ TOMÁS DE AQUINO, *De potentia*, q. 3, a. 1, ad7 (se cita por Marietti, Turín, 1953).

⁶⁶ Su descripción es como sigue: “Está comprobado que el cuadro patológico de la depresión endógena va acompañado de una determinada actitud del paciente. Se puede constatar en casi todos los casos que el elemento psicofísico o puramente somatogéno se neurotiza secunda-

Esto indica que no hay ninguna persona que esté libre potencialmente de caer en una depresión y padecer tristeza. No existen unos parámetros fijos y unos cánones exactos de persona que responda al modelo caracterizado por un enfermo de depresión, ya que existen factores personales, biológicos y ambientales que condicionan y determinan la posible aparición de la enfermedad⁶⁷.

8) Otra causa de tristeza que reseña Tomás de Aquino consiste en que “los placeres derivados de los males no causan tristeza en el presente sino en el futuro”⁶⁸. Este argumento podría asemejarse a la información que las autoridades sanitarias ofrecen en el presente sobre el consumo de drogas, bebidas alcohólicas o tabaco, etc. Este fenómeno es curioso, pues aunque la información debería prevenir a la sociedad, sin embargo, las adicciones siguen presentes en nuestro mundo desarrollado.

Suárez comentaba al respecto que “si el mal futuro se aprehende como inevitable, entonces no se sigue el temor sino la tristeza que aprehende aquel mal como presente”⁶⁹. Las obsesiones son de esta naturaleza y tienen claros efectos negativos sobre la propia persona. Esta es una de las razones por las que no es bueno adelantarse al futuro y es recomendable vivir el día a día; en ocasiones, nosotros generamos miedos en nuestro interior, sin darnos cuenta de que se trata de miedos irracionales que nacen a raíz de algo que todavía no existe: el futuro. Paradójicamente, una realidad inexistente nos hace desperdiciar el tiempo, el presente.

9) Tomemos en consideración otra de las causas de este mal según el de Aquino: “el cansancio es causa de tristeza”⁷⁰, ya que nos hace sentir débiles. En efecto, en nuestra sociedad cada vez se le exige más rendimiento a los trabajadores, no sólo en sus puestos de trabajo, sino también en su preparación académica previa al mundo laboral. La competitividad sin límites gobierna nuestro mundo, y esa situación termina agotando interiormente a muchas personas. Cuando el cansancio se va acumulando y la lucha no produce frutos eficaces la persona termina dejándose vencer por el propio desaliento.

riamente, por decirlo así, insertándose un componente psicógeno, una especie de depresión reactiva, en el estado patológico originario. Aquí se manifiesta lo que antes hemos denominado desesperación ante la tristeza o angustia ante la angustia”. FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, pp. 94-95.

⁶⁷ Cfr. VV.AA., *La depresión*, pp. 66-69.

⁶⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 38, a. 4.

⁶⁹ SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. X, vol. IV, p. 470.

⁷⁰ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 49, q. 3, a. 3, b.

10) Una causa distinta de tristeza, pero por un motivo bien distinto a los precedentes, según Tomás de Aquino, parece tener su raíz en el amor de Dios: “el amor de Dios causa la tristeza del pecado y ésta es tristeza según Dios”⁷¹, pero no nos detendremos en este punto por considerar que pertenece más al ámbito teológico que al filosófico.

11) La misma tristeza puede ser causa de tristeza, leemos en el *corpus* tomista. No se trata de un juego de palabras, sino de una cuestión de carácter, ya que, “las personas que han pasado por frecuentes tristezas tienden con más facilidad a ella”⁷². Por ejemplo, los melancólicos siempre tienden a anhelar el pasado creyendo que cualquier tiempo pasado fue mejor⁷³. No miran el futuro sino que están atados a un ayer perpetuo que se niegan a olvidar porque lo idealizan, y la ruptura con él produce en su interior un abismo vertiginoso de inseguridad y de tristeza⁷⁴.

12) Para el de Aquino, la tristeza se exagera todavía más si la persona padece sufrimiento y angustia⁷⁵. En efecto, a los rasgos propios y efectos nocivos de la tristeza en el hombre, debemos añadir, los efectos propios de la angustia⁷⁶: un sentimiento de ansiedad, temor, opresión o incertidumbre. “Incluso en este estado, Santo Tomás distingue diversos grados: el efecto propio del sufrimiento consiste en cierta huida del apetito (...), si se impide

⁷¹ TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 7, lect. 3.

⁷² TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 12, a. 1, co.

⁷³ Esta paráfrasis del poeta de Castilla, Jorge Manrique, en sus coplas a la muerte de su padre, cuadra muy bien para la melancolía: “Por su trascendencia clínica –y por su connotación específica de un trastorno afectivo– la melancolía es un subtipo de depresión muy importante. Su origen se atribuyó a causas internas (depresión endógena), que predispondrían al sujeto a padecer la enfermedad”. VV.AA., *La depresión*, p. 64.

⁷⁴ Comentando el pensamiento de Pío Baroja, escribió Ortega: “La melancolía, la tristeza, el descontento son inconcebibles cuando nuestro ser íntegro está operando. Basta, en cambio, que en nuestra actividad se haga un calderón para que asciendan del espíritu quieto –como los vahos maléficos en un agua muerta– esas emociones de desazón, de desamparo y vacío infinito. Entonces advertimos el desequilibrio entre nuestro ser potencial y nuestro ser actual. Y eso, eso es la felicidad”. ORTEGA Y GASSET, J., *El espectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1985, p. 121.

⁷⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 2, lect. 1.

⁷⁶ La angustia se puede describir como un “estado afectivo, agudo y penoso a la vez, comparable y distinto del temor y del miedo. Es la previsión de una dificultad o de un mal amenazador, que se expresa por el temor; su reflejo afectivo se puede llamar el miedo. Pero lo más corriente es que ese reflejo no sea proporcionado a la amenaza reconocida. El miedo puede quedar más acá o ir más allá de lo que creemos que salvamos del peligro. De esa forma, nos ocurre sentir miedo en ausencia de todo temor definido. Ahí es donde comienza la angustia, miedo sin razón perceptible”. DELPIERRE, G., *op. cit.*, p. 247.

la huida, nace la ansiedad, que agrava el ánimo hasta tal punto que el sujeto no vislumbra consuelo alguno, por lo que se denomina también con el nombre de angustia. Pero si se agrava hasta el extremo de paralizar los miembros corporales, lo que es propio del abatimiento, en este caso (...) ni deja lugar a la huida, ni está en el apetito, y se dice que el abatimiento priva hasta la voz”⁷⁷. Con estos condicionantes, el cuadro clínico que padece una persona afectada por la tristeza y la ansiedad, la angustia⁷⁸ o el abatimiento, se complica bastante respecto de aquella otra persona que simplemente está triste.

13) Tomás de Aquino considera también que todo defecto corporal por sí mismo dispone a la tristeza. Sin embargo, hay hombres que consiguen superar el mal propio generado por una deficiencia física con un talante espiritual fuerte y alegre que les permite disfrutar de su vida.

14) Finalmente, Tomás enumera entre las causas de la tristeza “el daño de los bienes o las personas y las deshonras”⁷⁹. En definitiva, el motivo por el que cualquier persona siente tristeza casi siempre se reduce al padecimiento de algún tipo de dolor, ya sea físico o emocional.

3. EFECTOS DE LA TRISTEZA ESPIRITUAL

En lenguaje médico, los efectos son los síntomas que manifiestan la enfermedad. Por tanto, ahora nos centraremos en los síntomas que presenta el hombre cuando padece tristeza:

1) “El efecto de la tristeza es la turbación”⁸⁰ de la razón del hombre. En este caso estamos hablando de un grado de tristeza muy grave y agudo, co-

⁷⁷ MAHILLO, J., *El sufrimiento humano según Santo Tomás*, Tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1989, p. 232.

⁷⁸ Cfr. VV.AA., *La angustia*, Revista de Occidente, Madrid, 1960, pp. 218-238. Existen tres tipos de angustia:

a) La angustia flotante no tiene ningún objeto, ninguna fuente explicable y, sin embargo, se extiende como un inquebrantable velo sobre la vida del enfermo.

b) La angustia puede aparecer como manifiesta defensa ante ciertas cosas y situaciones de simbolismo amenazador a cuyo círculo de acción el paciente no puede sustraerse a pesar de toda clase de movimientos de fuga.

c) La angustia oculta o reprimida no es experimentada como tal por la conciencia del enfermo, aunque su presencia es cognoscible exteriormente por virtud de ciertos modos psicopatológicos de conducta. Los movimientos de la angustia no son percibidos por el afectado porque la angustia despierta inmediatamente modos de comportamiento compensatorio que se producen automáticamente y cambian la situación.

⁷⁹ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 3.

⁸⁰ TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 41, n. 4.

mo el que puede padecer una mujer cuando recibe una llamada telefónica donde se le informa de que su marido ha fallecido en accidente de tráfico. Sin embargo, “la investigación permite descubrir el lugar central que la libertad ocupa en la comprensión del dolor humano”⁸¹.

2) Las lágrimas también son “una acción de la tristeza”⁸², al igual que el llanto⁸³. Ambos son sus signos exteriores, y son más importantes de lo que parecen. Existen niños deficientes que ni siquiera saben hablar y manifiestan que les duele algo o que se encuentran mal por medio del llanto constante y generalizado. Es decir, no sólo las palabras comunican, sino que el llanto expresa de modo automático un estado de dolor. Por eso, en el hombre, “tanto el llanto como la risa no son puros fenómenos corpóreos, sino que son específicamente humanos, porque sólo el hombre que se posee a sí mismo, que tiene una posición excéntrica, que se trasciende espiritualmente a sí mismo, puede llorar o reírse. El llanto no es sólo expresión de un dolor, sino conocimiento del propio dolor”⁸⁴. Sin embargo, contrariamente a los efectos negativos que la tristeza produce en el hombre, tenemos otros regalos propios de la naturaleza humana tales como la risa, tan recomendable para una vida feliz⁸⁵.

3) La tristeza produce la ira, ya que la primera es causa de la segunda. Por tanto, “la ira es un efecto del sufrimiento. En efecto, cuando se hace sufrir a alguien, éste acusa en su apetito sensitivo el deseo de devolver la injuria inferida a sí o a otro”⁸⁶. El hombre debe tomar conciencia de que la ira es un sentimiento natural en el sentido de una respuesta lógica ante una situación emocional concreta y, como tal, debe manifestarse y expresarse.

4) “La tristeza superabundante induce a la desesperación”⁸⁷, es decir, alguien pierde la esperanza cuando padece durante mucho tiempo un trastorno

⁸¹ FUSTER I CAMP, I.X, *op. cit.*, p. 31.

⁸² TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 41, n. 2.

⁸³ Cfr. CPH, c. 31, lc. 4.

⁸⁴ FUSTER I CAMP, I.X, *op. cit.*, pp. 57-58.

⁸⁵ La recomendación corre a cargo de la psiquiatría actual: “La risa es un reflejo sorprendente que consiste en la contracción simultánea de quince músculos de la cara, acompañada de respiraciones espasmódicas y de sonidos entrecortados irreprimibles. El hecho de que nos riemos en respuesta a estímulos tan diversos como un chiste, una situación ridícula inesperada, un traspie ajeno, o unas buenas cosquillas, ha dejado perplejos a cientos de filósofos, antropólogos y psicólogos de todas las épocas. Quizá no exista un acto humano que, a pesar de haber despertado la curiosidad de tantos investigadores, se mantenga a estas alturas tan inexplicado”. ROJAS MARCOS, L., *op. cit.*, p. 139.

⁸⁶ MAHILLO, J., *op. cit.*, p. 233.

⁸⁷ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*.

en su estado de ánimo. Los suicidios se producen por la desesperación que padece aquel que se mata. Actualmente los porcentajes son alarmantes⁸⁸. Sin embargo, realmente, la mayoría de estas personas no quiere morir, sino poner fin a su sufrimiento, pero la falta de esperanza es tan grande que no encuentran otro medio más adecuado para terminar con su tormento. Esta actitud parece propia de mentes frías y calculadoras y, sin embargo, este final es propio de hombres que sienten que ya no pueden seguir con su vida⁸⁹. Por este motivo, la desesperación no sólo ha sido objeto de estudio de la filosofía, sino que también la ciencia médica intenta buscar un remedio que alivie ese sentimiento de pérdida y desolación absoluta⁹⁰.

Si ya es difícil de por sí soportar y superar la pérdida de un ser querido que ha fallecido de un modo natural, aquellas familias que han conocido de cerca la tragedia que queda tras la decisión voluntaria de morir que toma aquel que se suicida, saben que el sentimiento de culpabilidad brota de un modo natural en los miembros de la familia. Es como si, en cierto modo, al encontrarnos ante lo inevitable buscásemos el medio por el que podríamos haber evitado esa catástrofe.

⁸⁸ “Constatamos que cerca de un millón de personas mueren anualmente por suicidio. En los últimos 45 años la porcentual del suicidio ha aumentado un 60 % en el mundo. Cada 40 segundos se consume un suicidio en el mundo”. VV.AA., *La depresión*, pp. 124-125.

⁸⁹ En un estudio reciente se lee: “En la mayoría de los países industrializados se producen más fallecimientos por suicidio que por accidentes de tráfico. Especialmente en los dos últimos decenios, han aumentado los suicidios y han disminuido los accidentes de tráfico, si bien los recursos dedicados a la prevención de aquellos, son una mínima parte de los dedicados a los últimos. Los accidentes de tráfico no todos son mortales, pero en el caso de la conducta suicida también hay al menos diez a quince veces más tentativas que suicidios consumados. Muchos de ellos no tienen la suficiente gravedad como para precisas asistencia médica; se calcula que aproximadamente solo 1 de cada 4 de los casos que cumplen los criterios de la OMS, contactan con servicios sanitarios”. LIZARRAGA, L. J., *op. cit.*, p. 33.

⁹⁰ “Laín Entralgo da el nombre de diselpidia (de *elpis*, esperanza) a la perturbación patológica de la capacidad de esperar. En el hombre enfermo pueden observarse dos modalidades de diselpidia: la hipotónica y la hipertónica. En la diselpidia hipotónica la desesperanza prevalece en el estado de ánimo del paciente (depresiones vitales, astenia, enfermedad de Addison, hipotiroidismo y procesos destructivos del lóbulo central). En la diselpidia hipertónica el enfermo espera de modo desmesurado y desordenado (parálisis general progresiva e hipertiroidismo). La reacción de entrega constituiría la forma más acusada de diselpidia hipotónica; es la desesperación, la falta total de esperanza a la que podríamos llamar anelpidia”. FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 65.

5) “El efecto de la tristeza que es según Dios, es la salud eterna”⁹¹. Es decir, todo aquel que sufra por las injusticias o por el mal del prójimo gozará de vida eterna junto a Dios⁹².

6) “El efecto de la tristeza que es según el mundo es la muerte”⁹³, es decir, si alguien pasa por este mundo pensando que lo que realmente vale son las cosas materiales, según Tomás de Aquino, se estará equivocando profundamente y morirá sin haber descubierto que lo mejor está todavía por venir tras esta vida.

7) “El efecto propio de la tristeza es alguna huida del apetito”⁹⁴. No siempre el hombre triste tiende a huir de aquello que le hace daño, ya que cuando la tristeza es inmoderada y se apodera del hombre “absorbe el alma e inmoviliza el espíritu, entonces impide la huida del mal”⁹⁵. En ocasiones, el hombre padece un grado de tristeza tan grave y agudo que la mayor parte de su esfuerzo está destinado a soportar el propio sufrimiento⁹⁶. El dolor interior desgasta tanto que en ocasiones parece que se hace cada vez más fuerte porque se alimenta de la fuerza que antes teníamos. Quizá por eso, cuando ya una persona está cansada de padecer la tristeza pierde la capacidad de luchar contra ella.

⁹¹ TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 7, lect. 3.

⁹² “Creer en el sufrimiento significa orgullo, pero sufrir, creyendo en Dios, es humildad. Porque el orgullo puede decirnos que somos suficientemente fuertes para sufrir y que el sufrimiento es bueno para nosotros porque somos buenos. La humildad nos dice que el sufrimiento es un mal que siempre debemos esperar que aparezca en nuestras vidas, por culpa del mal que reside en nosotros. Pero la fe sabe también que la misericordia de Dios se otorga a los que le buscan a Él en el sufrimiento, y que por su gracia podemos vencer el mal con el bien”. Tomado de ORELLANA, I., *op. cit.*, p. 15. La cita corresponde a T. Merton.

⁹³ TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 7, lect. 3.

⁹⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 8, co.

⁹⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 39, a. 3, ad1.

⁹⁶ Un buen consuelo es ver ese mal como venido de las manos de Dios, es decir, como permitido por él: “La mistica del dolore, intesa come esperienza spirituale ineffabile e transfigurante è felicemente espressa da Tommaso dove suggerisce la motivazione per cui Dio permette o manda la sofferenza: «per far conoscere l’uomo agli altri, e affinché egli stesso si conosca». Appena prima, Giobbe si era chiesto: «che cosa é mai l’uomo, perche tu molto lo stimi, o perché poni su di lui il tuo cuore?». Il Nostro spiega: «visto dal di fuori, l’uomo è qualcosa di piccolo, fragile e caduco, per cui susciterebbe stupore il fatto che Dio si prendesse tanta cura dell’uomo, se in lui non si celasse qualcosa capace di eternità”. PEROTTO, L., *op. cit.*, p. 67.

4. REMEDIOS CONTRA LA TRISTEZA ESPIRITUAL

Actualmente, una de las mayores preocupaciones de la ciencia médica está orientada a paliar el dolor físico del enfermo. Sin embargo, existe otro tipo de dolor, y en muchas ocasiones de mayor magnitud, que tiene una solución más difícil a causa de su complejidad: la tristeza espiritual. Tomás de Aquino investiga si la salud del alma no es menos deseable que la salud del cuerpo, y responde a este interrogante que “la tolerancia de los males que alguien tiene a causa de la salud del cuerpo procede del amor que el hombre tiene a su carne”⁹⁷, y añade que “no es semejante la razón de la paciencia que proviene del amor sobrenatural”⁹⁸.

No existe un método universal para combatir la tristeza, ya que cada persona es diferente, y cada tristeza también lo es. Varía por su duración, pasando por su gravedad, hasta el modo en que se manifiesta. Al igual que no se ha encontrado la receta mágica que lleve al hombre hasta la felicidad, tampoco se ha logrado un método único para evitar la tristeza. Pero sí es cierto que se dan orientaciones, consejos sobre cómo poder aliviarla.

1) Tomás de Aquino afirma que “toda tristeza se alivia con el placer”⁹⁹, es decir, que éste es terapéutico. Pero ¿de qué placer se trata? Puede ser placer corporal, por ejemplo, pues “la tristeza se aquieta durmiendo”¹⁰⁰. En efecto, mediante el sueño descansamos de las preocupaciones diarias y se calma el sentimiento de angustia que produce la tristeza. Sin embargo, hoy día se ha comprobado que uno de los efectos de la depresión es el exceso de sueño, o por el contrario, el insomnio. Para el de Aquino no solamente el descanso del sueño, sino también el descanso propio de los baños es un remedio terapéutico para aliviar la tristeza¹⁰¹: “Además de estos hábitos, el mencionado autor añade una larga lista de otras curaciones de orden corporal como: pasear, o comer bien, ya que todas estas cosas, por una parte, restablecen la normalidad corporal, y por otra proporcionan deleite y distracción, con lo cual se puede apaciguar, como mínimo, el sufrimiento”¹⁰².

⁹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 136, a. 3, ad3.

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 38, a. 5, ad2.

¹⁰⁰ TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 29, n. 4.

¹⁰¹ SARANYANA, J. I., “Sobre la tristeza”, *Tommaso d’Aquino nel suo settimo centenario*, Atti del congresso internazionale, vol. 4, 1974, p. 133.

¹⁰² MUÑOZ REDON, J., *Filosofía de la felicidad*, Anagrama, Barcelona, 1997, pp. 73-74.

2) El placer que produce la compañía de los seres queridos y amigos: “el consuelo es un remedio contra las tristezas”¹⁰³. Mediante la comunicación y el diálogo exteriorizamos aquello que llevamos dentro. Por esta razón, “la compasión de los amigos es consoladora, o porque la adversidad se siente más leve cuando se lleva entre varios, o más porque toda tristeza se alivia por alguna mezcla de placer”¹⁰⁴. En suma, un amigo es un tesoro que nos acompaña en el camino de la vida; un regalo que nos ayuda a cargar con el peso de la tristeza, carga que se vuelve más leve cuando es compartida entre cuatro manos y dos corazones.

3) El placer de contemplar a Dios. El hombre encuentra consuelo, es decir, esperanza en los hombres y, especialmente, en Dios. Es bien sabido por los cristianos que “el consuelo divino excede a la tristeza humana”¹⁰⁵, porque Dios es infinito y misericordioso. Cuando nos referimos a nuestros semejantes utilizamos el lenguaje para expresarnos; sin embargo, para hablar con Dios oramos, y la oración mental no requiere de palabras. Tomás de Aquino manifiesta claramente que “la oración tiene doble efecto: uno es la expulsión de la tristeza; otro es el aumento de la esperanza”¹⁰⁶. No obstante, es curioso que Tomás acepte que “la esperanza por sí misma causa placer pero, por accidente, es causa de tristeza”¹⁰⁷.

4) Por otro lado, quienes están tristes, manifiestan su tristeza exterior mediante el llanto, los gemidos, o la palabra¹⁰⁸, que mitigan la tristeza, porque siempre la operación conveniente al hombre según la disposición en que está, es deseable para él¹⁰⁹, y es manifiesto que llorar es una acción natural al hombre que sigue a su estado de ánimo triste o a su dolor corporal¹¹⁰.

¹⁰³ TOMÁS DE AQUINO, *Super II Ad Corintios*, c. 7, lect. 2.

¹⁰⁴ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 2.

¹⁰⁵ TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 22, q. 3, a. 2, qc. c, co.

¹⁰⁶ TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 41, n. 6.

¹⁰⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 41, a. 3.

¹⁰⁸ Cfr. OCAÑA, E., *Sobre el dolor*, Pre-textos, Valencia, 1997, p. 21. Para este autor fue el Pseudo-Plutarco quien atribuyó al sofista Antifonte la invención de un arte para mitigar el dolor por medio de la palabra. Sin embargo, en p. 87 él comenta la historia de Job (que fue también estudiada por Tomás de Aquino), y dice al respecto que “Sabe muy bien Job que lenguaje y raciocinio no son métodos suficientes para mitigar el dolor: «Si hablo, no se calma mi dolor; si callo ¿qué se va a apartar de mí!» (*Job*, 16, 6)”.

¹⁰⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 38, a. 2, co.

¹¹⁰ Llorar permite aliviar la tristeza: “Todo desahogo, por ser como una prolongación del alma al exterior, hace menos intensa la tristeza, que también alivia cuanto efectivamente la distrae de la percepción o pensamiento de su causa”. LUMBRERAS, P., *Psicología de las pasiones*, Studium, Madrid, 1958, p. 93.

5) En uno de los textos tomistas encontramos también un consejo que bien podría incorporarse en la actualidad a cualquier libro de medicina: “la buena disposición del cuerpo redundaba de algún modo en el corazón”¹¹¹. La palabra “corazón” en el *corpus* tomista tiene varios significados, uno el orgánico y otro el que alude a la intimidad humana. En cuanto al primero, es claro que el corazón está ahí siempre, marcando sus latidos biológicos del tiempo vital; sumando tiempo a nuestra vida. Sin embargo, el corazón, que de modo tan poético ha sido motivo de inspiración y tema recurrente para muchos literatos, no puede seguir funcionando adecuadamente si su dueño no le cuida¹¹². Igual que nosotros necesitamos comer para trabajar, para vivir, para sentir... el corazón también necesita alimentarse de alimentos sanos que le ayuden a seguir marcando acompasadamente la hora en nuestro reloj biológico. A este respecto Suárez comentaba que “el placer es el movimiento que máximamente se adapta al mismo corazón, principalmente aquel placer en el que hay deseo, y entonces, en la consecución natural, el corazón se dilata cuando se complace y difunde la sangre”¹¹³. Consecuentemente, la tristeza produce efectos negativos primero en el cuerpo y después en el corazón.

6) “La virtud moral mitiga la tristeza interior y el dolor sensible”¹¹⁴, ya que del carácter que cada persona tenga depende el talante con el que se enfrentará a la tristeza que es un mal: la paciencia es la virtud necesaria para persistir en este tipo de mal. En ocasiones, muchas de las personas tristes no pueden cambiar su tristeza por alegría, porque son incapaces de cambiar los pensamientos negativos por pensamientos positivos. A veces, no todo es tan complicado como parece a simple vista y, realmente, experimentar una transformación interior transitable hacia el optimismo no supone una ruptura abismal, sino un reciclaje de esa materia prima previa que no nos hace más

¹¹¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 38, a. 2, ad3.

¹¹² “Una buena disposición corporal produce un sentimiento placentero, que expulsa la tristeza del alma”, HERMANN PESCH, O., *Tomás de Aquino. Límite y grandeza de una teología medieval*, Herder, Barcelona, 1992, p. 274.

¹¹³ SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. VII, vol. IV, p. 464.

¹¹⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 46, a. 6, ad2. Cfr., a este respecto: GONZÁLEZ VIDAL, N., *La pasión de la tristeza y su relación con la moralidad en Santo Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 205, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2008.

que aislarnos en nuestro mundo interior por temores que muchas veces son irracionales¹¹⁵.

Realmente, ¿cómo actúa la paciencia como remedio eficaz para aliviar la tristeza? Responderemos a esta pregunta de la mano de uno de los comentaristas del de Aquino: Juan de Santo Tomás. En efecto, este pensador lusitano explica que:

a) La paciencia (que, según él, radica en la voluntad como en su sujeto) da firmeza al alma para soportar la tristeza nacida por causa de algún mal presente¹¹⁶. La paciencia está relacionada directamente con el tiempo, y necesariamente también tiene que estarlo con la esperanza. El hombre paciente es aquel que sabe esperar en momentos de dificultad a que lleguen tiempos mejores.

b) Sin embargo, no sólo la paciencia es necesaria para luchar contra la tristeza sino también la perseverancia. Ambas son virtudes integrales de la fortaleza que radica en el apetito irascible¹¹⁷.

En definitiva, “el sufrimiento alcanza la vida subjetiva de la conciencia”¹¹⁸. Por este motivo, la actitud que cada quién adopta ante su mal es una de las armas más importantes que cada persona puede utilizar para luchar contra una enemiga tan fuerte y poderosa como la tristeza. Ante el dolor, la única respuesta posible parece ser la que brinda la pedagogía, es decir, la actitud que desarrollemos ante él. De modo que lo más importante es aceptar que la capacidad de sobreponernos al drama que nos toque vivir, depende en gran medida de nosotros, del interés que pongamos en su vivencia; admitir que está en nuestra mano el hecho de irnos educando en aquellos aspectos que nos van a servir, no para evitarlo, pero sí para descubrir muchas cosas, entre otras, la utilidad que conlleva detenerse ante preguntas que no podemos responder y la incógnita que nos presenta nuestra propia existencia.

7) “Cualquier tristeza se mitiga a lo largo del tiempo y al principio se siente más”¹¹⁹. Como dice el dicho popular, “el tiempo todo lo cura”, o ese otro refrán según el cual “no hay mal que cien años dure”. El tiempo parece

¹¹⁵ Efectivamente, “al estar los pensamientos y los sentimientos tan recíprocamente conectados, recrearse en pensamientos negativos únicamente conduce nuestros sentimientos en la misma dirección. Y la autocompasión es uno de los estados emocionales que probablemente nos hacen más desdichados y menos optimistas”. VAUGHAN, S. C., *op. cit.*, p. 160.

¹¹⁶ Cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, vol. VII, p. 255.

¹¹⁷ Cfr. *Ibid.*, 253.

¹¹⁸ FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 49.

¹¹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *In Iob*, c. 3.

detenerse cuando nos sentimos tristes; semeja interminable. Subjetivamente las horas no pasan tan rápido cuando estamos sufriendo que cuando somos felices. Como es natural, la vida avanza y seguimos inmersos en su curso expuestos a nuevas tristezas, pero también expuestos a gozar de momentos felices y maravillosos. Es ley de vida: vivir para descubrir qué nos deparará el futuro.

8) La esperanza ayuda en las tristezas “en cuanto representa la cosa amada como posible de conseguir”¹²⁰. El hombre es un ser en constante búsqueda de su felicidad, desarrollo interno y plenitud. Difícilmente se puede comparar el mundo exterior de objetos materiales donde habita el ser humano con ese mundo interior de sueños, deseos e ilusiones que componen la intimidad de todo hombre. Ese lugar de privacidad absoluta donde cada quién se siente libre de pensar y creer que puede alcanzar en la idealidad de su pensamiento aquello que tan feliz le haría en la realidad. Y tal vez, el desacuerdo entre ambos ámbitos, es decir, entre el plano de la realidad y aquello que cada persona desea, produce un sentimiento de frustración que detiene esa búsqueda interior. En ocasiones, el hombre siente que ya ha recorrido demasiados senderos en su vida. Sin embargo, a veces, el verdadero camino se encuentra detrás de alguna puerta escondida que descubrimos justamente cuando nuevamente renace la esperanza dormida.

En relación con esta cuestión, San Buenaventura explicaba que por el término esperanza se pueden entender varias cosas: a) El nombre de esperanza puede conocerse como una afección del alma. De hecho, así lo entendieron algunos pensadores cuando afirmaban que cuatro son las afecciones del alma: gozo y dolor, esperanza y temor. b) También puede suceder que el nombre de esperanza haga referencia a la propia realidad esperada. c) La esperanza puede tomarse por el hábito que dirige el movimiento del alma y el sentimiento en aquello que es esperado. En este caso, la esperanza es una virtud gratuita porque hace esperar al hombre más allá de toda estimación humana. Es como un ancla y un sustento que sirven al hombre en los momentos de dificultad para tener un punto de apoyo y de referencia¹²¹.

Por su parte, Suárez, al estudiar la esperanza, aportó un dato importante para comprender por qué esta virtud es tan esencial y tiene tanto poder para luchar contra la tristeza: “la esperanza es un acto del apetito que nombra

¹²⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Super Johannis*, c. 20.

¹²¹ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *In Sententiarum*, III, vol. III, p. 556.

también aquel juicio que propiamente se llama confianza”¹²². Es decir, nadie puede tener esperanza de conseguir ciertos objetivos si no tiene confianza en sí mismo, en la vida y en el mañana. La visión de San Buenaventura sobre la esperanza es más amplia, ya que consideró que esta virtud es un bien que se presenta bajo la razón de un bien grande o arduo. El acto de la esperanza es doble, es el principio de uno y el origen del otro¹²³. Primeramente, la esperanza hace confiar. Secundariamente, la confianza hace esperar.

9) El gozo tiene una función importante ya que “si es intenso expulsa toda tristeza contraria”¹²⁴ que se dé en el alma humana. De hecho, así como el cansancio es uno de los síntomas de la tristeza, por el contrario, cuando alguien está en un momento de gozo se siente relajado. El gozo es una de las manifestaciones más plenas y más sinceras de la felicidad que puede experimentar el hombre. Es, para Tomás de Aquino, uno de los sentimientos positivos superiores del espíritu.

En suma, en este apartado hemos comentado los diferentes remedios de la tristeza que Tomás de Aquino enumera en sus obras. Deben tomarse como medios eficaces para aliviar la tristeza espiritual, pero en ningún caso deben tomarse como una solución definitiva del dolor anímico puesto que tal afirmación sería utópica.

5. TIPOS DE AMISTAD

Dado que la amistad es uno de los mejores paliativos frente a la tristeza, vamos a ocuparnos brevemente de esta virtud, según la mente de Tomás de Aquino, en la medida en que sirve para combatir esa aflicción del cuerpo y del alma: el amigo proporciona compañía a aquel que sufre y evita su soledad.

Siempre que hablamos de un *nosotros* estamos apelando a la amistad como relación profunda entre las personas, quizá, porque la amistad es una obra de arte en movimiento que se construye día a día con hechos, palabras y amor. “Esta amistad es una sincera «admiración mutua» por la que los amigos se alimentan no por lo que obtienen el uno del otro sino por lo que son el uno para el otro”¹²⁵. De la sinceridad de estos ingredientes necesarios

¹²² SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De passionibus*, disp. I, sec. VIII, vol. IV, p. 468.

¹²³ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *Opera Omnia*, vol. III, dist. XXVI, a. II, q. IV, p. 377.

¹²⁴ TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 10, ad2.

¹²⁵ SIMON, B. M., *Essai Thomiste sur la réciprocité amicale dans l'amour de charité*, Pontificia Studiorum Universitas A. S. Thoma Aq. In Urbe, Bononiae, 1988, p. 137.

en la receta de la amistad se seguirá la fortaleza real de esa unión. Alberto Magno afirmaba que por la virtud del amor, que une los corazones, se deduce quiénes son los verdaderos amigos¹²⁶. Es decir, sólo a través del amor se descubre un amigo verdadero en el otro que se opone a cualquier tipo de relación de utilidad. Este parecer, como es sabido, lo aceptó su mejor discípulo.

Un actual estudioso de este tema en el tomismo establece una contraposición entre la verdadera y la falsa amistad del modo que sigue: “los buenos se aman rectamente, porque ponen lo principal del hombre en la naturaleza racional, cumplen consigo con las cinco cosas propias de la amistad, quieren que el hombre interior se conserve en su integridad, le desean bienes, a saber, los bienes espirituales, y trabajan por conseguirlos, vuelven con gusto a su propio corazón, porque allí encuentran buenos pensamientos de presente, el recuerdo de los bienes pretéritos y la esperanza de los futuros, todo lo cual les causa deleite; asimismo no toleran en sí tensión en la voluntad porque su alma tiende toda a un mismo fin. Por el contrario, los malos se aman mal, porque consideran como lo principal en sí la naturaleza sensitiva y corporal, en estas mismas cinco cosas se desordenan, no quieren conservarse en la integridad del hombre interior, ni le desean bienes espirituales, ni se los procuran, ni encuentran gusto en vivir consigo volviendo a su corazón, porque allí hallan males presentes, pretéritos y futuros que les disgustan, ni concuerdan consigo mismos por el rendimiento de la conciencia”¹²⁷.

Las personas entretejemos lazos entre nosotras que pueden estar contruidos por tejidos tan fuertes como el de la maternidad o el de una amistad firme y sólida, hasta relaciones más débiles como, por ejemplo, las de vecindad. Sin embargo, todas ellas (evidentemente, en mayor o menos medida) constituyen un punto de apoyo para el hombre que necesita el reconocimiento de los demás para sentirse bien. Siempre necesitamos que haya alguien que reconozca nuestra existencia para sentirnos integrados y partícipes en nuestro entorno.

Elegimos la soledad esporádicamente pero difícilmente una persona podría ser feliz en una isla desierta. El mismo Tomás de Aquino explica que “la vida social es necesaria para el ejercicio de las perfecciones”¹²⁸, pero la amistad es el mejor conectivo dentro de la sociedad. Con todo, no es fácil-

¹²⁶ Cfr. ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, I, lect. XIII, vol. 14-1, p. 70.

¹²⁷ CALVERAS, J., *op. cit.*, p. 62.

¹²⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 188, a. 8, co.

mente explicable¹²⁹. Un amigo verdadero es aquel que nos acompaña en el camino de la vida, por el motivo que ya indicó Aristóteles, a saber, “el virtuoso tiene al amigo tal como a sí mismo porque el amigo, de algún modo, es otro yo”¹³⁰. Cuando alguien quiere a una persona de verdad, sin ningún interés ulterior, desea para ella lo mismo que desea para sí misma, es decir, su bienestar y felicidad, ya que, si ella sufre, también nosotros sufriremos por su tristeza.

Tomás de Aquino explica que “la amistad consiste en la comunicación”¹³¹ entre dos o más personas. La conversación es esencial para que dos amigos pasen tiempo reunidos y compartan sus vivencias interiores. El diálogo une tanto que existen momentos que nunca se borran de nuestra memoria. Quizá, el gran misterio de la mente está en el hecho de por qué olvidamos con tanta facilidad algunos aspectos de la realidad y, sin embargo, a pesar de los años mantenemos intacto el recuerdo de momentos pasados con compañeros de colegio, universidad o amigos de la infancia.

De hecho, la comunicación no sólo es importante en la amistad, sino que es esencial a la naturaleza humana, porque no sólo comunicamos con la voz, sino también con nuestras actitudes y gestos. En cualquier caso, lo cierto es que la amistad y la comunicación se determinan mutuamente hasta el punto que un tipo de relación da lugar a un tipo determinado de comunicación y a la inversa. Así, el hombre se desahoga con un amigo en momentos de tristeza y a su vez, recibe consuelo y alivio que bien pueden expresarse mediante unas palabras de aliento o incluso, mediante un abrazo. En definitiva, mediante la comunicación el hombre comparte con los demás sus experiencias personales: “De ahí que todo sufrimiento conmueva a todo el que quiera acompañar el dolor del prójimo”¹³². Sin embargo, es muy difícil encontrar a una persona que sepa comprender y consolar adecuadamente en momentos de sufrimiento.

Buscar la amistad perfecta consiste en alguna superabundancia del amor que sólo puede darse a una o a pocas personas. Igual que un hombre no puede amar personalmente a varias mujeres a la vez, tampoco es posible ser amigo verdadero de muchas personas (exceptuando aquel tipo de amistad

¹²⁹ “Est rigoureusement impossible d’expliciter philosophiquement le mystère de l’amitié sans le réduire à la pure et simple autoréalisation d’une interpersonnalité subjective”. SIMON, B. M., *op. cit.*, p. 101.

¹³⁰ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, IX, lect. 11, n 10.

¹³¹ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, IX, lect. 14.

¹³² FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 86.

que pertenece a la virtud política). Tal como dos amantes se complacen en su contemplación mutua, dos amigos disfrutan conviviendo porque así se comunican y se conocen. En definitiva, el amigo quiere al otro como a sí mismo y le desea su bien. Es cierto que “cada sufrimiento contiene una carga de unicidad existencial, que lo hace en cierto sentido incomunicable, intransferible, y también indecible”¹³³. Consecuentemente, muchas personas padecen angustia no sólo por la pasividad propia del sufrimiento que es un padecer continuo, sino también por la soledad. Pero ya se ha indicado que ese dolor interno se alivia al comunicarlo al amigo verdadero.

Siguiendo al Estagirita, el propio Tomás de Aquino enumera los distintos tipos de amistad que existen y pueden darse entre los hombres¹³⁴. Es importante, discernir bien y tener en cuenta los distintos tipos de relación, ya que no todas ellas tienen la función de ser útiles para la amistad. Mención especial merecen:

1) La relación de padres e hijos. “El hombre naturalmente se consuela en las tristezas por la conversación y la presencia de los familiares y amigos”¹³⁵. Del mismo modo que el cordón umbilical es el signo protector materno de un bebé, la familia es ese núcleo sólido que acoge a cada recién nacido desde que nace hasta que muere. Como explica Alvira, el hogar es el lugar donde se vuelve¹³⁶. Y se vuelve porque ahí están nuestros seres queridos, en definitiva, aquellos que nunca nos abandonan¹³⁷.

La relación de padres e hijos es tan importante que muchos niños adoptados desean conocer sus orígenes cuando alcanzan su mayoría de edad. Unos, llevados por la curiosidad; otros, impulsados por el deseo y otros por la necesidad interna de encontrar respuestas. De cualquier modo, parece que saber de dónde venimos nos aporta mayor conocimiento sobre nosotros mismos. En cierto modo, el libro de la vida de esas personas tiene demasiados paréntesis y huecos vacíos.

¹³³ *Ibid.*, p. 43.

¹³⁴ “Diversas amicitias philosophus distinguit...”. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d., 29, q. 1, a. 6 co.

¹³⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 14, q. 1, a. 3, qc. f, ad2.

¹³⁶ Cfr. ALVIRA, R., *El lugar al que se vuelve: reflexiones sobre la familia*, Eunsa, Pamplona, 1998.

¹³⁷ Cfr. sobre este tema en la actualidad: BURGOS, J. M., *Diagnóstico sobre la familia*, Palabra, Madrid, p. 9: A pesar de las crisis, hoy por hoy, la familia sigue siendo la institución más valorada en España.

2) La amistad de la caridad que se tiene a todos, incluso a los enemigos. Tomás de Aquino afirma que la ayuda a los demás mediante la compañía, el consuelo y la escucha se justifica sabiendo que el hombre por la caridad tiene que amar al prójimo como a sí mismo. Un hombre que no pierda la memoria puede y debe ser agradecido, y en momentos de tristeza será capaz de consolar a su amigo recordando que en algún momento pasado él fue consolado. En definitiva, sólo un amigo de verdad será capaz de asumir el compromiso de permanecer siempre junto a su amigo tanto en los momentos agradables como en los desagradables. Además, es claro que en el tomismo, frente al legado aristotélico, el hombre puede ser amigo de Dios¹³⁸. En efecto, Juan de Santo Tomás, por ejemplo, comenta al respecto que la caridad es “alguna virtud de amistad sobrenatural con Dios”¹³⁹ que se funda en la comunicación de los bienes divinos y sobrenaturales. Además, el acto de la caridad es un acto propio de amor que no sólo conlleva benevolencia, sino que también supone la unión afectiva con el prójimo¹⁴⁰.

Lo que determina esta clasificación de tipos de amistad es que “todas las especies de amistad son comparables según un más y un menos, por ejemplo, decimos que es mayor la amistad de lo honesto que de lo útil”¹⁴¹. Precisamente, en la diferencia de grado reside la esencia de la diferencia en la profundidad, sinceridad y verdad de una relación de amistad real que quiere y persigue el bien del amigo y no la utilidad o conveniencia propia. Además, los amigos permanecen en la memoria después de su muerte dejándonos su influencia en forma de recuerdos buenos o malos, así nace su gloria, a partir de algo tan frágil como la opinión que podamos tener de ellos¹⁴². Así creamos todo un mundo interior donde se cruza fantasía, realidad y leyenda. La

¹³⁸ Cfr. POLO, L., “La amistad en Aristóteles”, *Anuario Filosófico*, 32 (1999), 2, pp. 477-485.

¹³⁹ JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, vol. VII, p. 237.

¹⁴⁰ En contraposición a la concepción tomista del amor como virtud, en el empirismo inglés se entendió como pasión: “Las pasiones del amor y el odio siempre son seguidas por la benevolencia o la cólera, o mejor, van unidas a éstas. Es esta conjunción lo que distingue principalmente a estas afecciones del orgullo y la humildad. Porque el orgullo y la humildad son pasiones puras del alma, no acompañadas por ningún deseo y que no nos mueven inmediatamente a la acción. Pero el amor y el odio no son completas en sí mismas ni se detienen en esa emoción que producen, sino que llevan a la mente hacia algo más. El amor es seguido siempre de un deseo de felicidad de la persona amada y una aversión hacia su miseria, del mismo modo que el odio produce un deseo de miseria de la persona odiada y una aversión hacia su felicidad”. HUME, D., *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos*, Anthropos, Barcelona, 1990, p. 125.

¹⁴¹ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VIII, lect. 2, n. 12.

¹⁴² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, I, lect. 18, n. 9.

vida no sólo es aquello que vivimos, sino también esa historia que nosotros contamos de ella.

6. EL CONSUELO

Hoy en día la gente necesita de la ayuda de especialistas médicos (psicólogos y psiquiatras) para superar su desesperanza ante la vida. El ritmo frenético en el que vivimos, en ocasiones, nos hace aislarnos de los demás, a veces también debido a nuestro egoísmo. La moral hedonista y utilitarista parece gobernar buena parte del mundo desarrollado. Algo falla en la sociedad actual¹⁴³. Su resultado: la tristeza.

Este trabajo también responde a una inquietud, a la búsqueda de sentido de la vida, capaz de dar razón de los déficits que se dan en la sociedad. Paradójicamente, en nuestro tiempo existe, por una parte, un ansia desesperada por el bienestar (que equivocadamente se confunde con la felicidad). Del mismo modo que estamos estudiando la tristeza, deberíamos atender a la alegría. Sin embargo, puede parecer una utopía pensar que la alegría es más fuerte que la tristeza que se manifiesta actualmente en nuestra sociedad. Es cierto que como filósofos no podemos dejar de observar atentamente la realidad que nos rodea, pero, también como filósofos, debemos buscar el significado profundo de lo que sucede.

Levinas considera que el hombre, lejos de todo pragmatismo, necesita el auxilio técnico, pero especialmente necesita alivio humano¹⁴⁴. Es tan sencillo como el poder que tiene recibir un abrazo de alguien querido en momentos de dificultad. En ese instante profundamente humano de comprensión de un dolor sentimos por un momento que podemos reposar todo el peso de nuestro dolor en los brazos que nos abrazan¹⁴⁵. La ciencia ha avanzado mucho, incluso en el plano de las comunicaciones; sin embargo, qué distinto sería, para quien necesita ayuda, recibir visita personal de un amigo en vez de

¹⁴³ En este contexto Javier Lozano Barragán analiza la relación que existe entre el pensamiento postmoderno y la depresión. Cfr. VV.AA., *La depresión*, pp. 13-28.

¹⁴⁴ Cfr. FUSTER I CAMP, I. X., *op. cit.*, p. 105.

¹⁴⁵ Para un buen conocedor del *corpus* tomista “Tomás nota que la compasión de los amigos con nuestros sufrimientos es un consuelo: La adversidad es como una carga pesada que se lleva más fácilmente cuando más personas la comparten, o más bien porque cualquier tristeza es aliviada cuando se mezcla con placeres; ahora bien, es un gran deleite experimentar la amistad y la compasión de otros”. ELDERS, J. L., *op. cit.*, p. 89.

recibir un correo electrónico¹⁴⁶. El avance técnico ha cegado en exceso al ser humano: la ciencia y la técnica hacen referencia a la exterioridad; alejan al hombre de la reflexión sobre sí mismo.

Tomás de Aquino al reflexionar sobre el tema del consuelo explica que “el mismo dolor del amigo que sufre aflige. Sin embargo, la consideración de la causa de éste que es el amor produce placer”¹⁴⁷. Es decir, en medio de esa tormenta de hielo que invade el alma del ser humano en momentos de tristeza produce una gran satisfacción interior saber quiénes son aquellos que nos quieren y permanecen a nuestro lado. Permanecen allí con tal firmeza que parece que nos hubiesen hecho una promesa inquebrantable, un juramento eterno, sin embargo, están ahí, simplemente, porque nos quieren.

Evidentemente, dos personas que comparten experiencias o momentos personales están comunicando y compartiendo su intimidad. “Esta unión, sin embargo, por íntima que sea, respeta la distinción entre amante y amado; se mantiene la alteridad. En consecuencia, la virtud unitiva también es concreta, es una suerte de «concentración» o «condensación» en la unidad del amor, sin anular la alteridad y sin caer en la dispersión, porque ambos elementos son exigidos por la dialéctica del amor. Esta unión nunca puede ser tan perfecta que destruya la individualidad entre amante y amado o que destruya la distinción entre ambos, por eso se habla de concreción. El amor es una fuerza de cohesión que tiende a fusionar amante y amado conservando la alteridad, pues en caso contrario el amor desaparecería en tanto que lo propio del amor es “la tensión hacia la unión afectiva”¹⁴⁸.

Es decir, todo aquel que quiere a otra persona establece una relación de unión con ella, pero sin llegar a fusionarse y fundirse en un solo ser. Lejos de toda idea del amor romántico que siempre proclamaba ideales de ese tipo, en realidad, cuando alguien quiere a una persona (tanto familia, amigos como cónyuge, etc.) la quiere tal y como es sin pretender cambiarla. En defini-

¹⁴⁶ No es que los nuevos medios no ayuden a hacer las tristezas más llevaderas, pero la presencia humana es insustituible: “La experiencia nos muestra, por ejemplo, la importancia del medio, incluso del puramente profesional, para el alivio y la tranquilidad del enfermo. Los terapeutas que suministran atención paliativa saben que una presencia amable o una mano sobre la frente, la presencia junto al lecho del paciente, son los antálgicos más eficaces, aunque no basten. En verdad, el dolor es íntimo, pero también está impregnado de materia social, cultural, relacional, y es fruto de una educación. No escapa al vínculo social”. LE BRETON, D., *Antropología del dolor*, Seix Barral, Barcelona, 1999, p. 9.

¹⁴⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 38, a. 3, ad2.

¹⁴⁸ DONADIO MAGGI DE GANDOLFI, M.C., *Los problemas del amor en Santo Tomás de Aquino*, Educa, Buenos Aires, 1999, p. 192.

tiva, compartir la intimidad es una manifestación de amor. “Precisamente la primera acepción de la «intimidad» ofrecida por nuestros diccionarios la presentan no como reserva enquistada en sí misma, sino como interioridad relacionada, «íntima amistad», siendo íntimo «lo más interior o interno»; de modo que, en esta acepción, intimidad equivale al ámbito operativo de lo que Santo Tomás llama «amor perfecto» o de donación, el de una amistad referida a personas, frente al amor imperfecto o de posesión que, referido a cosas, puede obtener la relación personal con el otro. Algunos de nuestros clásicos, cuando tienen que comparar las más altas actividades intelectuales con las volitivas o afectivas, reservan el término «íntimo» para designar el lado afectivo, mientras que prefieren el término «profundo» para el lado teórico”¹⁴⁹.

La amistad es algo tan vital que Tomás de Aquino considera que es necesaria para todos los hombres¹⁵⁰. Los amigos son necesarios en todas las situaciones y también se necesitan en todas las edades. Por un lado, afirma que los jóvenes necesitan de los amigos para cohibirse de los placeres. Por otro lado, las personas que son más jóvenes son útiles para ayudar a las personas ancianas que ya tienen problemas. Y por último, los hombres que están en la edad madura son útiles para ejercitar buenas acciones. Por tanto, la amistad es algo bueno, deseable y honesto¹⁵¹ que nos permite crecer, madurar y realizarnos interiormente como hombres que vivimos aprendiendo día a día que la verdadera sabiduría es práctica y sólo se alcanza sumando meses a los días, años a los meses, y siglos... a la vida. En definitiva, sólo se aprende a vivir con el paso del tiempo.

7. GOZO Y TRISTEZA

En este apartado vamos a estudiar el gozo y la tristeza viendo la relación que existe entre ambos sentimientos. Para la clara exposición de este tema seguiremos utilizando la misma metodología utilizada hasta ahora, es decir, expondremos el contenido de ciertos textos importantes tomistas para evitar dudas finales. Así comenzamos diciendo que: “Hay ciertas pasiones que nacen en primer lugar y por sí del bien y del mal, como el gozo y la tristeza; pero hay algunas que nacen por sí pero no primero como otras pasiones del

¹⁴⁹ CRUZ CRUZ, J., *El éxtasis de la intimidad*, Instituto Ciencias para la Familia, Universidad de Navarra, Rialp, Madrid, 1999, p. 21.

¹⁵⁰ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VIII, lect. 1, n. 3.

¹⁵¹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VIII, lect. 1, n. 7.

concupiscible y estas dos del irascible, el temor y la esperanza, de las cuales una dice huida del mal, otra acceso al bien; pero hay algunas ni por sí ni primero, como otras que están en el irascible como la desesperanza, la audacia y la ira, que dicen acceso al mal o receso del bien”¹⁵².

El texto continúa: “así, por tanto, el gozo y la tristeza son las pasiones más principales; pero el temor y la esperanza son las principales en su género, ya que no presuponen algunas pasiones en la potencia en la que están, a saber, en el irascible. Pero otras pasiones del concupiscible, como el amor y el deseo, el odio y la fuga, aunque sean por sí del bien o del mal, sin embargo, no son primeras en su género, puesto que presuponen otras que existen en la misma potencia; y así no pueden decirse principales ni de modo simple ni en su género. Y así queda que sólo cuatro son las pasiones principales: el gozo y la tristeza, la esperanza y el temor”¹⁵³.

Juan Cruz comenta al respecto que “si se comparan los afectos mediatos con los inmediatos que implican descanso en el bien, evidentemente aquellos preceden en el orden de realización a los inmediatos; como la esperanza precede al gozo y lo causa. Mas el afecto inmediato que implica quietud en el mal, es decir, la tristeza, está en medio de dos afectos mediatos: sigue al temor, por cuanto, llegado el mal que se temía, se produce la tristeza; y precede a la ira; y como se juzga que es bueno tomar venganza del mal, una vez conseguida ésta, viene el gozo. Así, pues, todo afecto mediato tiene por término otro inmediato referente a la quietud, a saber, el gozo”¹⁵⁴.

En rigor, los conocedores del *corpus* tomista suelen estar de acuerdo en dos puntos: en que el gozo y la alegría comportan cierta quietud en el bien alcanzado¹⁵⁵, y en que es contrario a la tristeza: “el bien causa primero en la parte concupiscible cierta connaturalidad consigo, complaciéndose el apetito en él, lo cual pertenece al amor, y le corresponde en contra el odio por parte del mal. Luego el bien, si no se posee todavía, le da un impulso para alcanzar lo que ha amado, lo cual pertenece a la pasión del deseo o concupiscencia, y en contra por parte del mal está la fuga o abominación. En último

¹⁵² TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, 26, *Las pasiones del alma*, Introducción, traducción y notas de J. F. Sellés, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 111, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2000, p. 144.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 145.

¹⁵⁴ CRUZ CRUZ, J., *op. cit.*, p. 153.

¹⁵⁵ Esta tesis la sostuvo, por ejemplo, Pieper: “La alegría no es más que la *quietatio appetitus in bono*, la satisfacción, el apaciguamiento del ansia en el bien hecho propio; por eso siempre este bien, que se busca primeramente en la alegría, ciertamente, está «en» ella misma, no destrata «de» ella”. PIEPER, J., *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1998, p. 273.

lugar, una vez alcanzado el bien, da al apetito cierta aquiescencia en el mismo bien conseguido, lo que pertenece al deleite o gozo, al cual se opone por parte del mal el dolor o la tristeza”¹⁵⁶. En este texto comprobamos que el gozo no sólo tiene como opuesta a la tristeza, sino también al dolor corporal, ya que una es en el alma lo que el dolor es en el cuerpo.

En efecto, Tomás de Aquino afirma que “el gozo y el dolor son opuestos en lo mismo, pero no por diversidad. Entonces nada prohíbe sufrir a la vez de uno y gozar de otro; y máximamente según que el dolor y el gozo llevan simples actos de la voluntad; porque no sólo en lo diverso sino también en una y la misma cosa puede haber algo que queremos y algo que no queremos”¹⁵⁷. Es algo tan sencillo como valorar sobre un objeto las ventajas y los inconvenientes que nos reporta, es decir, en ocasiones la duda o la falta de decisión se debe a la inseguridad de valorar acertadamente qué es más conveniente: lo que queremos o lo que no queremos de ese objeto.

Tomás de Aquino explica que el dolor no sólo se opone al gozo según el origen, sino que también se opone especialmente el dolor del bien y el dolor del mal, tal como el gozo del bien y el gozo del mal, es decir, que no es lo mismo sufrir por algo bueno que por algo malo, ni es equivalente gozar de algo que no merece la pena a gozar de algo que ennoblece al hombre. Dado que Tomás explica que el gozo y la tristeza son primeros¹⁵⁸, centraremos primeramente nuestra atención en explicar que el gozo y la tristeza, a rasgos generales, se presentan como contrarios u opuestos pero hay que matizar algunos puntos:

1) El gozo y la tristeza según el origen son contrarios pero dependiendo del tipo que sean¹⁵⁹: a) Si son de contrariedad o de diversidad, uno puede ser causa del otro o materia para el mismo. b) La tristeza puede ser materia de gozo si nos entristecemos de algo noble o decente. Por ejemplo, actualmente la sociedad española toma conciencia casi a diario de que hay que poner medios para solucionar el problema de la violencia doméstica.

2) El gozo y la tristeza se toman como contrarios si no pueden ser simultáneamente en lo mismo según lo mismo, es decir, si la existencia del uno excluye completamente la posibilidad de que se dé el otro. De hecho, Juan

¹⁵⁶ CALVERAS, J., *op. cit.*, pp. 38-39.

¹⁵⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 64, a. 3, ad1.

¹⁵⁸ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 44, q. 3, a. 3, qc. b, ad5. Por un lado, el gozo y la tristeza pueden estar en el apetito sensitivo. Por otro lado, también pueden ser actos de la voluntad que están en la parte intelectual.

¹⁵⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 14, q. 1, a. 4, qc. b, co.

de Santo Tomás escribía que “el gozo se opone a dos vicios tales como la acedia y la envidia”¹⁶⁰. Contrariamente a estos tipos de tristeza, el gozo es aquel sentimiento de plenitud interior que el ser humano experimenta en determinados momentos de su vida. Para San Buenaventura “el placer que hay en el gozo responde a la conveniencia”¹⁶¹, mientras que la tristeza se produce a partir de algo no conveniente.

Hemos explicado hasta ahora dos de las pasiones principales del alma. Sin embargo, en el texto que hemos seleccionado de Tomás de Aquino al comienzo de este epígrafe, se explica que la esperanza y el temor se toman también como pasiones principales del alma porque, aunque están en el irascible, no presuponen otras pasiones. Tomás de Aquino es un filósofo que ha dado lugar a muchos comentarios y a muchos escritos; por este motivo, referirnos a otros textos que están tan relacionados con los que escribió el de Aquino nos ayudan a percibir mejor la importancia de su pensamiento.

Capreolo, un comentador tomista de la primera época, afirma que hay que distinguir cuatro puntos en la esperanza. Los vamos a tener en cuenta para notar su distinción con el gozo.

a) La esperanza se diferencia del temor por el bien. Tanto la esperanza como el temor se refieren al futuro; sin embargo, a pesar de esta semejanza, la diferencia entre ambos radica en que la esperanza se refiere a un bien futuro que el hombre toma como bueno, mientras que el temor se refiere a un mal futuro del que el hombre intenta huir.

b) Es precisamente el bien futuro de la esperanza por el que ésta se diferencia del gozo o el placer. Mientras el gozo hace referencia directa al placer corporal o espiritual presente, la esperanza sólo se da ante un bien futuro.

c) El bien arduo propio de la esperanza permite diferenciarla del deseo. La diferencia principal dada entre la esperanza y el deseo es que la persona que desea algo no valora la posibilidad de alcanzar el objeto deseado; sin embargo, cuando alguien tiene esperanza tiene la confianza a causa de alguna posibilidad¹⁶².

¹⁶⁰ JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, vol. VII, p. 238.

¹⁶¹ SAN BUENAVENTURA, *Opera Omnia, In Sententiarum*, III, dist. XXVI, a. II, q. IV, vol. III, p. 577.

¹⁶² “Santo Tomás señala una doble eficacia a la experiencia: la de hacer posible el bien y la de hacer que se estime posible. Hacerlo posible en realidad porque el ejercicio perfecciona las facultades y, facilitando así la obra, acrecienta nuestra capacidad. Dijo a este propósito Vegetio (citado por el Aquinate) que nadie teme hacer lo que tiene bien aprendido”. LUMBRERAS, P., *Psicología de las pasiones*, p. 109.

d) El bien posible de la esperanza diferencia a ésta de la desesperación. La persona desesperada se comporta como si su mal no tuviese remedio y ya no existiese otra alternativa en su vida que seguir sufriendo. Sin embargo, frente a ese hombre desesperanzado está ese otro hombre con esperanza que tiene las puertas abiertas de alcanzar lo que desea, ya que no es un ser solitario, sino alguien rodeado de amigos que pueden ayudarlo en su lucha interior por alcanzar sus sueños¹⁶³. El secreto de la felicidad está en asumir que es uno mismo quien tiene las riendas de su destino en tanto que tiene el poder de tomar las decisiones adecuadas.

En suma, la clasificación que Tomás de Aquino realiza de las emociones surge a partir de la distinción del bien y el mal en relación con el momento presente o el futuro. Si el mal se da en presente nace la tristeza, mientras que si es futuro surge el temor. Paralelamente a este esquema, el hombre experimenta alegría ante el bien presente y esperanza ante un bien que se muestra en la perspectiva del futuro.

¹⁶³ Cfr. CAPREOLO, J., *Defensiones Theologiae Thomae Aquinatis, Libri III Sententiarum*, vol. V, p. 338.

CAPÍTULO III

LA TRISTEZA CORPORAL

1. PRESENTACIÓN

Una vez abordada la dimensión espiritual de la tristeza en el hombre, vamos a analizar ahora su dimensión corporal para determinar cómo se manifiesta la tristeza en el cuerpo humano según Tomás de Aquino. Y, sorprendentemente, sus aportaciones a este respecto son de suma actualidad debido a los rasgos principales que caracterizan a nuestra sociedad¹.

Tomás de Aquino observa que el placer atrae de un modo muy peligroso a los jóvenes porque tienden con más facilidad a la concupiscencia². El ser humano siente una curiosidad natural por descubrir el mundo que le rodea y experimentar sensaciones nuevas; dicha curiosidad es especialmente patente en el periodo juvenil. Sin embargo, ese deseo insaciable de sensaciones se va calmando en las posteriores edades de la vida hasta llegar a la vejez.

¹ Introduciremos este tema describiendo a grandes rasgos y de modo resumido el mapa social que actualmente encontramos respecto de este punto, por lo demás, de todos conocido. Tomemos brevemente en consideración estos ejemplos que, aireados por los medios de comunicación, parecen preocupar a nuestra sociedad.

1) Jóvenes que “se van de botellón” el fin de semana, con las consecuentes protestas por parte de los vecinos de la zona que no pueden dormir la noche de los viernes y los sábados.

2) Adolescentes que comienzan a fumar a los catorce años a pesar de que cada vez hay más información sobre los efectos nocivos del tabaco.

3) Cada vez son más los jóvenes que confiesan abiertamente haber fumado alguna vez drogas, ahora incluso de diseño.

4) Los jóvenes comienzan a mantener relaciones sexuales a una edad cada vez más temprana.

5) Aumenta la cultura del ocio y la diversión.

De lo que precede, se tiende a equiparar placer con juventud. Con ello se conforma una sociedad en la que el término viejo sobra incluso en relación entre las personas. El placer parece actualmente contrario a venerar las arrugas como un legado de sabiduría que hay que cuidar para mantener una sociedad sana.

² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VIII, lect. 2.

Anteriormente dijimos que la tristeza es (salvo excepción) mala; sin embargo, el placer no es malo, a no ser que se dé en desorden³. Es difícil cuantificar la medida exacta que permite discernir la proporción adecuada de placer, ya que varía, evidentemente, en cada hombre. Sin embargo, lo que está claro es que todo hombre que convierte un placer en rutina termina siendo esclavo de algo que antes, al ser esporádico, era un verdadero placer. Es decir, transforma un placer en un vicio.

No es sano acostumbrar al cuerpo a constantes alicientes, porque la vida y el ritmo adecuado para vivirla nos brotan de dentro. Tenemos un reloj biológico interno y un corazón que marca las propias estaciones de nuestra vida. Cada estación, igual que el otoño, el verano, el invierno o la primavera, es distinta porque la experimentamos de un modo diferente. Igual que no sería atractivo vivir un invierno perpetuo, tampoco podemos poner en el placer el ideal máximo de felicidad, ya que el cuerpo (que es el medio para disfrutar el placer) se va deteriorando con el paso de los años. Por esta razón, los jóvenes son más aptos que los ancianos para recibir el placer sensible. Los ancianos que están al final de sus días persiguen la quietud y la calma propia de unos hombres que están demasiado cansados después de tantos años de vida.

Antes de explicar qué sea el placer según el criterio tomista, citaremos uno de los textos de su maestro, Alberto Magno, ya que éste resulta relevante para el conocimiento del parecer del discípulo⁴. En su *Ética* el maestro dominico explicaba las palabras de Aristóteles diciendo que el placer puede ser triple: a) Por un lado, está la capacidad de todo sentido de recibir placer en potencia. Este tipo de placer es casi como el placer de la esperanza que es perfecto. b) Por otro lado, existe el placer de la memoria. Anteriormente ya explicamos que los jóvenes son más aptos a los placeres del tacto que los ancianos; sin embargo, los ancianos, a pesar de su edad, si gozan de buena memoria, rememoran constantemente historias pasadas y recuerdos de un ayer que dejó una profunda huella en su interior. Es la vida que va pasando en un presente perpetuo pero que a la vez, nos deja pinceladas de pasado en nuestras retinas. c) En tercer lugar, enseña que Aristóteles destaca el placer que es presente al sentido. Así como el sentido está en potencia de percibir placer, también tiene la capacidad actual de sentir en el presente sensaciones

³ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 14, n. 5.

⁴ El pensamiento de cualquier filósofo siempre bebe de otras fuentes originarias que son la base y el fundamento desde donde el conocimiento receptor se permite volar y conformar nuevas teorías.

agradables. Mientras Aristóteles define así el placer, por el contrario, toma el dolor como una forma particular de la emoción (*Ética a Nicómaco*, II), como una dimensión del afectado en su intimidad⁵.

Después de esta breve ilustración, explicamos que para Tomás de Aquino la tristeza corporal está en estrecha relación con los sentidos (externos e internos) del cuerpo, ya que estamos hablando de una tristeza sensible, que toca el plano biológico. Incluso, a veces, podríamos hablar de ella dándole el nombre de dolor. Como se lee en uno de los textos del *corpus* “necesariamente sigue al sentido la alegría y la tristeza, el placer o el dolor”⁶, ya que constantemente estamos experimentando sensaciones con el entorno que nos rodea. En definitiva, vivimos.

Así como en el espíritu se daba la oposición de la alegría y la tristeza, en el ámbito corporal se halla la confrontación del placer y el dolor. Esta aclaración es importante para poder explicar el término placer. Alberto Magno consideraba que el placer tiene razón de bien útil, ya que sirve para aliviar cualquier tristeza⁷. Es un remedio terapéutico propio de una medicina natural que conoce perfectamente las leyes de nuestro organismo.

2. DESCRIPCIÓN

Tomás de Aquino, siguiendo al Estagirita, divide la estructura sensitiva del cuerpo humano en cinco sentidos externos (vista, oído, olfato, gusto y tacto), que cuentan con un órgano corporal determinado para realizar esa función (ojos, oídos, nariz, lengua; el tacto, en cambio, está repartido por toda la corporeidad). La naturaleza humana no es perfecta, y el bien de la salud no es algo que se pueda comprar. De hecho, nacen niños con minusvalías, al igual que una avanzada edad es sinónimo de aparición de achaques, o cualquier accidente o enfermedad puede hacernos perder un órgano importante de nuestro cuerpo (hecho que provocaría dolor que es una lesión del sentido⁸).

Esta pequeña reflexión es importante porque cuando hablamos de placer y de tristeza corporal estamos haciendo referencia directa a los sentidos, en definitiva, hablamos de tristeza sensible. Pero ¿qué pasa cuando se da algún tipo de atrofia en un órgano? Evidentemente, se impide el placer debido a

⁵ Cfr. LE BRETON, D., *op. cit.*, p. 10.

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *In de anima*, II, lect. 4.

⁷ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, VII, lect. XV vol. 14-2, p. 583.

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 4, ad4.

ese sentido⁹, porque se le ha cerrado la puerta de acceso a nuestro organismo. Por ejemplo, un hombre sordo “escuchará” constantemente el silencio allí donde existe el sonido, a menos que la ciencia encuentre un remedio. La salud, y consecuentemente, el bienestar del cuerpo humano es uno de los bienes más importantes que tiene el hombre. En relación con esta cuestión, Alberto Magno decía que “las operaciones convenientes a la naturaleza inducen al placer tal como a las perfecciones convenientes, o son inconvenientes si inducen a la tristeza”¹⁰. Por ejemplo, la ceguera es un motivo de tristeza sensible que priva al hombre de la alegría de ver el mundo en su variedad de colores y formas.

Sin embargo, para Tomás de Aquino, también puede darse el caso de que, aunque el órgano actúe correctamente, la tristeza puede seguir accidentalmente al placer de la aprehensión de dos modos: a) Por parte del órgano, se produce la tristeza respecto de aquella realidad que no responde a la adecuada complejidad del órgano, por ejemplo, el olor de una cosa fétida. Por esta razón, es natural que, según las operaciones del sentido se dé la tristeza o el dolor; en efecto, con el tacto de lo conveniente nos complacemos y con el tacto de lo nocivo sufrimos¹¹. b) Por parte de la facultad, se produce la tristeza por aquello que impide una aprehensión correcta. Incluso, cuando se da la tristeza en una operación puede suceder que se impida el buen funcionamiento de esa operación¹².

Por otro lado, el placer es la operación connatural al hábito y, a su vez, los placeres se distinguen por las distintas funciones de los órganos sensitivos. El bien que es el propio objeto de placer es la relación conveniente entre el órgano sensitivo y su objeto propio. Esto es así por las siguientes razones¹³:

1) El placer consiste en la quietud del apetito que alcanza lo deseado, es decir, lo bueno¹⁴. Toda forma inherente se compara a la operación de algún

⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Compendium Theologiae*, I, c. 165.

¹⁰ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, II, lect. II, vol. 14-1, p. 98.

¹¹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 9, ad8.

¹² Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 5, co.

¹³ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 49, q. 3, a. 2, co.

¹⁴ Por el contrario, Thomas Hobbes pensó que el apetito o el deseo está unido al esfuerzo: “Este esfuerzo, cuando es hacia algo que lo causa se llama apetito o deseo, siendo el último el nombre general, y estando el otro a menudo restringido a significar deseo de comida, es decir, hambre y sed. Y cuando el esfuerzo se aparta de algo, es generalmente llamado aversión. Las palabras apetito y aversión nos vienen de los latinos, y ambas significan movimientos, uno de

modo como la potencia a su acto. Y así, se llama a la forma acto primero y a la operación acto segundo.

2) Aunque el placer esté en el apetito y toda pasión y operación requiera la aprehensión, conviene que sea aprehendido el bien añadido que causa el placer.

3) Todo bien que es dirigido por nosotros aquieta nuestro apetito cuando la actividad de un órgano concreto alcanza el objeto deseado. Sin embargo, por otro lado, “la tristeza de la operación de un órgano impide dicha operación, pero la tristeza producida por el descanso de la operación de un sentido produce avidez”¹⁵. Puede deducirse que la operación es causa de placer; sin embargo, conviene matizar algunos aspectos:

a) No cualquier operación es causa de placer, sino la operación que no es impedida y que es connatural al hábito. El placer es un medio para motivar el propio ejercicio de una operación, ya que, cuanto más agrada una actividad con más gusto se realiza. Por ejemplo, muchos estudiantes estudian con más agrado unas asignaturas en lugar de otras. También es cierto que no es posible disfrutar a la vez de una obra musical y de otro placer puesto que cualquier placer requiere concentración. Además de este motivo, Tomás de Aquino afirma que el placer, a la vez que aumenta su operación correspondiente, impide la operación extraña¹⁶.

b) No nos complacemos en el proceso de las operaciones tanto como en el principio. Existen varios motivos que dan razón¹⁷: α) Todas las cosas nuevas atraen nuestra atención. Y entonces, como dice Aristóteles, el hombre está más atento en el principio de la operación que en el proceso. Por esta razón, en el proceso de la operación el hombre no siente tanto placer, puesto que la cosa en su novedad se siente más. β) En el hombre conviene que el placer se dé según el modo de su naturaleza. Por tanto, la persona no siempre tendrá el mismo deseo, debido a que la naturaleza humana es mudable. En conclusión, lo que verdaderamente complace al hombre es la alternancia de placeres.

c) La causa formal propia del placer es la operación connatural al hábito que no es impedida. Sin embargo, la causa material del placer (que se toma

acercamiento, el otro de retirada”. HOBBS, T., *Leviatán*, Edición preparada por C. Moya y A. Escohotado, Madrid, 1979, p. 157.

¹⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 39, a. 3, ad3.

¹⁶ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, X, lect. 7, n. 7.

¹⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 49, q. 2, ad3.

por parte del sujeto de placer y de todas las pasiones del alma) es el espíritu animal, que es el instrumento próximo del alma en las operaciones que se ejercitan por el cuerpo. En los que hay poco espíritu son más propensos a la tristeza que al placer. Por tres motivos: α) La temperatura de la compleción. Desde este punto de vista, los enfermos no son aptos para el placer. Por ejemplo, alguien con catarro difícilmente podrá deleitarse en el perfume de una rosa. β) Que el espíritu sea claro y no nublado, pues los melancólicos, que son espíritus terrestres y oscuros, son propensos a la tristeza. Los melancólicos según la disposición natural siempre necesitan los placeres como medicina para expulsar la tristeza porque el cuerpo de estos padece alguna corrosión. Por eso, tienen constantemente un deseo de placer intenso. γ) Que la sustancia de éstos sea mediana, entre lo espeso y lo tenue.

d) Para el hombre es deseable la operación de la razón. El mayor bien del hombre se da en el recto ejercicio de su razón, ya que la propia racionalidad constituye la esencia de su propia naturaleza.

3. RELACIÓN DEL PLACER CON LA TRISTEZA CORPORAL

La anatomía humana está dominada por los sentidos. De los sentidos surgen sentimientos sensibles¹⁸. Sentir es un acto más del ser humano¹⁹. Experimentamos sensaciones constantemente: olemos las flores, los perfumes, saboreamos los alimentos (dulces, amargos, salados y ácidos), vemos los colores y las formas con su diversidad de matices, acariciamos a nuestros seres queridos... En definitiva, somos seres humanos que, a ese nivel, establecemos un lenguaje preverbal con el mundo²⁰. Es la puerta abierta de los senti-

¹⁸ Cfr. SELLÉS, J. F., "Naturaleza y niveles de los sentimientos", *Pensamiento y cultura*, 4 (2001), pp. 75-86.

¹⁹ En relación con el tema de la sensibilidad recogemos las palabras de Hobbes para comparar nuestra investigación con diferentes doctrinas acerca de este tema: "Entre los placeres o deleites, hay algunos que surgen de la sensación del objeto presente, y esos pueden ser llamados placeres de los sentidos, (no teniendo lugar hasta que hubo leyes la palabra sensual, tal como es usada sólo por aquellos que los condenan). De esta clase son todas las operaciones y exoneraciones del cuerpo; todo lo que es agradable a la vista, el oído, el olfato, el gusto, o el tacto; otros surgen de la expectación que proviene de la previsión del fin o consecuencia de las cosas, sean estas cosas placenteras o desagradables a los sentidos, y éstos son placeres de la mente de aquél que extrae tales consecuencias, y generalmente se les llama alegría. De la misma manera, algunos pesares lo son para los sentidos, y se les llama dolor; otros se encuentran en la expectación de consecuencia, y se les llama pena". HOBBS, T., *Leviatán*, ed. cit., p. 160.

²⁰ David Hume, paradigma del empirismo inglés, prestó atención al estudio de las sensaciones percibidas por los sentidos: "Some objects produce immediately an agreeable sensation, by

dos aquella que amplía nuestro horizonte vital más allá de donde llega nuestro conocimiento o llega de otra manera. Sin embargo, Alberto Magno explica que “el movimiento corporal destruye y, por consiguiente, debilita el órgano; entonces, no podemos conocer continuamente, ni sentir, ni complacernos”²¹.

Todo deseo se causa por el amor, que es la raíz del apetito. Y el amor se inicia a través del sentido de la vista contemplando aquello que es bello y, en consecuencia, se toma como bueno. Tomás de Aquino explica que el deseo surge en el hombre a partir del conocimiento de la realidad. Báñez comenta que Cayetano distingue dos ámbitos dentro del último fin que es el motor del deseo humano: a) El fin último considerado desde un punto de vista formal no es otra cosa que el bien perfecto y completo. b) El fin último desde un punto de vista material, que es aquello donde se encuentra la razón de fin último²².

Para comenzar, expondremos una advertencia tomista respecto de la tristeza y el placer corporal: “el placer y la tristeza son contrarios según el género y, entonces, en cualquier tristeza hay una disposición contraria en el sujeto a la que hay en cualquier placer”²³. Respondemos de una manera automáticamente distinta ante dos sensaciones contrarias. Es evidente que esto es así. Además, el placer y la tristeza no sólo son contrarios según la especie, sino también según el efecto, ya que con uno se reconforta nuestra naturaleza y con el otro nos sentimos molestos e incómodos²⁴.

Retrocediendo en la historia de la filosofía nos encontramos con la teoría platónica sobre el placer y la tristeza donde el primero es entendido como generación y la segunda como corrupción²⁵. De esta manera, la tristeza se convierte en un defecto de la naturaleza humana, mientras que el placer es algo que agrada porque es completo y lleno. Tomás de Aquino aclara que esta concepción del placer como algo completo proviene de los placeres y tristezas que son acerca del alimento²⁶ (se puede deducir que se trata de una

the original structure of our organs, and are thence denominated good; as others, from their immediate disagreeable sensation, acquire the appellation of evil. Thus moderate warmth is agreeable and good; excessive heat painful and evil”. HUME, D., *A Dissertation on the Passions*, edited by Tom L. Beauchamp, Clarendon Press, Oxford, 2007, p. 3.

²¹ ALBERTO MAGNO, *Super Ethica*, X, lect. VII, vol. 14-2, p. 733.

²² Cfr. BÁÑEZ, D., *Comentarios Inéditos a la Prima Secundae*, q.1, a. 6, vol. 1, p. 70.

²³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 4, ad2.

²⁴ *Ibid.*, ad3.

²⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, X, lect. 3, n. 14.

²⁶ *Ibid.*, n. 16.

especie de comparación con la sensación que tiene el estómago después de haber degustado unos sabrosos manjares).

Por otro lado, recordando la influencia que el pensamiento pitagórico tuvo en la escuela platónica descubrimos en los textos tomistas que al placer de las consideraciones matemáticas no se opone ninguna tristeza contraria. La base de esta afirmación radica en la perfección que los platónicos encontraban en esta ciencia exacta. En esta escuela de pensamiento se daba prioridad al placer intelectual, porque consideraban que el conocimiento está por encima del propio cuerpo, el cual forma parte del un mundo corruptible y temporal, y que es copia del mundo inteligible.

El placer ha sido un tema recurrente en la historia de la filosofía y el modo en que las distintas escuelas de pensamiento se han enfrentado a él es bien distinto. Podemos recordar también a los epicúreos, que ponían en la conquista del placer el mayor logro del hombre. Por otra parte, los estoicos aspiraban a vivir una vida dura sin una gota de placer, tanto es así, que el propio Séneca se suicidó. Hoy en día, la ética actual está más cerca del modo de pensar de la corriente epicúrea.

Somos hombres libres que describimos la órbita de nuestro itinerario vital bajo la ley de la libertad. Cada biografía es diferente porque somos artífices únicos e irrepitibles de esta obra de arte que es la vida. Somos artistas en medio de una historia intelectual que ofrece toda una gama de posibilidades y de alternativas diferentes sobre cómo vivir. En la tienda del pensar nadie está a salvo de equivocarse. Pero está claro que hoy día se vende el placer y lo que es peor, se compra el hedonismo desenfrenado a cualquier precio. Todo vale con tal de ser poseedor de ese elixir de la felicidad tan ficticio y tan efímero que tiene el poder de esclavizarnos permanentemente con su sabor prohibido.

El cuerpo humano tiene un mecanismo casi instintivo de acoger algo agradable o huir del peligro. Tomás de Aquino, siguiendo a Aristóteles, denomina a ese medio apetito concupiscible²⁷. Por ejemplo, cualquier persona aparta la mano rápidamente ante el fuego. Así puede explicarse también el propio mecanismo de nuestros sentidos respecto a las acciones que ejecutan si se encuentran frente a algo triste o frente a algo placentero. El movimiento sensible se despliega en tres pasos: a) El sentido aprehende algo como conveniente o como nocivo. b) Si lo que aprehende el sentido es conveniente se

²⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, 26, *Las pasiones del alma*, p. 49. Las pasiones del apetito concupiscible se caracterizan porque miran al bien o al mal de modo absoluto.

produce en el sentido el placer; sin embargo, si es nocivo se produce la tristeza. c) Dependiendo de estas dos alternativas, se sigue el deseo o la huida de aquello que provoca placer o tristeza²⁸.

Según Tomás de Aquino, hablando de modo absoluto, el apetito de placer es realmente más fuerte que la huida de la tristeza; sin embargo, accidentalmente, se huye más de la tristeza que se apetece el placer²⁹. Este argumento se basa en tres puntos:

a) Por parte de la aprehensión: α) El amor se siente más cuando se muestra la carencia: la tristeza se produce por la ausencia de lo amado o por la incursión de algún mal. El hombre, en ocasiones, es tan insensato que no se percata de lo importante que es cuidar el objeto amado hasta que lo ha perdido. Parece que la ausencia hace brotar nuevamente el amor perdido con más intensidad que nunca. Ese amor que antes estaba pero que parecía dormido comienza a despertar tras el desengaño. β) Dado que el amor es causa de placer y tristeza, se huye más de la tristeza cuanto más se siente el amor de aquello que es contrario a lo amado.

b) Considerando la causa que aflige al bien amado o que lleva al dolor, Tomás de Aquino deduce que el ser humano ama más la salud del cuerpo que el placer del alimento. Sin embargo, existen ocasiones donde el dolor se convierte en una manifestación de amor. Por ejemplo, el sufrimiento consentido se transforma en una prueba de amor. Así, los cristianos desean pagar la deuda contraída con Jesucristo mediante el propio sacrificio. Por parte del efecto, la tristeza impide todo placer. Aunque anteriormente explicamos que el placer es un remedio contra las tristezas, cuando el hombre padece una tristeza muy grande no puede disfrutar de nada.

En definitiva, aunque es cierto que nuestra sociedad hedonista persigue el bienestar y el confort por encima de todo, como ya explicó Tomás de Aquino, es correcto afirmar que “el amor del placer es menor que el amor de la conservación de sí mismo, que responde a la huida del dolor, y entonces más se huye del dolor que se apetece el placer”³⁰. Evidentemente es cierto que el hombre siempre está deseando nuevos bienes, sin embargo, se da cuenta de qué poco significarían esos bienes para él si en determinado momento su propia vida corriese peligro. Es decir, el hombre desea primeramente su

²⁸ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In de anima*, III, lect. 11.

²⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 7, co.

³⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 29, a. 3, ad1.

propia salud para poder disfrutar del resto de aquellos bienes materiales que le reportan placer.

Por otro lado, “el dolor puede ser accidental al placer en cuanto tiene unida la admiración, como sucede en los espectáculos; o en cuanto hace recordar el objeto amado, y hace percibir el amor de este, sufrir por su ausencia”³¹. Actualmente, el cine es uno de los espectáculos que más atraen la atención del público. Pero cuando el hombre acude a esas representaciones es un mero espectador pasivo que termina metido en la historia hasta el punto de sufrir por las desdichas de sus personajes como si se tratase de algo real.

Del mismo modo, el placer de recordar el pasado tiene como consecuencia la tristeza en tanto que se trata de un ayer que, simplemente, quedará por siempre en nuestra memoria pero difícilmente su realización podrá dar el salto desde nuestra mente hasta la realidad. Existen corazones encadenados al recuerdo, corazones rotos que realizan las etapas del olvido en un recuerdo constante del ser amado. Corazones que siempre llevarán escrito en silencio dentro de sí mismos aquel nombre.

4. PLACER Y TRISTEZA EN LA ÉTICA

A lo largo de la historia de la filosofía se han planteado diferentes doctrinas éticas que propugnan ofrecer modelos adecuados de conducta. San Buenaventura escribía que “el carácter es un hábito perfectamente asumido, como una cualidad del espíritu, que no se termina completamente en el alma sino que dispone a una perfección ulterior”³². El carácter de una persona es esencial para conocer su modo de ser. Pero además del modo de ser también existe la libertad personal. Añádase que el hombre vive en sociedad; por tanto, es necesario crear unos estatutos éticos que determinen qué es correcto y qué no lo es. Evidentemente, la operación conveniente al hombre es obrar según la recta razón.

En el caso de Tomás de Aquino nos encontramos con un modelo ético que refiere directamente al placer y la tristeza como patrones de un modelo de conducta adecuada. El placer se presenta como una tentación en la que puede sucumbir el hombre. Sin embargo, como recuerda nuestro autor “no cualquier virtud moral es acerca de los placeres y tristezas tal como con respecto a su materia (la fortaleza es acerca de los temores y audacias) pero

³¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 3, ad2.

³² SAN BUENAVENTURA, *In Sententiarum*, IV, vol. IV, p. 136.

toda virtud moral se ordena al placer y la tristeza tal como a algún fin consiguiente”³³. La virtud se genera y se corrompe por el placer y la tristeza. Y es que, cuando el hombre se mueve por el deseo de placer obra mal, igual que sucede cuando el hombre retrocede a causa de la tristeza que teme en un trabajo honesto.

El objetivo que todo ser humano debe perseguir a nivel personal es enristecerse y gozarse de aquello que conviene. La explicación de todo esto queda clara con las siguientes palabras: igual que alguien arrebatado en su cuerpo por el movimiento de la ira se alegra cuando alcanza la libertad, cuando se da el movimiento contrario aparece la tristeza. Del mismo modo, los hombres son insensatos porque apetecen aquellos placeres que son inconvenientes o porque los apetecen en el momento que no conviene.

Existen tres razones que fundamentan el hecho de que en el hombre se dé el placer, la tristeza y la virtud. Tres cosas caen bajo la elección humana: son el bien de lo honesto, de lo útil y de lo deseable. Báñez afirma que el acto malo de la voluntad siempre se da con algún defecto en la comprensión³⁴. Sin embargo, estos tres tipos de bienes tienen sus respectivos opuestos: el mal y el vicio se oponen al bien honesto, lo nocivo se contrapone a lo útil, lo triste se opone a lo deseable. Por tanto, en el hombre cabe la posibilidad de obrar rectamente o errar dejándose llevar por el placer.

De esta manera, Tomás de Aquino enumera distintos tipos de carácter en el hombre, que están claramente caracterizados por el placer y la tristeza:

1) El *moderado*. Tomás se pregunta si la moderación está en la parte racional del hombre³⁵. Responde que todas las virtudes están en la voluntad y en la razón³⁶. La moderación (*temperantia*) es acerca de los placeres y tristezas, y concupiscencias y huidas que pertenecen al tacto y al gusto, acerca de las que es también la moderación y la inmoderación. El moderado goza más de aquellos placeres que no siguen a los placeres del tacto³⁷. La moderación se corrompe por la superabundancia y el defecto de placer, es decir, consiste en el equilibrio, en la medida adecuada. “Entre las pasiones del apetito concupiscible las más principales son las concupiscencias y los deleites referentes al tacto; sobre ellas versa la templanza, y por eso se pone en esa materia la virtud cardinal llamada templanza. La *eutrapelia* tiene como objeto los

³³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 58, a. 9, ad1.

³⁴ BÁÑEZ, D., *Comentarios Inéditos a la Prima Secundae*, q. LXXVII, a. 2, vol. 2, p. 185.

³⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De anima*, a. 19, ob17 (se cita por Marietti, Turín, 1953).

³⁶ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De anima*, a. 19, ad17.

³⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 35, a. 7.

deleites referentes a los juegos y se pone como virtud secundaria o añadida a la templanza”³⁸.

2) El *prudente*. “Tal como el prudente busca no entristecerse, también busca no complacerse”³⁹, porque no es buena ni la tristeza por la tristeza ni el placer por el placer. En definitiva, intenta mantener un equilibrio en la vida, un bienestar llamado felicidad. El prudente no se considera así tan sólo por aquello que sabe, sino también por aquello que hace, pues obrar es algo práctico. Y ser prudente es fruto de la virtud que hace al hombre obrar rectamente sabiendo encontrar la medida adecuada de las cosas. Por eso, lo característico del prudente es la elección⁴⁰, es decir, el buen juicio. La prudencia dirige hacia el fin.

El rasgo característico del prudente que le permite obrar bien es el buen juicio. La deliberación sobre el obrar es algo intrínseco a este modo de ser ético que perfecciona al hombre haciéndole ser alguien virtuoso. De hecho, la prudencia no puede existir si no está acompañada de otras virtudes morales.

3) El *inmoderado* se caracteriza por perseguir los placeres corporales y huir las tristezas corporales por elección, es decir, no porque se deje vencer por ellas. Elige los placeres como un fin. Y encuentra en el juego algo divertido lleno de placer. Se trata de un modelo de conducta desenfrenado que pone en el goce sensible la máxima felicidad⁴¹. La inmoderación supone un modelo muy peligroso para el hombre, ya que su consecuencia directa es un ser humano que no está satisfecho con nada, caracterizado por un apetito sin límites. El inmoderado se deja dominar por los placeres de tal manera que se convierte en un esclavo del goce sensible. Recuérdese que alguien no es vicioso por un solo acto, sino cuando habitualmente está mal dispuesto para obrar con pasión⁴². La naturaleza del deseo es infinita; como consecuencia, el hombre no busca sólo lo necesario para la vida, sino que busca todo aquello que puede complacerle, tanto es así, que a veces desea incluso lo de los demás. De ahí se sigue que el deseo no puede ser satisfecho hasta el infinito, sino que tiene que tener algún control y unos límites determinados.

Tomás de Aquino compara al inmoderado con el incontinente y concluye que el primero yerra por elección, mientras que el segundo se deja vencer

³⁸ MANZANEDO, M. F., *op. cit.*, p. 64.

³⁹ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 11, n. 8.

⁴⁰ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 65, a. 1, co.

⁴¹ TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 11, n. 6.

⁴² Cfr. BÁÑEZ, D., *Comentarios Inéditos a la Prima Secundae*, q. LXXI, a. 1, vol. 2, p. 34.

por la pasión. Por este motivo, a su juicio, es peor ser inmoderado que incontinente. Del mismo modo, el incontinente se parece al débil de carácter (*mollis*) por dejarse guiar por la pasión, tal como cuando huye de la tristeza. Por otro lado, también afirma que es mejor ser débil de carácter que inmoderado.

4) El *débil de carácter* es vencido por placeres y tristezas que otros superan con mucha facilidad. El débil de carácter se mueve por el horror de la tristeza que padecen aquellas personas que desean algo y lo pierden o no lo tienen. Entre las especies de esa debilidad (*mollities*) está el voluptuoso (*delicatus*), que se caracteriza por huir de la tristeza que conlleva el trabajo.

La debilidad del carácter puede causarse por dos vertientes: a) Por el *hábito*: cuando un hábito es placentero resulta difícil soportar su ausencia. b) Por la *disposición natural* de este tipo de personas, ya que tienen el espíritu menos constante.

5) Los *incontinentes* no encuentran medida para el placer de tal modo que son viciosos⁴³. Fácilmente el incontinente se deja vencer por los placeres. Existen dos tipos de incontinencia: a) La debilidad, que es aquel tipo de incontinencia que sobreviene a aquellos que deliberan sobre algún deseo, pero luego no permanecen deseando lo que han deliberado porque se dejan vencer por la pasión. Dentro de este tipo de incontinencia tenemos que destacar a los crueles (*sanguinei*) y los tranquilos (*pleghmatici*) que padecen este tipo de incontinencia debido a su complexión, que no es fuerte para resistir las impresiones. b) La precipitación (*praevolatio*) es otro tipo de incontinencia que padecen todos aquellos que se dejan guiar por la pasión rápidamente porque no deliberan sobre sus deseos⁴⁴. Dentro de este tipo de incontinencia encontramos dos tipos de carácter: los *melancólicos*, que se mueven por el ímpetu del movimiento de la melancolía; y los *coléricos*, que actúan movidos por la velocidad del movimiento de la cólera. Los melancólicos y los coléricos siguen a la primera fantasía de sus deseos⁴⁵.

El incontinente parece, en cierto sentido, un hombre prudente, porque actúa movido por la recta razón. Sin embargo, se diferencian en la elección que toman los dos. Esto no significa que el incontinente tenga el hábito de

⁴³ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 138, a. 2, ad2.

⁴⁴ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la Ética a Nicómaco*, traducción Ana Mallea, Eunsa, Pamplona, 2002, p. 422.

⁴⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 9, n. 16: El incontinente se llama así por dos aspectos: por la parte de la razón en la que inhiere, por la parte de la concupiscencia que vence.

elegir tal como el prudente, sino que lo tiene como si estuviera durmiendo. El incontinente cuando yerra sabe que lo está haciendo porque conoce perfectamente lo que debería haber hecho. De este modo, el incontinente se corrompe por la elección, mientras que el prudente se perfecciona. Por lo demás, los hombres que son incontinentes por hábito son más sanos que aquellos que lo son por naturaleza, a saber, por la inclinación natural de su propio cuerpo.

En la doctrina tomista se supone que el sujeto de la continencia y la incontinencia es la voluntad. Es decir, la elección que toma cada hombre ante una situación determinada. El incontinente falla en aquello que es práctico porque no obra según la recta razón.

6) El *continente* se conduce por la razón y no se deja llevar por la pasión. Es evidente que existen distintos grados de placer y tristeza. Pues bien, los hombres que superan mayores tristezas se llaman continentes y perseverantes. La continencia se dice por aquello que superamos, y es una virtud moral imperfecta igual que la fuerza⁴⁶. La diferencia entre el continente y el moderado es que el continente tiene pequeños deseos, pero el moderado no los tiene. Además, el moderado no se complace más allá de la razón⁴⁷.

7) El *virtuoso* es aquel que es naturalmente bueno por naturaleza⁴⁸. El virtuoso huye de todo tipo de tristeza por pequeña que sea y no sólo de la superabundancia de la misma.

En relación con los placeres y tristezas el hombre virtuoso es el que mejor obra, porque no sólo medita su acción, sino que también analiza las circunstancias adecuadas en las que debe darse. Según la virtud somos buenos y obramos los bienes. En relación con este punto debe decirse que: a) La disposición natural es útil para la virtud, tanto es así que algunos niños recién nacidos ya parecen moderados o fuertes. b) El virtuoso se caracteriza por la rectitud en su apetito. c) Debe crearse un hábito por el que el apetito se incline al bien.

Toda virtud moral consiste en algún placer y tristeza, porque en toda virtud apetitiva en la que hay virtud moral, la operación se determina hacia el placer y la tristeza. Según el de Aquino el placer se consigue por la adquisición de aquel bien que desea el apetito. Esperando o deseando, el hombre se complace cuando consigue lo que desea o espera. Del mismo modo, el eno-

⁴⁶ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 65, a. 1, co.

⁴⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, VII, lect. 9, n.19.

⁴⁸ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, IX, lect. 11, n. 6.

jado cuando castiga se entristece temiendo, y odiando cuando aparece el mal que rehuye. Toda tristeza es de una cosa presente o recuerdo de una situación ya pasada que permanece en la memoria.

7) El *cobarde* (*timidus*) se desespera fácilmente porque tiene miedo por todo⁴⁹. Especialmente se determina por el temor que tiene a las tristezas, lo cual disminuye su audacia, que es propia del hombre fuerte. Parece que tienen una debilidad del ánimo contraria a la fortaleza, porque no pueden soportar las dificultades ni las tristezas.

8) El *perseverante* es aquel que no retrocede en el bien a pesar de que tenga que soportar muchas tristezas y realizar muchos esfuerzos. Esta virtud es fundamental para vivir la vida con espíritu de superación y de lucha. Arriesgarse a vivir es aquella aventura que empieza en nuestro nacimiento y nos regala todo un universo de objetos y personas por descubrir. La perseverancia es fundamental para esforzarse por algo que merezca la pena, para luchar contra una enfermedad, para afrontar una situación difícil con fortaleza. Se suele decir que la vida es igual de dura para todos; la diferencia está en el talante con que uno la afronta. Así, alguien perseverante contará su experiencia de vivir de un modo tan distinto al de una persona débil o cobarde, que seguro que su discurso convencería al más incrédulo sobre la recompensa que tiene enfrentarse con una actitud optimista a los problemas.

9) El *hombre fuerte* es aquel que se caracteriza por tener siempre una firmeza de ánimo, que le lleva a hacer el bien y soportar el mal (por ejemplo, la tristeza), especialmente, el bien arduo: “Pertenece a la virtud de la fortaleza hacernos firmes en el bien, y por eso tiene como objeto principal el temor, que nos hace rehuir los males temporales, y la audacia, que nos impulsa a abordar los males terribles con la esperanza de la victoria”⁵⁰. La fortaleza es una virtud especial que se da en aquellos hombres que no retroceden en el bien a causa de las dificultades que se encuentran en el camino de la vida.

Concluyendo este apartado se puede decir que quizá el ideal a perseguir deba ser la conquista de un carácter prudente; sin embargo, también sería un ideal decir que es fácil llegar a serlo. Si existe el continente, el moderado, el inmoderado, el débil de carácter... es porque hay tantos hombres como modos de ser y de vivir tan libres que ni la mayor coacción externa puede obligar a un ser humano a vivir de un modo distinto del que él decida.

⁴⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, III, lect. 16, n. 12.

⁵⁰ MANZANEDO, M. F., *op. cit.*, p. 65.

CAPÍTULO IV

LA TRISTEZA QUE ENGENDRA MISERICORDIA

1. PRESENTACIÓN

En esta sección vamos a analizar otro tipo de tristeza estudiada por Tomás de Aquino. Se trata de la tristeza que, en el *corpus* tomista, va unida a la *miser cordia*. Siguiendo con la metodología utilizada hasta ahora, lo primero que precisaremos es una definición adecuada sobre el término. Tomás de Aquino considera que “la misericordia es tristeza del mal ajeno en cuanto se estima como mal propio”¹, es decir, que es aquel sentimiento que brota en la persona de buen corazón cuando contempla las desgracias ajenas y le afectan. Se contrapone, pues, a la tristeza que es resultado de la envidia, que lo es respecto del bien ajeno, es decir, que refleja cierto egoísmo en el hombre que toma el triunfo del otro como un impedimento para la propia gloria personal. Juan de Santo Tomás escribe que el sentimiento de la misericordia nace por razón de la benevolencia por la que queremos el bien del otro. Requiere una virtud especial que nace de la caridad: la misericordia que busca la moderación de la tristeza, o el dolor del mal ajeno².

En torno al problema del amor en Tomás de Aquino, muchos filósofos se han planteado si es posible un amor desinteresado. “Geiger entiende que el conflicto sobre la posibilidad de un amor humano desinteresado, puede ser resuelto en la medida que cortemos totalmente los lazos con su finalidad natural. El error de Rousselot, para él, ha consistido en sostener que lo propio del amor humano reside en el apetito natural que posee todo ente en dirección a su fin natural. Para Santo Tomás, sostiene Geiger, el amor humano, gracias al conocimiento racional que le antecede, puede efectuar ese corte con la tendencia natural. La afectividad humana incluye el apetito natural, el sensible y espiritual, y es este último el que marca la singularidad del amor humano, ya que está informado por el conocimiento intelectual. Por ello el

¹ TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 26, a. 4, co.

² Cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, vol. VII, p. 238.

amor espiritual, especificado por la razón es objetivo, porque más allá de los bienes concretos puede buscar la bondad como tal, y es verdadero porque se conforma con el bien que merece ser amado como tal”³.

El texto tomista expuesto arriba nos remite directamente al amor incondicional del hombre misericordioso. El ejemplo actual más claro es la *solidaridad* humana. El hombre, en la actualidad, se acerca rápidamente a las desgracias ajenas a través de los medios de comunicación, o directamente. Hay personas que llevan al límite su dedicación en este sentido y que viven radicalmente el propio concepto de la misericordia desde lo más hondo de su corazón. Así son aquellas misiones y voluntarios que permanecen en el tercer mundo realizando labores humanitarias incluso cuando su propia vida corre peligro debido a la inseguridad. La compasión engendra tristeza, en el sentido de pena, pero solidarizarse con las penas de los demás engendra también gozo.

Seguramente, esta pequeña reflexión está más cerca de la literatura que de la filosofía; sin embargo, qué cierto es que si realmente la tristeza es un mal del que se trata de huir, más incluso de lo que se apetece un placer, entonces, cualquier hombre preferirá entristecerse del sufrimiento ajeno antes que del sufrimiento propio, para ser un mero espectador en un escaparate que nos muestra el precio que podemos pagar por ayudar al otro. En todo caso, la decisión de ayudar depende de cada hombre. Afortunadamente, todavía existen muchas personas generosas y, en la actualidad, son muchos los hombres que deciden, por ejemplo, donar sus órganos al morir regalando así vida a muchos desconocidos que pasan el resto de sus días pensando en quién sería aquel ángel que les salvó.

Después de esta breve reflexión contextualizada en nuestra sociedad volvemos a sumergirnos de lleno en la teoría tomista de la relación entre la misericordia y la tristeza. Para ello abramos un nuevo análisis: el debate en torno a si la misericordia sólo puede referirse al prójimo. Este asunto queda planteado abiertamente por Suárez, ya que él considera que “no hay ninguna razón por la que esta virtud sea para otro y no pueda dirigirse al que la produce y acerca de sí mismo”⁴. Uno de los mayores enemigos que puede encontrar un hombre en el mundo no es otro que él mismo. Relacionarse con el entorno presupone una aceptación y amor a uno mismo incondicional.

³ DONADIO MAGGI DE GANDOLFI, M. C., *Amor y bien en Santo Tomás de Aquino*, Educa, Buenos Aires, 1999, p. 156.

⁴ SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De virtute misericordiae*, disp. IV, sec. II, vol. XII, p. 660.

Suárez explicaba que la misericordia, en cuanto al nombre, tiene dos significados: a) Algún sentimiento o compasión de la infelicidad ajena. Es decir, desde este punto de vista la misericordia hace referencia directa al sentimiento interior que surge en una persona buena al ver a otra pasando necesidades tan básicas como las de alimentación e higiene. b) Voluntad de subsanar la infelicidad ajena. Desde esta perspectiva la misericordia nombra directamente el acto por el que una persona es misericordiosa con otra y acude a la acción para disminuir su mal⁵.

Lo que muestran los dos tipos de tristeza, tanto la que provoca la misericordia como la que produce la envidia, es que el prójimo y todo lo que le sucede influye en nosotros y en nuestra sensibilidad (ya sea para bien o para mal)⁶. Vivimos sumergidos en un haz de relaciones que nos exigen y demandan constantemente nuevas atenciones, cuidados y hechos. Así, igual que muchas veces nosotros nos sentimos decepcionados por personas que queremos, o que simplemente conocemos, también nosotros podemos decepcionar y herir con nuestra indiferencia a aquel que llama a nuestra puerta para solicitar nuestra ayuda. Quizá pocas veces pensamos qué haríamos en su lugar.

En el ámbito social, Tomás de Aquino señala, a raíz de ese haz de relaciones que conforman la sociedad humana, que existen cuatro tipos de tristezas en cuanto a su origen: la envidia, la misericordia, la *nemesis* y los celos. Todas ellas se dan en el hombre a partir de aquello que le acontece al prójimo⁷. a) La *envidia* acontece en aquel hombre que se entristece por el bien del prójimo. b) Los *celos* se producen cuando alguien se entristece del bien del otro, pero no por el bien que el otro tiene, sino porque es un bien del que uno mismo carece. c) La *nemesis* induce a la tristeza respecto de aquellos bienes que le suceden a alguien que no se los merece. Sin embargo, es evidente que este tipo de tristeza es muy subjetiva, ya que ¿quién puede decidir cuál es el criterio por el que una persona merece un bien y otra no? d) Por último, y centrándonos en el tema que nos ocupa en este momento, la *misericordia* es tristeza respecto de las desgracias ajenas, es decir, que la causa

⁵ Cfr. SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De habitu charitatis*, disp. III, sec. I, vol. XII, p. 659.

⁶ “Los sufrimientos no son causados por un agente malicioso a quien hubiera sido entregada la Tierra. Tampoco Dios castiga a las personas que han sido acusadas calumniosamente, ni le da placer castigar a los hombres. De ser así, no es obvio cuál sea la justificación de las tribulaciones de Job. Todo eso, añade Santo Tomás, conduce necesariamente a establecer que hay otra vida, en la cual los justos recibirán su premio, y los malos su castigo. Si uno no lo admite, no se puede decir cuál sea la causa de los sufrimientos de los justos”. ELDERS, L. J., *op. cit.*, p. 97.

⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Psalmos*, ps. 36, n. 1.

que provoca que alguien sea misericordioso está en aquello que le sucede al otro, al infeliz, y que el misericordioso toma como propio.

Una vez aportada una descripción sobre la misericordia acorde a lo manifestado en los textos tomistas, es pertinente continuar explicando que este tipo de tristeza puede ser tanto una *virtud* como una *pasión*⁸. Atendamos a ambos casos:

1) La misericordia puede ser una *virtud*⁹ porque el hombre la adquiere para perfeccionar razonablemente a aquél respecto de quien es misericordioso. Es importante recordar, como explicaba Suárez, que el objeto de la misericordia es la infelicidad ajena, pero producida por algo involuntario, es decir, no aquel mal que el hombre se ha causado a sí mismo conscientemente; concretamente, todo aquello que tenga carácter de culpa para un hombre no es objeto de misericordia¹⁰.

2) La misericordia también puede ser tomada como una *pasión*, si se considera desde el sentimiento de compasión que despierta en uno mismo la infelicidad del otro, ya que se trata de cierto padecer¹¹ por la desdicha ajena.

La compasión, para Tomás de Aquino, puede considerarse como un *acto de la voluntad* por el que cada persona decide actuar ante la tristeza que le produce el mal que ve en el otro y que toma como propio. Por esta razón, la misericordia procede de la debida elección que cada persona adopta ante una situación externa negativa. Como es claro, la debida elección que debe adoptar el hombre es un acto propio de la virtud, puesto que elegir es un acto voluntivo. Aunque estamos analizando la misericordia como virtud y como pasión, lo cierto es que en el proceso real por el que un hombre se entristece del mal ajeno se ponen en juego tanto la una como la otra. Primeramente, brota la compasión puesto que es la que toca a nuestra sensibilidad, y en segundo lugar se perfecciona la virtud. Pero de la virtud fluyen actos misericordiosos, es decir, elecciones que favorecen a los demás en sus infortunios. De modo que en la misericordia están entrelazados el sentimiento, la virtud y los actos de la voluntad.

También Suárez, analizando el acto propio de la misericordia, explicaba que la compasión producida por el desagrado de la infelicidad ajena y la vo-

⁸ Es una pasión de tal modo que, según Tomás de Aquino, de todas las pasiones que se refieren al prójimo la más fuerte es la misericordia. Es un motor que nos mueve a la acción, es decir, nos hace salir de los márgenes de nuestra individualidad.

⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 59, a. 1, ad3.

¹⁰ Cfr. SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De virtute misericordiae*, disp. IV, sec. II, vol. XII, p. 660.

¹¹ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 1, qc. c, ra 2.

luntad de mitigar ese dolor, puede darse como pasión en el apetito sensitivo y como un simple acto en la voluntad¹².

2. DEBATE ENTRE LOS ESTOICOS Y LOS PERIPATÉTICOS

Tomás de Aquino se hace eco en un texto de la historia del pensamiento para resolver una debatida cuestión en torno a si la virtud moral puede existir con alguna pasión. Evidentemente, estudiamos este aspecto porque anteriormente hemos hablado de que la misericordia puede ser entendida como una *pasión* o como una *virtud*. Prestaremos atención, como lo hace el propio Tomás de Aquino, al debate comentado por San Agustín entre los estoicos y los peripatéticos.

Para explicar ordenadamente la cuestión comenzaremos exponiendo el parecer de los estoicos a este respecto:

1) Los *estoicos* pensaban que las pasiones del alma no pueden estar en el sabio o en el virtuoso, porque su perfección propia es incompatible con la imperfección de cualquier pasión. Es importante matizar que en la teoría antropológica de esta corriente de pensamiento antigua no se daba la distinción entre el apetito intelectual –o sea, la voluntad– y el apetito sensitivo, dividido a su vez en apetito irascible y concupiscible. ¿Qué consecuencias provoca este análisis del ser humano en referencia al estudio de las pasiones? La consecuencia inmediata es que no distinguían las pasiones del alma de otros sentimientos sensibles del ser humano. Para ellos, las pasiones eran cualquier afección contraria a la razón y, consecuentemente, no pueden darse en el sabio ni en el virtuoso, porque nacen sin deliberación. Sin embargo, Tomás de Aquino aclara que las *pasiones* del alma son movimientos del *apetito sensitivo*, mientras que otras *afecciones* son movimientos del *apetito intelectual*, es decir, de la *voluntad*.

2) Por el contrario, los *peripatéticos* y, por tanto, también Aristóteles, notaron correctamente la distinción entre el *apetito intelectual* y el *apetito sensitivo*. Esta corriente de pensamiento de la Grecia clásica consideraba que las pasiones pueden darse simultáneamente con la virtud moral, pero en su justo medio (*ad medium reductae*).

Por su parte, San Agustín, al analizar ambas teorías, veía conveniente realizar una aclaración terminológica: a) Si las pasiones se llaman afecciones desordenadas, entonces no pueden estar en el virtuoso. b) Sin embargo,

¹² SUÁREZ, F., *Opera Omnia, De virtute misericordiae*, disp. IV, sect. II, vol. XII, p. 660.

si se considera que las pasiones son cualquier movimiento del apetito sensitivo, entonces pueden estar en el virtuoso según que existen por ordenación racional. De hecho, Tomás de Aquino considera que la misericordia en el hombre sólo es deseable si sigue el orden de la razón¹³, es decir, el misericordioso no alivia completamente las penas del prójimo, sino en lo que le permite su razón.

3. MISERICORDIA COMO VIRTUD O COMO PASIÓN

El hecho de que la misericordia pueda ser entendida como una *pasión* o como una *virtud* queda explicado por Tomás de Aquino en un texto donde analiza que el sentimiento del hombre es doble:

1) El sentimiento puede nacer en el hombre de la *razón*, y, por tanto, ser como virtud, ya que todas las cosas están sujetas a la potestad de éste por Dios, es decir, que el hombre tiene libertad y, por tanto, responsabilidad para asumir las consecuencias de sus obras. Por este motivo, el ser humano, ante una desgracia ajena, es libre para poner medios de su parte y ayudar al prójimo o no hacerlo. Precisamente, es esta función activa de la misericordia interpretada desde la razón la que permite pensar que el mundo siempre puede ser mejorado con la ayuda de todos. Quizá sea el hecho de que tarde o temprano toda persona pasa por algún dolor a lo largo de su vida lo que le lleva a sentir misericordia ante el mal ajeno, pero la realidad es que todos tenemos dentro un sentimiento muy desarrollado de *empatía* con lo que le sucede al prójimo, aunque esto no significa que todos seamos misericordiosos según virtud¹⁴. Tomás de Aquino considera que la potencia concupiscible es aquella que permite al hombre entristecerse o compadecerse ante una desgracia ajena¹⁵, es decir, que en la base de nuestra misma naturaleza existe una predisposición del hombre para ser misericordioso¹⁶.

¹³ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 46, q. 2, a. 1, qc. a, ra 2.

¹⁴ De hecho, como es manifiesto, el afán de riquezas tiende a convertir a las personas en avaras como consecuencia de la codicia y del deseo de poder. Con esta actitud se prescinde de la misericordia como virtud.

¹⁵ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In Ethicam*, II, lect. 5, n. 9.

¹⁶ Ejemplifiquemos esta cuestión: en cuestión de pocos años, con el desarrollo de las ciudades, la población española ha sufrido un gran cambio en su modo de vivir. Antes, en la vida en zonas rurales el trato entre las personas era familiar, cercano y confiado, es decir, de ayuda mutua entre los vecinos. Sin embargo, hoy día, ya queda muy poco de aquel modo de convivencia entre las familias y, no sólo, evidentemente, porque el desarrollo de las grandes ciudades lo hace imposible, sino porque en los mismos pueblos pequeños queda ya muy poco de aquel sistema de vida que antes tuvieron. Los medios de comunicación, y especialmente la

2) Por otro lado, el sentimiento también le viene al hombre de dentro de su sensibilidad, es decir, de la *pasión*. Por ejemplo, el sentimiento de la misericordia puede nacer en el ser humano por el sufrimiento del prójimo, pero también a causa del sufrimiento de los animales¹⁷.

4. LA MISERICORDIA Y LA TRISTEZA DE LA PENITENCIA

En este apartado es pertinente tratar de la misericordia en relación con otro tipo de tristeza que es la que provoca la *penitencia*. Es pertinente caer en la cuenta de que estamos poniendo nombres a realidades que antes no indicaban tristeza alguna para la mayoría de las personas. Queremos decir con ello que estamos señalando dónde se manifiesta la tristeza, porque hemos encontrado multitud de modos de expresión de la misma, de tipos y de matices. En ocasiones parece que estamos construyendo un puzzle filosófico con las distintas piezas de los textos tomistas, y es que su filosofía no deja cabos sueltos, sino que es sistémica, vinculante, reunitiva.

Desde el pensamiento de Tomás de Aquino diremos que la misericordia divina prepara al hombre para la gracia. Evidentemente, si el hombre puede practicar la misericordia con el prójimo es porque como criatura posee a imagen las perfecciones de su Creador (aunque, claramente, de modo limitado). Por esta razón, en la tristeza del penitente tiene tanta importancia la misericordia de Dios, ya que, según dice el mismo Tomás, si Dios es misericordioso con el hombre que ha pecado, puede rebajar la pena obligada de la culpa pasada¹⁸. Ahora bien, como consideramos que este tipo de tristeza roza más el plano teológico, es decir, no se encuadra estrictamente dentro del marco filosófico, no centraremos excesivamente nuestra atención en comentar este tema. Sin embargo, cabe decir que mientras Dios tiene el poder de la misericordia de modo ilimitado, podemos conocer el modo en que el hombre puede practicar la misericordia limitadamente. En este sentido debemos dis-

televisión, tienen tal poder de comunicar las desgracias a cada rincón del país que los efectos de esas tragedias no se han hecho esperar en la actitud de los españoles. Estamos acostumbrados a oír constantemente casos de mujeres maltratadas por sus maridos, asesinatos de chicas en noches de fiestas, robos... Ante estas situaciones, como es natural, la gente toma precauciones y tiene miedo, es decir, que si en muchos casos (como es el caso de las mujeres maltratadas) alguien no puede fiarse ni de quien "teóricamente" conoce, evidentemente se rompe esa disposición interior para ser misericordioso con un desconocido, porque entonces tendremos mucho más que temer de él. Esta falta de confianza social acarrea, pues, falta de misericordia.

¹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 102, a. 6, ad8.

¹⁸ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 43, q. 1, a. 4, a. ra 3.

tinguir tres puntos importantes respecto a cómo se da este tipo de tristeza en el hombre según Tomás de Aquino.

1) Por una parte, afirma que la misericordia en el hombre es *finita*, porque no remite sino la ofensa propia¹⁹. Es decir, mientras Dios es misericordioso en grado máximo e ilimitado, el hombre también es misericordioso, pero de modo finito y limitado según el orden de su propia naturaleza creada.

2) Por otra parte, la misericordia en el hombre no excede los límites de las propias facultades temporales, es decir, que una persona es misericordiosa hasta donde le permite su propia *naturaleza* y su propia constitución biológica.

3) En tercer lugar, el hombre que se compadece *va remitiendo su pena*. Mientras el envidioso no hace otra cosa que aumentar el mal cometido, alguien que se compadece se vuelve consciente de sus propios errores.

5. LA MISERICORDIA Y LAS BUENAS OBRAS

Evidentemente, el término de misericordia remite directamente a la acción²⁰. Suárez afirma que la misericordia es uno de los modos más elevados que tiene el hombre de compadecerse del prójimo. Es muy noble compadecerse por el sufrimiento de la familia; sin embargo, es más noble todavía compadecerse del sufrimiento ajeno. Un ejercicio de misericordia absoluta sería ser misericordioso con el sufrimiento de un enemigo²¹. Sólo un hombre que adopta los medios necesarios para ayudar a los demás, es decir, sólo un hombre que actúa, puede llamarse misericordioso. Seguramente, la infelicidad del desgraciado es el espejo en el que nos reconocemos a nosotros mismos, ya que nada hay más transparente ni más reconocible que el dolor: ese dolor ajeno que nos recuerda al propio.

Tomás de Aquino describe las buenas obras que son el efecto propio de la misericordia como frutos que provienen de la flor²². Por su parte, su

¹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Ad Ephesios*, c. 2, lect. 2 (citado por Marietti, Turín, 1953).

²⁰ Así lo percibió un gran humanista: “Las obras de la misericordia son semejantes a las del amor, puesto que del amor mana la misericordia. A su vez, con la misericordia, el amor crece, como el de la madre para con el hijo doliente o desgraciado o ausente allá por tierras remotas”. VIVES, J. L., *Obras filosóficas, Tratado del alma*, III, c. VII, *Obras Completas*, t. II, 1275.

²¹ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *Opusculum III Summa de gradibus virtutum*, vol. VIII, p. 648.

²² TOMÁS DE AQUINO, *Ad Philipenses*, c. 4, lect. 2 (citado por Marietti, Turín, 1953). Si reparásemos en esta tesis tomista, seguramente el mundo que podríamos construir entre todos sería

comentador Juan de Santo Tomás explica que los efectos propios de la misericordia son los siguientes: a) La acción de *dar limosna* mediante la que se mitiga la infelicidad ajena ya sea corporal o espiritual²³ (Tomás de Aquino define la acción de dar limosna como un acto de misericordia por el que una persona comunica generosamente a otra parte de sus bienes personales, es decir, alguien comparte con otra persona lo que posee²⁴). b) El efecto exterior tanto de la misericordia como de la caridad es la *beneficencia*, que nace de la benevolencia²⁵.

6. LA MISERICORDIA Y LA ENVIDIA

En este apartado estamos prestando especial interés a la sensibilidad humana, es decir, estudiamos al ser humano como sujeto de tristeza sensible. Como se va descubriendo desde la amplia perspectiva tomista, estos estados pueden mostrar caras muy diferentes en el hombre con un denominador común. En consecuencia, atendiendo a esa tristeza de fondo que late en cada

mucho mejor que el que tenemos. En efecto, si cada uno sembrase su ramo de flores en este jardín que es la esperanza de tantas y tantas generaciones, el fruto sería ingente. Un mundo lleno de tantas personas con tanta capacidad de trabajar que, quién sabe, en un tiempo donde las guerras y las desgracias ocupan constantemente el primer plano de la actualidad, quizá sólo nos falte creer que todo puede ser mejorado para actuar con convicción y mirar al mundo sin miedo pero con realismo. Como lo hacen tantas y tantas personas: misioneros, voluntarios, gobernadores, personas comprometidas con alguna causa... en definitiva, como lo hacen aquellos hombres misericordiosos de buen corazón que piensan en cómo se sentirían ellos mismos si estuviesen en la situación lamentable en que se halla su prójimo.

²³ Cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, vol. VII, p. 238.

²⁴ TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d. 15, q. 2, a. 1, qc. a, co.

²⁵ David Hume, al igual que Tomás de Aquino, se percata de las consecuencias positivas que ejerce la benevolencia sobre las acciones de los hombres al afirmar: "En síntesis, parece, pues, innegable que nada puede añadir más mérito a una criatura humana que el sentimiento de benevolencia en un grado eminente; y que, por lo menos, una parte de su mérito surge de su tendencia a promover los intereses de nuestra especie y a procurar felicidad a la sociedad humana. Vemos las saludables consecuencias de un carácter y una disposición de esta clase. Y todo lo que tiene una influencia tan benigna y se dirige a un bien tan deseable es mirado con complacencia y gusto. Las virtudes sociables nunca son consideradas sin sus tendencias beneficiosas ni son vistas como estériles e infructuosas. La felicidad del género humano, el orden de la sociedad, la armonía familiar, el apoyo mutuo entre amigos, siempre se consideran como el resultado de su gentil dominio sobre los corazones de los hombres". HUME D., *Investigación sobre los principios de la moral*, Alianza, Madrid, 2006, pp. 48-49. Con todo, y como es bien sabido, la distinción entre la ética tomista y la de este autor es que esta última gira, sobre todo, sobre los sentimientos subjetivos, mientras que las bases de la primera (bienes, virtudes...) son objetivos.

mueca o en cada gesto de los que estamos analizando, comentaremos en este apartado la relación que existe entre la misericordia y la envidia.

En los textos tomistas –por su aludido carácter sistémico– es habitual localizar aquellos contenidos dedicados a establecer relaciones entre los distintos tipos de tristeza, si no de modo directo, al menos sí indirectamente, al aportar una definición de cada tipo de tristeza enumerada. En este punto centraremos nuestra atención en analizar las diferencias existentes entre la misericordia y la envidia que se opone directamente a ella según la contrariedad de su objeto principal²⁶:

1) Tomás de Aquino enseña que la diferencia existente entre la misericordia y la envidia radica en *aquello que le sucede al otro* y que, consecuentemente, produce la tristeza²⁷. Es decir, si se considera que lo que le sucede al otro es bueno, entonces se produce la envidia. Por contraposición, si consideramos que lo que le sucede al prójimo es malo, se hace alusión directa a la misericordia del hombre.

2) Analizando la envidia provocada por la prosperidad ajena, dicho vicio es directamente contrario a la misericordia de quien sufre por la adversidad en los bienes ajenos²⁸. Es importante señalar que, por este lado, la *envidia tiene oposición con la misericordia* y, por otro lado, al analizar la *envidia* por parte del bien del que se entristece, tiene como *contraria* a la *ira*.

Por lo demás, la misericordia es efecto de la virtud de la *caridad*²⁹, mientras que la envidia tiene algo en sí misma que repugna a esta virtud, ya que es un tipo de tristeza que versa sobre un bien. Eso indica que el bien debe amarse porque es causa de alegría³⁰.

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 36, a. 3, ad3.

²⁷ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sententiarum*, d. 26, q. 1, a. 3, co.

²⁸ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *De malo*, q. 10, a. 2, ad8.

²⁹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 32, a. 1, co.

³⁰ Para un tomista actual “ciertamente, la felicidad se ama con amor de deseo, se quiere para mí, pero no necesariamente con un amor egoísta, cuando sólo se concentra exclusivamente en sí y pretende que todos los afectos y servicios de los demás hombres se centren en él. En cambio, no lo es, sino incluso conveniente y obligatorio, si se trasciende en amor de donación a los demás”. FORMENT, E., *Id a Tomás*, Fundación Gratis Date, Pamplona, 1998, p. 134.

**CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO
SERIE UNIVERSITARIA**

(Los números que no aparecen están agotados)

- Nº 2 Angel Luis González, *El absoluto como "causa sui" en Spinoza* (1992), (1996, 2ª ed.), (2000, 3ª ed.)
- Nº 3 Rafael Corazón, *Fundamentos y límites de la voluntad. El libre arbitrio frente a la voluntad absoluta* (1992), (1999, 2ª ed. corregida)
- Nº 12 Blanca Castilla, *Las coordenadas de la estructuración del yo. Compromiso y Fidelidad según Gabriel Marcel* (1994), (1999, 2ª ed.)
- Nº 18 Rafael Corazón, *Las claves del pensamiento de Gassendi* (1995)
- Nº 22 René Descartes, *Dios: su existencia*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (2001, 2ª ed.)
- Nº 27 Tomás de Aquino, *El bien*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de Jesús García López (1996)
- Nº 29 Alfredo Rodríguez Sedano, *El argumento ontológico en Fénelon* (1996)
- Nº 34 Charles S. Peirce, *Un argumento olvidado en favor de la realidad de Dios*. Introducción, traducción y notas de Sara F. Barrena (1996); Versión on-line: www.unav.es/gep/Barrena/cua34.html
- Nº 35 Descartes, *Dios. Su naturaleza*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández Rodríguez (1996) (2001, 2ª ed.)
- Nº 41 Alfredo Rodríguez, *La prueba de Dios por las ideas en Fénelon* (1997)
- Nº 45 Gonzalo Génova, Charles S. Peirce: *La lógica del descubrimiento* (1997); Versión on-line: www.unav.es/gep/Genova/cua45.html
- Nº 46 Fernando Haya, *La fenomenología metafísica de Edith Stein: una glosa a "Ser finito y ser eterno"* (1997)
- Nº 48 Ricardo Yepes, *La persona y su intimidad*, edición a cargo de Javier Aranguren (1997), (1998, 2ª ed.)
- Nº 52 Ignasi Miralbell, *Duns Escoto: la concepción voluntarista de la subjetividad* (1998)
- Nº 55 David Hume, *Dios*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (1998) (2001, 2ª ed.)

- Nº 58 Mercedes Rubio, *Los límites del conocimiento de Dios según Alberto Magno* (1998)
- Nº 60 Leonardo Polo, *La voluntad y sus actos (II)* (1998)
- Nº 64 Nicolás de Cusa, *Diálogos del idiota*. Introducción y traducción de Angel Luis González (1998) (2000, 2ª ed.)
- Nº 68 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VI de la Metafísica de Aristóteles. De qué manera la metafísica debe estudiar el ente*. Traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 69 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VII de la Metafísica de Aristóteles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 70 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VIII de la Metafísica de Aristóteles. Los principios de las substancias sensibles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 71 Ignacio Falgueras Salinas, *Perplejidad y Filosofía Trascendental en Kant* (1999)
- Nº 75 Ana Marta González, *El Faktum de la razón. La solución kantiana al problema de la fundamentación de la moral* (1999)
- Nº 79 George Berkeley, *Dios*. Introducción, selección de textos y traducción de José Luis Fernández-Rodríguez (1999)
- Nº 82 Francisco Molina, *La sindéresis* (1999)
- Nº 87 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 15. Acerca de la razón superior e inferior*. Introducción, traducción y notas de Ana Marta González (1999)
- Nº 88 Jesús García López, *Fe y Razón* (1999)
- Nº 91 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 19. Sobre el conocimiento del alma tras la muerte*. Introducción, traducción y notas de José Ignacio Murillo (1999)
- Nº 92 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro IV de la Metafísica de Aristóteles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 94 Jesús García López, *Elementos de metodología de las ciencias* (1999)
- Nº 95 Mª Elvira Martínez Acuña, *Teoría y práctica política en Kant. Una propuesta de encaminamiento hacia la paz y sus límites* (2000)
- Nº 96 Tomás Melendo Granados, *Esbozo de una metafísica de la belleza* (2000)
- Nº 97 Antonio Schlatter Navarro, *El liberalismo político de Charles Taylor* (2000)

- Nº 98 Miguel Ángel Balibrea, *La realidad del máximo pensable. La crítica de Leonardo Polo al argumento de San Anselmo* (2000)
- Nº 99 Nicolás de Cusa, *El don del Padre de las luces*. Introducción, traducción y notas de Miguel García González (2000)
- Nº 100 Juan José Padial, *La antropología del tener según Leonardo Polo* (2000)
- Nº 101 Juan Fernando Sellés, *Razón Teórica y Razón Práctica según Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 102 Miguel Acosta López, *Dimensiones del conocimiento afectivo. Una aproximación desde Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 103 Paloma Pérez Ilzarbe y Raquel Lázaro (eds.), *Verdad, Bien y Belleza. Cuando los filósofos hablan de valores* (2000)
- Nº 104 Valle Labrada, *Funciones del Estado en el pensamiento iusnaturalista de Johannes Messner* (2000)
- Nº 105 Patricia Moya, *La intencionalidad como elemento clave en la gnosología del Aquinate* (2000)
- Nº 106 Miguel Ángel Balibrea, *El argumento ontológico de Descartes. Análisis de la crítica de Leonardo Polo a la prueba cartesiana* (2000)
- Nº 107 Eduardo Sánchez, *La esencia del Hábito según Tomás de Aquino y Aristóteles* (2000)
- Nº 108 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 2. La ciencia de Dios*. Traducción de Ángel Luis González (2000)
- Nº 109 Rafael Mies Moreno, *La inteligibilidad de la acción en Peter F. Drucker* (2000)
- Nº 110 Jorge Mittelmann, *Pensamiento y lenguaje. El Cours de Saussure y su recepción crítica en Jakobson y Derrida* (2000)
- Nº 111 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 26. Las pasiones del alma*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2000)
- Nº 112 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro V de la Metafísica de Aristóteles*. Introducción, traducción y edición de Jorge Morán (2000)
- Nº 113 María Elton, *La is-ought question. La crítica de T. Reid a la filosofía moral de D. Hume* (2000)
- Nº 115 Tomás de Aquino, *Sobre la naturaleza de la materia y sus dimensiones indeterminadas*. Introducción, texto bilingüe y notas de Paulo Faitanin (2000)

- Nº 116 Roberto J. Brie, *Vida, psicología comprensiva y hermenéutica. Una revisión de categorías diltheyanas* (2000)
- Nº 117 Jaume Navarro Vives, *En contacto con la realidad. El realismo crítico en la filosofía de Karl Popper* (2000)
- Nº 118 Juan Fernando Sellés, *Los hábitos adquiridos. Las virtudes de la inteligencia y la voluntad según Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 119 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 6. La predestinación*. Traducción de Ángel Luis González (2000)
- Nº 120 Consuelo Martínez Priego, *Las formulaciones del argumento ontológico de Leibniz*. Recopilación, traducción, comentario y notas de Consuelo Martínez Priego (2000)
- Nº 121 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 25. Acerca de la sensualidad*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2001)
- Nº 122 Jorge Martínez Barrera, *La política en Aristóteles y Tomás de Aquino* (2001)
- Nº 123 Héctor Velázquez Fernández, *El uno: sus modos y sentidos en la Metafísica de Aristóteles* (2001)
- Nº 124 Tomás de Aquino, *De Potentia Dei, cuestiones 1 y 2. La potencia de Dios considerada en sí misma. La potencia generativa en la divinidad*. Introducción, traducción y notas de Enrique Moros y Luis Ballesteros (2001)
- Nº 125 Juan Carlos Ossandón, *Felicidad y política. El fin último de la polis en Aristóteles* (2001)
- Nº 126 Andrés Fuertes, *La contingencia en Leibniz* (2001)
- Nº 127 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 4. Acerca del Verbo*. Introducción y traducción de M^a Jesús Soto Bruna (2001)
- Nº 128 Tomás de Aquino, *De Potentia Dei, cuestión 3. La creación*. Introducción, traducción y notas de Ángel Luis González y Enrique Moros (2001)
- Nº 129 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 12. Sobre la profecía*. Traducción y notas de Ezequiel Téllez (2001)
- Nº 130 Paulo Faitanin, *Introducción al "problema de la individuación" en Aristóteles* (2001)
- Nº 131 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 22. El apetito del bien*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2000)

- Nº 132 Héctor Velázquez Fernández, *Lo uno y lo mucho en la Metafísica de Aristóteles* (2001)
- Nº 133 Luz Imelda Acedo Moreno, *La actividad divina inmanente* (2001)
- Nº 134 Luz González Umeres, *La experiencia del tiempo humano. De Bergson a Polo* (2001)
- Nº 135 Paulo Faitanin, *Ontología de la materia en Tomás de Aquino* (2001)
- Nº 136 Ricardo Oscar Díez, *¿Si hay Dios, quién es? Una cuestión planteada por San Anselmo de Cantorbery en el Proslogion* (2001)
- Nº 137 Julia Urabayen, *Las sendas del pensamiento hacia el misterio del ser. La filosofía concreta de Gabriel Marcel* (2001)
- Nº 138 Paulo Sergio Faitanin, *El individuo en Tomás de Aquino* (2001)
- Nº 139 Genara Castillo, *La actividad vital humana temporal* (2001)
- Nº 140 Juan A. García González, *Introducción a la filosofía de Emmanuel Levinas* (2001)
- Nº 141 Rosario Athié, *El asentimiento en J. H. Newman* (2001)
- Nº 142 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 10. La mente*. Traducción de Ángel Luis González (2001)
- Nº 143 Francisca R. Quiroga, *La dimensión afectiva de la vida* (2001)
- Nº 144 Eduardo Michelena Huarte, *El confín de la representación. El alcance del arte en A. Schopenhauer I* (2001)
- Nº 145 Eduardo Michelena Huarte, *El mundo como representación artística. El alcance del arte en A. Schopenhauer II* (2001)
- Nº 146 Raúl Madrid, *Sujeto, sociedad y derecho en la teoría de la cultura de Jean Baudrillard* (2001)
- Nº 147 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 14. La fe*. Introducción, traducción y notas de Santiago Gelonch y Santiago Argüello (2001)
- Nº 148 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 23. Sobre la voluntad de Dios*. Introducción, traducción y notas de M^a Socorro Fernández (2002)
- Nº 149 Paula Lizarraga y Raquel Lázaro (eds.), *Nihilismo y pragmatismo. Claves para la comprensión de la sociedad actual* (2002)
- Nº 150 Mauricio Beuchot, *Estudios sobre Peirce y la escolástica* (2002)
- Nº 151 Andrés Fuertes, *Prometeo: de Hesíodo a Camus* (2002)
- Nº 152 Héctor Zagal, *Horismós, syllogismós, asápheia. El problema de la obscuridad en Aristóteles* (2002)
- Nº 153 Fernando Domínguez, *Naturaleza y libertad en Guillermo de Ockham* (2002)

- Nº 154 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro XI de la Metafísica de Aristóteles*. Traducción y notas de Jorge Morán (2002)
- Nº 155 Sergio Sánchez-Migallón, *El conocimiento filosófico en Dietrich von Hildebrand* (2002)
- Nº 156 Tomás de Aquino, *De Veritate, 7. El libro de la vida*. Traducción de Ángel Luis González (2002)
- Nº 157 María Pía Chirinos, *Antropología y trabajos. Hacia una fundamentación filosófica de los trabajos manuales y domésticos* (2002)
- Nº 158 Juan Fernando Sellés, Rafael Corazón y Carlos Ortiz de Landázuri, *Tres estudios sobre el pensamiento de San Josemaría Escrivá* (2003)
- Nº 159 Tomás de Aquino, *De Veritate, 20. Acerca de la ciencia del alma de Cristo*. Introducción, traducción y notas de Lucas F. Mateo Seco (2003)
- Nº 160 Carlos A. Casanova, *Una lectura platónico aristotélica de John Rawls* (2003)
- Nº 161 Tomás de Aquino, *De Veritate, 8. El conocimiento de los ángeles*. Introducción, traducción y notas de Ángel Luis González y Juan Fernando Sellés (2003)
- Nº 162 Santiago Collado, *El juicio veritativo en Tomás de Aquino* (2003)
- Nº 163 Juan Fernando Sellés, *El conocer personal. Estudio del entendimiento agente según Leonardo Polo* (2003)
- Nº 164 Paloma Pérez Ilzarbe y José Ignacio Murillo (eds.), *Ciencia, tecnología y sociedad. Un enfoque filosófico* (2003)
- Nº 165 Tomás de Aquino. *De Veritate, 24. El libre albedrío*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2003)
- Nº 166 Juan Fernando Sellés (ed.). *Modelos antropológicos del siglo XX* (2004)
- Nº 167 Luis Romera Oñate, *Finitud y trascendencia* (2004)
- Nº 168 Paloma Pérez-Ilzarbe y Raquel Lázaro (eds.), *Verdad y certeza. Los motivos del escepticismo* (2004)
- Nº 169 Leonardo Polo, *El conocimiento racional de la realidad*. Presentación, estudio introductorio y notas de Juan Fernando Sellés (2004)
- Nº 170 Leonardo Polo, *El yo*. Presentación, estudio introductorio y notas de Juan Fernando Sellés (2004)
- Nº 171 Héctor Velázquez (ed.), *Orígenes y conocimiento del universo. Un acercamiento interdisciplinar* (2004)
- Nº 172 Juan Andrés Mercado, *David Hume: las bases de la moral* (2004)

- Nº 173 Jorge Mario Posada, *Voluntad de poder y poder de la voluntad. Una glosa a la propuesta antropológica de Leonardo Polo a la vista de la averiguación nietzscheana* (2004)
- Nº 174 José María Torralba (ed.), *Doscientos años después. Retornos y re-lecturas de Kant. Two hundred years after. Returns and re-interpretations of Kant* (2005)
- Nº 175 Leonardo Polo, *La crítica kantiana del conocimiento*. Edición preparada y presentada por Juan A. García González (2005)
- Nº 176 Urbano Ferrer, *Adolf Reinach. Las ontologías regionales* (2005)
- Nº 177 María J. Binetti, *La posibilidad necesaria de la libertad. Un análisis del pensamiento de Søren Kierkegaard* (2005)
- Nº 178 Leonardo Polo, *La libertad trascendental*. Edición, prólogo y notas de Rafael Corazón (2005)
- Nº 179 Leonardo Polo, *Lo radical y la libertad*. Edición, prólogo y notas de Rafael Corazón (2005)
- Nº 180 Nicolás de Cusa, *El No-otro*. Traducción, introducción y notas de Ángel Luis González (2005)
- Nº 181 Gloria Casanova, *El Entendimiento Absoluto en Leibniz* (2005)
- Nº 182 Leonardo Polo, *El orden predicamental*. Edición y prólogo de Juan A. García González (2005)
- Nº 183 David González Ginocchio, *El acto de conocer. Antecedentes aristotélicos de Leonardo Polo* (2005)
- Nº 184 Tomás de Aquino, *De Potentia Dei, 5. La conservación*. Introducción, traducción y notas de Nicolás Prieto (2005)
- Nº 185 Luz González Umeres, *Imaginación, memoria y tiempo. Contrastes entre Bergson y Polo*. (2005)
- Nº 186 Tomás de Aquino, *De Veritate, 18. Sobre el conocimiento del primer hombre en el estado de inocencia*. Introducción, traducción y notas de José Ignacio Murillo (2006)
- Nº 187 Spinoza, *El Dios de Spinoza*. Selección de textos, traducción e introducción de José Luis Fernández (2006)
- Nº 188 Leonardo Polo, *La esencia humana*. Estudio introductorio y notas de Genara Castillo (2006)
- Nº 189 Leonardo Polo, *El logos predicamental*. Edición, presentación y notas de Juan Fernando Sellés y Jorge Mario Posada (2006)

- Nº 190 Tomás de Aquino, *De Veritate*, 29. *La gracia de Cristo*. Traducción, introducción y notas de Cruz González-Ayesta (2006)
- Nº 191 Jorge Mario Posada, *Lo distintivo del amar. Glosa libre al planteamiento antropológico de Leonardo Polo* (2007)
- Nº 192 Luis Placencia, *La ontología del espacio en Kant* (2007)
- Nº 193 Luis Xavier López Farjeat y Vicente de Haro Romo, *Tras la crítica literaria. Hacia una filosofía de la comprensión literaria* (2007)
- Nº 194 Héctor Velázquez, *Descifrando el mundo. Ensayos sobre filosofía de la naturaleza* (2007)
- Nº 195 Felipe Schwember, *El giro kantiano del contractualismo* (2007)
- Nº 196 Locke, *El Dios de Locke*. Introducción, selección de textos y traducción de José Luis Fernández (2007)
- Nº 197 Jesús María Izaguirre y Enrique R. Moros, *La acción educativa según la antropología trascendental de Leonardo Polo* (2007)
- Nº 198 Jorge Mario Posada, *La intencionalidad del inteligir como iluminación. Una glosa al planteamiento de Leonardo Polo* (2007)
- Nº 199 Juan Duns Escoto, *Naturaleza y voluntad. Quaestiones super libros Metaphysicorum Aristotelis, IX, q. 15*. Introducción, traducción y notas de Cruz González Ayesta (2007)
- Nº 200 Nicolás de Cusa, *El Berilo*. Introducción, traducción y notas de Ángel Luis González (2007)
- Nº 201 Jesús García López, *El alma humana y otros escritos inéditos*. Presentación y edición de José Ángel García Cuadrado (2007)
- Nº 202 Luz Imelda Acedo Moreno, *Richard Stanley Peters: una revolución en la filosofía de la educación. Actividad intelectual y praxis educativa* (2007)
- Nº 203 Juan Cruz Cruz (ed.), *Ley natural y niveles antropológicos. Lecturas sobre Tomás de Aquino* (2008)
- Nº 204 Óscar Jiménez Torres, *Definiciones y demostraciones en las obras zoológicas de Aristóteles. El acto y la potencia en el conocimiento demostrativo* (2008)
- Nº 205 Nicolás González Vidal, *La pasión de la tristeza y su relación con la moralidad en Santo Tomás de Aquino* (2008)
- Nº 206 María Alejandra Mancilla Drpic, *Espectador imparcial y desarrollo moral en la ética de Adam Smith* (2008)

- Nº 207 Leonardo Polo, *El hombre en la historia*. Presentación y edición de Juan A. García González (2008)
- Nº 208 Jorge Mario Posada, “*Primalidades*” de la amistad “de amor” (2008)
- Nº 209 Daniel Mansuy Huerta, *Naturaleza y comunidad. Una aproximación a la recepción medieval de la Política: Tomás de Aquino y Nicolás Oresme* (2008)
- Nº 210 José Manuel Núñez Pliego, *Abstracción y separación. Estudio sobre la metafísica de Tomás de Aquino* (2009)
- Nº 211 Jorge Peña Vial, *El mal para Paul Ricoeur* (2009)
- Nº 212 Mario Šilar – Felipe Schwember, *Racionalidad práctica. Intencionalidad, normatividad y reflexividad* (2009)
- Nº 213 Agustín López Kindler, *¿Dioses o Cristo? Momentos claves del enfrentamiento pagano al cristianismo* (2009)
- Nº 214 David González Ginocchio, *Metafísica y libertad. Comunicaciones presentadas en las XLVI Reuniones Filosóficas de la Universidad de Navarra* (2009)
- Nº 215 Carlos Llano, *Análisis filosófico del concepto de motivación* (2009)
- Nº 216 Juan Fernando Sellés, *Intuición y perplejidad en la antropología de Scheler*, Introducción, selección de textos y glosas (2009)
- Nº 217 Leonardo Polo Barrena, *Introducción a Hegel*. Edición y presentación de Juan A. García González (2010)
- Nº 218 Francisco O’Reilly, *Avicena y la propuesta de una antropología aristotélico-platónica. Introducción a los textos* (2010)
- Nº 219 Ángel Pacheco Jiménez, *Potencia y oposición. Un acercamiento a las nociones de potencia racional, potencia de la contradicción y potencia de la contrariedad según los comentarios de Santo Tomás a la Metafísica de Aristóteles* (2010)
- Nº 220 Maite Nicuesa, *La tristeza y su sujeto según Tomás de Aquino* (2010)